



# OCEANUM





ISSN 2605-4094

**OCEANUM**

**Revista literaria independiente**

**Año 7, nº 3**

**Marzo de 2024**

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

[revista@revistaoceanum.com](mailto:revista@revistaoceanum.com)

**Dirección:**

Miguel A. Pérez

[Miguel@revistaoceanum.com](mailto:Miguel@revistaoceanum.com)

**Comité editorial:**

Pravia Arango

Javier Dámaso

Miguel Quintana Viejo

**Corrección de textos:**

Andrea Melamud

[correcciondetextos@andreamelamud.com](mailto:correcciondetextos@andreamelamud.com)

**Página web:**

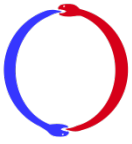
[www.revistaoceanum.com](http://www.revistaoceanum.com)

[Sara@revistaoceanum.com](mailto:Sara@revistaoceanum.com)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: [suscripcion@revistaoceanum.com](mailto:suscripcion@revistaoceanum.com)



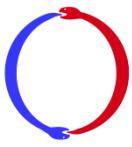
entro de menos de un mes se cumplirá el décimo aniversario del fallecimiento de Gabriel García Márquez, pero esa circunstancia no le ha impedido publicar un nuevo libro. Acaba de aparecer en las librerías bajo el título *En agosto nos vemos*. No es fruto de ninguna chanza de ese realismo fantástico que todo lo puede, sino que se trata de algo mucho más mundano y palpable: el consorcio formado por sus herederos y el correspondiente editor han decidido hacer caja con una novela inédita extraída y sintetizada a partir de un conjunto de setecientas sesenta y nueve páginas que estaban en sus archivos del Harry Ransom Center de la Universidad de Texas en Austin. Eran notas, fragmentos, capítulos dispersos que ahora aparecen como novela tras un trabajo de construcción posterior al fallecimiento del autor. Hasta aquí, todo correcto o, al menos, todo aceptable. Nada que deba sorprendernos, sobre todo después de que olisquear y urgar en los papeles de los muertos célebres se haya convertido en una costumbre muy extendida entre sus deudos. Y si no, que se lo pregunten a los herederos de J. R. R. Tolkien, capaces de generar tal cantidad de nuevos títulos a partir de unos pocos restos de *El hobbit* y de *El señor de los anillos* que el autor difícilmente habría tenido tiempo para escribirlo todo.

Como decía, con precedentes así, no debe sorprendernos que aparezca esta novela e, incluso, habida cuenta de que el libro tiene unas escuetas cien páginas (apenas una octava parte del material disponible), tampoco nos extrañará que en un futuro próximo se publiquen nuevas entregas: *Mejor quedamos en junio*, *Vuelve a casa por Navidad* o *Nos vemos otro día...*

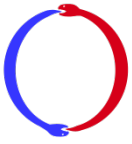
El problema es que Gabo no quería que se publicase.

Tonterías. ¿Quién es el autor para opinar de su obra? Además, hay precedentes; sin ir más lejos, Kafka dejó escrito que no podía aparecer ningún insecto o bicho similar en la cubierta de *La metamorfosis* y, a pesar de ello, las sucesivas versiones se han pasado su petición por el arco del triunfo. ¿Por qué se le iba a hacer más caso a los deseos de Gabo? Está muerto. No va a venir a protestar, el realismo fantástico no da para tanto...

La *pela* es la *pela* y el lanzamiento simultáneo en treinta países producirá pingües beneficios a los que han perpetrado la profanación. Porque de eso se trata, de una profanación.



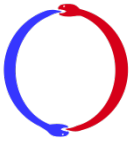
<b>6</b>	<b>La galera</b>		
	Entrevista a José Luis Muñoz	Ginés J. Vera	6
	Emma Bovary y Ana Ozores veranean juntas	Pilar Úcar	12
<b>17</b>	<b>Dentro de una botella</b>		
	<i>Querido capullo</i> , Despentés	Pravia Arango	17
	Spinoza: un solo derecho para proteger a la humanidad	Diego García Paz	20
	Del último Nobel de Literatura: Jon Fosse, <i>Mañana y tarde</i>	Pravia Arango	24
<b>27</b>	<b>Estelas en la mar</b>		
	Con el poeta Fernando Operé	Encarnación Sánchez	27
	Adriana Schlittler Kausch	M <sup>a</sup> Luisa Dgez. Borrallo	30
<b>34</b>	<b>¡Tierra a la vista!</b>		
	Un incircunciso entre creyentes. Texto a medio camino entre el relato y la crónica de viajes en base a una experiencia real	Diego Fernández Fernández	34
<b>43</b>	<b>Anaquido kalimat</b>		
	Ali Ben Saoud	عَنْتَائِدُ كَلِمَاتِ علي بنسعود	Encarnación Sánchez 43
	Crítica literaria de "Un accidente"	Víctor Hugo Pérez Gallo	46
<b>48</b>	<b>L'imperceptible écume</b>		
	Laurent Margantin	Miguel Ángel Real	48
<b>58</b>	<b>Outros mares</b>		
	Rosalía e Santiago	Augusto Guedes	58
<b>60</b>	<b>Otres mares</b>		
	Seis poemas curtíos	Alfredo Garay	60
<b>63</b>	<b>Espuma de mar</b>		
	Premios y concursos literarios		64
	Con un toque literario	Goyo	68



<b>70</b>	<b>Gran Sol</b>		
	<i>La hija del mar</i> ( Extracto)	Rosalía de Castro	70
<b>96</b>	<b>Papeles corsarios</b>		
	La leyenda de la creación del mundo	Pravia Arango	96
<b>101</b>	<b>Nuevos horizontes</b>		
	Tarzán, que es de Leo	Oswaldo Beker	102
	La excursión	Ginés J. Vera	108
	El parking	Goyo	111
	Poemas dedicados a Wáshington Delgado y a Javier Cano	Encarnación Sánchez	115
	(Apuntes precipitados para un) Pseudo Diccionario (sin propósito desproporcionado)	Miguel Quintana	121
<b>124</b>	<b>Créditos de fotografía e ilustración</b>		



**Entrevista a  
José Luis Muñoz**



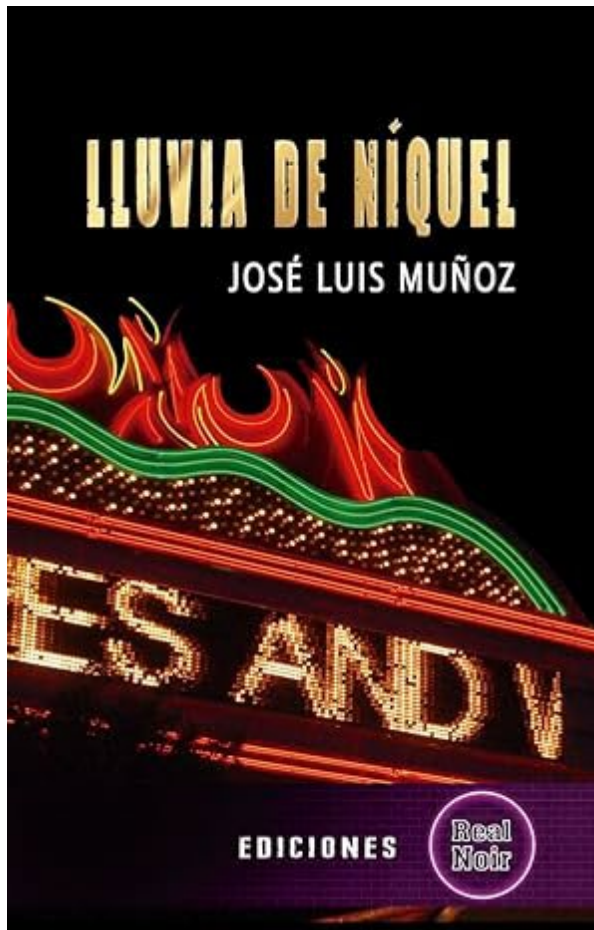
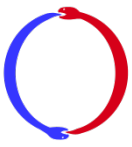
**Ginés J. Vera**

**M**e concedió estos días una entrevista el escritor José Luis Muñoz. Le pregunté acerca de su novela negra *Lluvia de níquel* (Real Noir), reeditada dos décadas después de su primera publicación. En ella se narran las andanzas de Mike Demon, un vendedor de seguros, atrapado en Las Vegas (EUA), en una historia dura y sin concesiones; un viaje a la parte más oscura del ser humano. Muñoz es un autor de largo recorrido literario, no solo en novela, también en relato. Sus novelas han sido traducidas al francés, italiano, checo y búlgaro. En la actualidad colabora con artículos de opinión, reseñas literarias y cinematográficas en medios digitales como: *El Cotidiano*, *Entretanto Magazine*, *Culturamas*, *Otro Lunes*, *Suburbano Miami*, *El Destilador Cultural*, *Narrativas*, *Letralia*, *Calibre 38* y *Literatura Abierta*. Así mismo, es el director de las colecciones de novela policial *La Orilla Negra* y *Sed de Mal*, y director de las antologías hispanoargentinas *Juramento Negro* y *El origen del mundo*. Organiza como comisario el festival cultural *Black Mountain Bossòst* desde el

2017. Es fundador y director de la organización *Lee o Muere*, y de las actividades culturales en la asociación sin ánimo de lucro *Qgat Negre*, en Sant Cugat (Barcelona).

Se reedita su novela *Lluvia de níquel* veinte años después de su primera publicación. Y arropada por *Real Noir*, la colección de novela negra dirigida por el también escritor Carlos Salem. Suena como ese tango de Gardel de que *veinte años no es nada...* ¿Cómo fue la propuesta del editor al respecto y qué sensaciones espera por parte de los lectores?

La verdad es que me hizo muy feliz que la prestigiosa colección que dirige Carlos Salem me propusiera la reedición de *Lluvia de níquel*. Han pasado veinte años desde que se publicó el libro por Algaida y sin lugar a dudas va a encontrar nuevos lectores que no se hicieron con el libro en su momento o que nacieron más tarde, o cuando se publicó. Además, con la reedición, y la nueva relectura, creo que la novela ha mejorado. Es una obra claustrofóbica que transcurre buena parte de ella en los casinos de Las Vegas, una ciudad que es una ficción en medio del inhóspito desierto de Nevada, un invento genial del gangster Bugsy Siegel que tuvo esa corazonada y la disfrutó pronto porque lo asesinaron los suyos. Cuando estuve por primera vez en Las Vegas, la ciudad aún tenía un cierto aire canallesco, herencia del *Rat Pack* del clan Sinatra, y era un escenario perfecto para ubicar allí una historia negra que tiene mucho que ver con la obsesión por el juego y en cierta medida es un homenaje velado a *El jugador*, una de las novelas más personales de Fedor Dostoievski que retrata su propio infierno. *Lluvia de níquel* es el infierno de Mike Demon, un personaje que resucité en *La frontera sur*, precuela que se reeditó hace cuatro años en Estados Unidos para el público hispanoparlante en la editorial de Miami Sed.



Hay que decir, además, que con *Lluvia de níquel* obtuvo el VI Premio Narrativa Francisco García Pavón, en 2003. Un premio de novela policíaca, vamos a decir modesto, pero que de algún modo incide en la calidad literaria de la obra. Con su experiencia en certámenes literarios, me pregunto qué motiva a un escritor a enviar una obra a un concurso más allá de ganar, incluso si de antemano puede que no las tenga todas consigo.

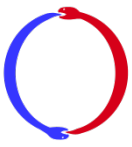
Bueno, el premio Francisco García Pavón tiene cierto prestigio por su nómina de ganadores: el argentino Raúl Argemí, el vasco José Javier Abasolo, que falleció hace poco más de un año, y el madrileño Alberto Pasamontes entre otros. García Pavón y su policía municipal Plinio fueron muy populares en sus tiempos y en cierto modo precursores de la novela policial española. Cuando presenté la novela al concurso ya había ganado anteriormente premios

importantes como el Azorín o La Sonrisa Vertical. Si me presenté a ese premio fue precisamente porque la novela era de género negro, aunque no policial. Es una novela muy psicológica que gira en torno a las obsesiones de su personaje principal, el vendedor de seguros Mike Demon que, por su profesión, pasa buena parte de su tiempo viajando por todo el territorio norteamericano y queda atrapado por Las Vegas, una ciudad que siempre había evitado, por una avería fortuita de su vehículo. En ella están elementos nucleares de la novela negra: la predeterminación, el fatalismo, la figura del perdedor y lo que por la adicción al juego, que yo contemplé en primera persona en ese viaje a Las Vegas, puede llevar al ser humano a perder su norte, que es lo que le ocurre al bueno de Demon.

En el centro de historia, encontramos al vendedor de seguros Mike Demon. Un personaje con sus manías y contradicciones. Curiosamente, por su trabajo se pasa la vida en la carretera, en movimiento. Y, más curiosamente, descubrimos pronto que odia el juego por razones familiares. Pero esto cambia, siente una llamada, poco espiritual, obviamente. Quizá la tentación está a la vuelta de la esquina, no sé si esa podría ser una de las reflexiones de esta lectura. Háblenos de ese giro de guion crucial en la novela.

Mike Demon es un personaje peculiar, pero que responde a un cierto estereotipo que se da en la sociedad norteamericana con cierta frecuencia. Familia estrictamente religiosa, padre severo que acaba volándose la cabeza y pulsiones sexuales fuera del matrimonio. Es un tipo que tiene una doble vida; por una parte, cuando está en su casa, padre de familia y marido ejemplar, y por la otra, cuando está viajando, personaje ciertamente siniestro. Siempre digo que somos duales, que podemos ser muy buenos y en determinadas circunstancias dejar que el mal anide en nosotros. No es casual que se





llame Demon: demonio. Es un tipo frío, calculador, que evita Las Vegas por la sencilla razón de que su padre se perdió en esa ciudad. Lo religioso, el complejo de culpa, el pecado, tiene importancia en la novela, que se abre con una cita de la Biblia, del Antiguo Testamento, que hace referencia a la ramera de Babilonia. En cierto modo, Las Vegas, una ciudad permisiva en cuanto al sexo, el juego y el alcohol, frente al resto de Estados Unidos, que pone muchas pegas a las conductas laxas moralmente hablando, es una especie de Babilonia. Así lo entendió la editorial francesa Actes Sud que en Francia publicó la novela con el título de *Babylone Vegas*. Como curiosidad diré que antes de la novela hubo un artículo extenso sobre la ciudad que se publicó en *El Periódico* y un sensacional reportaje sobre la ciudad, por las fotos de Helmut Newton, uno de mis fotógrafos de cabecera, que yo acompañé con un texto en la revista *GQ* en donde por entonces colaboraba. Fue después de ese artículo y de ese reportaje que me planteé escribir *Lluvia de níquel*.

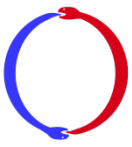
*Lluvia de níquel* es un viaje narrativo en algo más de trescientas páginas con numerosas estaciones. Me refiero a que la ha vertebrado en sesenta y cuatro capítulos, algunos de apenas un par de páginas, quizá para que se lea como una crónica, una invitación a la reflexión, bajo el hipnotismo de las luces de la ciudad que nunca duerme, y no es Nueva York, sino Las Vegas.

Son dos ciudades noctámbulas, la noche forma parte de su ADN. Los capítulos son muy cortos, y el estilo es lacónico, descriptivo pero sin alharacas, cortante. Quiero, como en casi todas mis novelas, trasladar al lector al escenario en donde suceden. Quiero creer que es algo que casi siempre consigo. Así es que el lector tendrá sed de alcohol, de juego, y sufrirá desorientación temporal porque los casinos son espacios cerrados en donde una vez que se entra en ellos no es fácil encontrar la salida y no hay ni

una sola ventana para saber si es de día o de noche. Los jugadores en Las Vegas sufren alteración del sueño, comen mientras están jugando, beben más de la cuenta, porque el alcohol es gratuito mientras permanezcas enganchado a una máquina, apenas duermen o lo hacen a deshoras. Hay parejas que van a Las Vegas en avión y solo coinciden en el viaje de vuelta. Todo en la ciudad es una impostura, un decorado *kitch* de muy dudoso gusto, empezando por esas bodas relámpago que no suelen durar mucho tiempo. Los casinos, como se describen en la novela, son también hoteles y sus dimensiones son inmensas, hasta el punto de que en algunos hay trenes interiores para trasladarse de una punta a otra. Estamos hablando de edificios que a lo mejor tienen más de mil habitaciones. Y los visitantes de Las Vegas acuden a la ciudad a jugar, a beber y a contratar servicios de prostitución. Dentro de la puritana sociedad norteamericana, Las Vegas es una válvula de escape controlada que produce millones de dólares por segundo. En las mesillas de noche de los hoteles, el huésped encuentra el Antiguo Testamento y una lista de servicios de prostitución a la carta. La locura norteamericana.

El título, *Lluvia de níquel*, hace referencia al momento en el que las monedas caen por la boca de las máquinas tragaperras. Ese momento dulce y ansiado por los jugadores, fascinación acústica, también visual, de un negocio que atrae, atrapa y crea adicción. Creo que uno de los grandes temas de su novela tiene que ver con ello, con la destrucción personal por el juego, el descenso a los infiernos, la manipulación a la que nos someten quienes estudian las pasiones humanas e incluso la doble moral de la sociedad norteamericana. ¿Es así?

La lluvia de níquel que me fascinó cuando entraba en los casinos, ese ruido de las monedas cayendo en cascada cuando un iluso jugador ganaba, ahora ya es historia. Me parece que



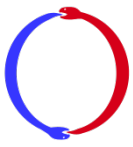
ahora despluman a los jugadores insertando directamente la tarjeta de crédito en las máquinas, así es que se ha perdido ese sonido hipnótico. Como bien dice, mi protagonista desciende a los infiernos literalmente cuando queda atrapado en la ciudad de Las Vegas y no consigue salir de ella, una telaraña de la que no puede soltarse. Tiene que ver un poco con lo que ocurría a los personajes de *El ángel exterminador* de Luis Buñuel que no conseguían sobrepasar la puerta abierta del comedor en donde estaban encerrados. En Las Vegas se produce un número considerable de suicidios. Hay quien pierde todos sus ahorros, hipoteca sus casas en su locura lúdica esperando que le cambie la suerte o rifa a su cónyuge para saldar una deuda. El juego puede ser tan malo como el alcohol o la heroína, afecta a la mente y al comportamiento. Mike Demon se cree indemne a esa llamada, lucha contra ella, pero está predeterminado a sucumbir por la fatalidad.



Bajo mi opinión, creo que hay algo de tributo o reconocimiento a otros escritores en su novela. Quizá a los maestros del género negro norteamericano que supieron retratar con mordacidad y buena dosis de crítica social. Lo que por ejemplo también reflejó Dostoievski en su novela *El jugador*, como ya nos ha comentado antes.

Pues sí, hay una evidente influencia de *El jugador* y Dostoievski explica de forma magistral en esa novela su adicción al juego, gracias al cual le debemos muchas de sus buenas novelas que escribió para saldar deudas. *Lluvia de níquel* está escrita como si el autor fuera un yanqui. Y en cierto modo lo es. Yo soy camaleónico en mis narraciones, especialmente en todas las que tienen como escenario los Estados Unidos, porque es un país que conozco bastante por mis vínculos familiares y los numerosos viajes que he realizado, y soy un devoto de los grandes narradores norteamericanos, de Jim Thompson, sobre todo, pero también de Hubert J. Selby o de Mac Bhem, de William Faulkner o de John Steinbeck. Estados Unidos es una fuente de inspiración permanente y creo que he ambientado en ese país siete novelas, porque la próxima también transcurre allí. Me atrae el país literariamente por su complejidad humana, por esa sensación de desarraigo profundo que advierto sobre todo en esa América profunda dejada de la mano de Dios, trumpista, racista y violenta heredera de los primeros colonos que se hicieron con el territorio a sangre y fuego.

Aprovechando la temática de *Lluvia de níquel*, los temas que por ella transitan y, sobre todo, esa búsqueda del placer individual en las máquinas, querría preguntarle por el *soma* moderno (me permito un humilde guiño a Orwell), por las redes sociales. Por cómo la juventud (aunque no solo esta) se ve atrapada en las redes de empresas de juegos *online*. Cuando no, ubicando casas de apuestas en las



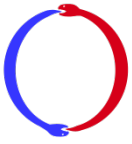
proximidades de centros escolares. (Por ejemplo, más de la mitad de las casas de apuestas, en la ciudad de Valencia, están cerca de colegios e institutos).

Jugar *online*, desde casa, tiene mucho de onanismo. Hacerlo desde un casino es diferente. El jugador interactúa con el vecino como sucede en algunos capítulos de *Lluvia de níquel*, capta las ondas de esa tensión de miles de personas hipnotizadas por las máquinas, se retroalimenta de los éxitos. Poner centros de apuestas cerca de los centros escolares es aberrante, pero también lo es la publicidad dirigida al público infantil en las televisiones que condiciona sus gustos hacia determinados juguetes. Estamos hablando de manipulación. En el fondo las drogas, el alcohol, el juego son vehículos escapistas para que el individuo se aliene y no piense en el mundo en el que está y no lo quiera cambiar.





**Emma Bovary y Ana Ozores  
veranean juntas**



**Pilar Úcar Ventura**

El color verde...

Estoy segura de que, en algún momento, Ana de Ozores invitó a Emma Bovary a pasar unos días en Brieves; la animó a dejar Normandía y así juntas disfrutar de un descanso merecido lejos de Gustave y Leopoldo.

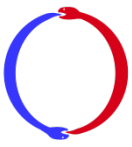
Flaubert y Clarín fueron dos demiurgos, dueños y señores de sus respectivas criaturas literarias: mujeres ¿ficticias? a las que hicieron vivir un trajín físico y un trasiego anímico a prueba de opiniones, juicios y pareceres muy de la época que las vio transitar por Vetusta y Ry.

La región que alberga el lugar elegido por ambas para sincerarse es preciosa... y cuando los calores caniculares abotagan la mente de los capitalinos, conviene esponjar neuronas y salir de esa zona de supuesto confort...

Emma llegó una tarde de verano aceptando la invitación de su amiga Ana; atravesó Trevías y su vista inundada de color verde le procuró placidez y silencio; sí, lo necesitaba para acallar el ruido que ocasionó su autor con la publicación, en “fascículos” al modo de novela bizantina o serie televisiva de sobremesa de su historia afectiva y conyugal. Una vida por entregas que la sumió en la más triste de las miserias personales.

Muy similar a lo que le ocurrió a su amiga, más joven, Ana de Ozores, cuyo autor la dividió en capítulos, troceó su tracamundo a gusto del público consumidor de novelas decimonónicas. Habría, pues, que recomponer piezas, pegarlas y rehacer las figuras que parecían guiñoles en manos de unos escritores triunfadores. Emma y Ana buscan la calma y el fresco para aliviar los atorrantes y bochornosos días de tantas jornadas vividas a puro aburrimiento; rutina tediosa y recalcitrante sin viso de cambio porque a ellas no les espera la vuelta del quehacer profesional; no hay trabajo que las defina, ocupación que alimente sus inquietudes..., son esposas y ya; parece que van a cumplir a rajatabla los preceptos áureos del poeta áureo Fray Luis de León, un agustino que ya en 1583 rimó las virtudes de *La perfecta casada*. No sé si fue libro de mesilla de nuestras protagonistas. Quizá al principio de sus respectivos matrimonios sí, pero con el paso del tiempo, acabaron rompiendo el corsé que las oprimía y dejaron los consejos del teólogo para otras féminas.

Emma y Ana caminan por las calles empedradas de Brieves oliendo el verde menta de las plantas mezclado con la hierba que crece alrededor, tierna y alimento de ganado: por cierto, ¿no era este el apodo que quisieron atribuir a la francesa? Su apellido, Bovary, parecía esconder algo de bovino, un rictus facial próximo a *boeuf*..., claro que más bien sería el de su esposo, el médico de la localidad con quien se desposó sin amarlo; igual que Ana: poco



amor sentía por su “regente”, más bien, gratitud por la protección que le dispensaba.

Laderas, pastos y extensiones de bosques. Algún jabalí, raposas... y hortensias, inmensos ramos de hortensias de color fucsia.

El tiempo se ha detenido para ellas y con la satisfacción del paso del tiempo y la distancia de sus jaulas, observan las casas lejanas de Brieves: perfectamente arracimadas con sus tejados grises y paredes encaladas. La tierra que rodea a la localidad se nota húmeda y esponjosa: fértil.

Y el verde eucalipto y más silencio.

Cuántas conversaciones escuchaban a su alrededor un día y otro día: sus cónyuges Víctor Quintanar y Charles Bovary, amigos, amantes y donjuantes: Álvaro Mesía, Rodolphe Bolanger...

Charlas de sirvientas, parroquianos ociosos que pueblan plazas, calles, casinos, bailes y teatros... Campanas de esa torre siniestra y animada que todo lo ve, lo sabe y vigila atenta...

Juntas sonrían al acercarse a vecinos que las miran asombrados con sus atavíos de época pretérita; el frufú de sus faldas y las sombrillas que las protegen del sol de agosto; pero no sienten estridencias. Todo es balsámico.

Han oído hablar de Cudillero, de su jolgorio matutino con chubasqueros, restaurantes que colman el apetito, tiendas en cuevas que exhiben sus mercancías..., bullicio, trajín de compradores y turistas.

Y de Luarca, con su mercadillo de puestos callejeros y aperitivos mundanos y entretenidos. Pasteles y empanadas. Todo un mosaico de amables lugareños.

¡¡Qué pensarían de ellas si se acercaran a la playa de Cueva...!!

Mejor seguir de confianzas reposando desde el altozano para apreciar el verde jungla de parcelas tupidas y abigarradas que protegen con sus ramajes las cuencas fluviales: unos ríos que dulcifican ciertas horas vespertinas.

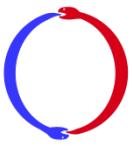
Sorolla, a escondidas, las pintó: no importa qué mar fuera; adivinó sus figuras livianas y potentes, dos mujeres con personalidad en un horizonte en reposo, un atardecer complaciente.

A Emma le martillea en la cabeza cuántas veces le recordaron sus acompañantes: “Esa no es la pregunta. No estás preparada para saber la verdad”, como si fuera una bisoña, muñequita de caja de música, que abandonada, le recuerdan: “*Nadie se va a preocupar de tu felicidad*”. En un arranque de valentía Ana le confiesa a Emma que “quiere a alguien que no es su marido, que siente el alma contenida y el cuerpo encendido antes de coger la maleta”..., pero “¿son de fiar?”.

Palabras que seducen, promesas incumplidas, deseos apagados, corazón ardiente y al final..., la soledad de un empujón.

No echan de menos desde este “comeback to the future” los juegos de jardín, pasatiempos de damas ociosas y aburrimiento mortal; piruetas que entretienen almas candidas en un espacio vital estrecho y lastroso. Las amarras conyugales son mordazas que les incitan a gritar y desmelenarse, tirar la cinta sacramental que contrajeron y arrojar el yugo, bendecido con beatitud. Emma, más vieja, le asegura que sus ojos carecen de fuerza para rastrear el amor que la atenazó a sus fauces. Porque, asume, que nadie la empujó...

Al final, desde Brieves, verde esperanza...



De vuelta a Vetusta...

*Ya me lo advirtió mi amiga Emma Bovary: ojito con "tu hacedor"; se trataba de escritores que acomodaban acciones y hechos que poco o nada decían del auténtico ser, de la auténtica esencia de sus protagonistas, reales, sin duda: mujeres que intentaban sacudirse cenizas anteriores, rescoldos de vetustez, parámetros ancestrales.*

*A Ana Ozores Clarín la convirtió en un auténtico guiñapo femenino, y me cortó un traje a su medida, a la de unas décadas de predominante elenco masculino en todos los aspectos de la vida, sin tener en cuenta que me venía estrecho de costuras.*

... Algo más joven que tú, querida Emma, voy a intentar rescatar para la posteridad, las luces que deseo brillen en tu honor y en el mío, mientras Gustave y Leopoldo siguen bebiendo las mieles de la memoria literaria.

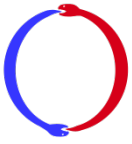
Me acusan de temperamento místico, algo desvaído mi carácter sin ímpetu para romper ligaduras y bailar al son que más deseo.

Vivo constreñida en esta Vetusta, anquilosada y raquítica ciudad que me observa desde esa torre catedralicia; su magistral, ataviado eclesiásticamente con máscara renegrida, domina almas, porque cuerpos solo desea el mío. Y a mí me provoca una repulsión que surge de mis entrañas, pero busco su compañía, su conversación

sanitizadora de intelectual; terciopelo y acero, atracción y rechazo, bifaz perverso, sonrisa maléfica.

Siento que mi pasión se acalla en su presencia, mientras mi marido, observa paternalista y taciturno mis sobresaltos; me gustaría espantar esos recuerdos que me atormentan y solo atisbo sombras de un pasado que me persigue a todas horas; personas de mi infancia desdibujada, momentos de ensoñación tenebrosos: en mi soledad me ahogo; voy a exorcizar miedos pretéritos a flor de piel y romper el bozal que me atenaza entre estos muros solariegos. Mi devocionario está maltrecho de tantas páginas y páginas sobadas en esas tardes espesas de calor brumoso: no hay santos que consuelen mi vehemencia ni ánimo vital para expresar las bridas personales que me siguen atosigando: quiero sentir, vivir, gozar; la pureza en una mujer y su castidad no aplacan deseos hirvientes ni suavizan la necesidad de un cuerpo harto de soportar órdenes.

Hasta don Fermín, confesor veleidoso, anhela poseerme como un enser, una antigüedad que exhibir en el secreto eclesial: su amor viscoso me recorre las entretelas con su palabrería santificada y hueca; él sospecha mi inclinación por don Álvaro al que yo seguiría de buen grado, en un destino inexorable que acabaría conmigo; me da miedo el arrebato de celos incontrolables que lanzaría contra mi conciencia de esposa adúltera.



Pero mis manos buscan el calor de quien me haga gritar hasta el éxtasis, más allá de arrepentimientos banales.

Me invade un frío aterrador, la mirada de ojos crispados se ciernen sobre mi voluntad: me paralizan, calculan mi destierro y me arrinconan en medio de una tormenta sofocante.

Mi imagen en el espejo de esta ciudad me recuerda quién soy. Me abruma la tentación: soltar amarras y escapar. ¿Hacia dónde? ¿Con quién? ¿Y después?

¡¡Emma!!, ven, ayúdame. No quiero seguir escuchando a mi autor, yo soy su criatura sin dirección, su gran obra, perdida en el marasmo sentimental que me aqueja sin cesar. Este vestido me aprieta. Me lo voy a arrancar y salir a la calle sin brazo en el que apoyar mi debilidad.

El escenario de mi teatro vital me llama, me invita a participar de mi esencia: agostada al lado de don Víctor, alianza marital, dominada de rodillas en el confesionario de don Fermín, ese clérigo infame.

Hombres vetustos, hombres egoístas sin alma y sin amor; me buscan y me abandonan... como a tí.

Vicio y trampa, fidelidad y deseo, indiferencia y protección, ironía y desgracia, vanidad y apariencias: oro y oropel arrojando mi anatomía desgastada. Caricatura y mascarada de una vida sin sentido que pronto acabará con mi cuerpo inerte, mi voz exangüe.

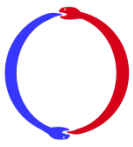
Me ahogo, se acaba el hálito que me sostenía, desfallezco...

Ese beso viscoso y frío: Emma, espérame, volémos juntas hacia la eternidad.





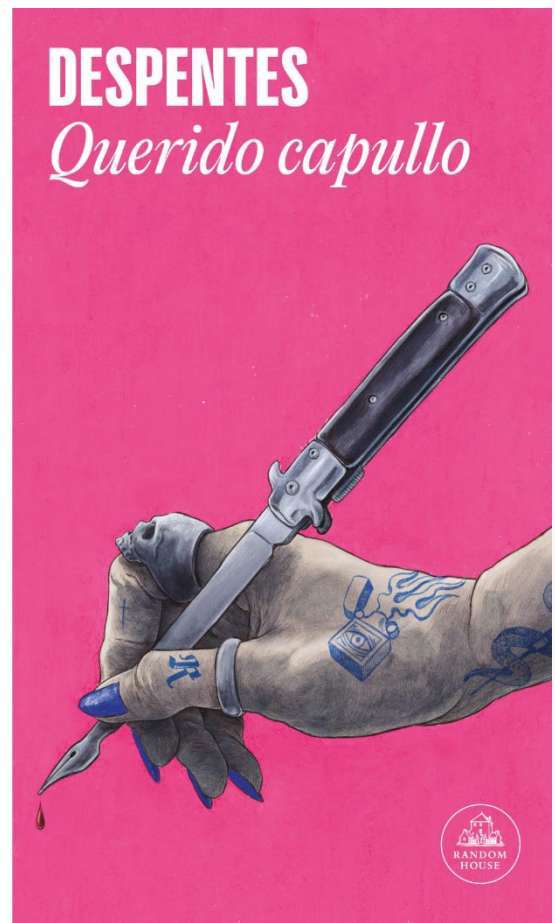
*Querido capullo*  
**Despentes**



Pravia Arango

un plis el trabajo de años y años de alcohólicos anónimos.

*Querido capullo* habla de feminismos y posfeminismo. Pero en mi generación la autonomía y la independencia venían en un “kit” con la fealdad. Mi coetánea feminista tenía los antebrazos peludinos (rizosillos o sedosines, daba igual), los andares hombrunos y la navaja en el bolso. Mis tiempos eran los tiempos donde la valía femenina resultaba directamente proporcional a la capacidad de enganchar un buen partido.

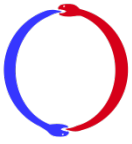


¡Ay, Pravia!

Aún hoy llevo en secreto y de manera vergonzante esto de leer y escribir. Por lo que respecta a la lectura, la gente opina que soy muy rara, siempre leyendo a gente que no conocen ni en su casa; en cuanto a lo de escribir, la opinión del vecindario empeora a todas luces, ya que

**N**ovela bien escrita que me queda grande. Solo con un ejercicio de imaginación —y la mía está más seca que la raíz seca de una datilera seca— se puede hacer una inmersión en la novela. ¿De qué va? De artistas (actriz y escritor) de vuelta de todo y en eso entran el alcohol, otras drogas y excesos, de los que ahora, ya talluditos, pretenden limpiarse. Va de mucho sexo, de orientaciones sexuales diversas. De relaciones no consentidas; por tanto, violación

Pero a mí me pilla sin cursillos afectivo-sexuales, sin asistencia a programas preventivos contra el alcohol y las drogas. Nada de nada. Ni un canuto he probado. Me pilla fea, dejada (eso siempre) y vieja (esto ahora). Me pilla con alguna mistela en mi juventud, una mistela de garrafón, que me levantaba migrañas e hizo en



resulta ser prueba diagnóstica irrefutable de mi inestabilidad mental.

*Querido capullo*, Virginie Despentes. Novela recomendable para gente chachi, con infli..., con inquietudes intelectuales. En este punto el libro plantea reflexiones valientes y novedosas.

Termino con algo que me contaron como anécdota, pero me suena a chiste. En un viaje a París, dos amigos entran en una tienda y uno quiere comprar un jersey y de paso activar su francés.

En un primer momento lo consigue y, es más, se atreve a profundizar en la conversación por lo que pregunta si el jersey *donnera d'oui* y si *tombera la couleur...*

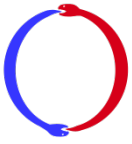
¡Ay, Pravia!

Pues eso que *pour moi, le roman a donné d'oui beaucoup. Salut.*





**Spinoza: un solo derecho  
para proteger a la humanidad**



**Diego García Paz**

sin dualidades: el ser humano es uno, razón y alma, y la idea de Dios participa de esta misma unidad: todo, en el mundo sensible, es una faceta de Dios, que se presenta ante la razón por medio de sus atributos como naturaleza, hechos, vida. Dentro de esa unidad esencial, cada ser humano forma parte del todo, y por medio de la razón, realiza concesiones para poder vivir en comunidad. El hombre actúa sobre la realidad de acuerdo con dos premisas: razón e impulso. La primera ha de regir sobre el segundo. La razón lleva a la civilización. Spinoza fue considerado por ello, por algunos, un panteísta, pero su noción unívoca y total sobre Dios y el carácter y la participación del hombre en su concepto fue tan nuevo que generó fuertes reticencias.

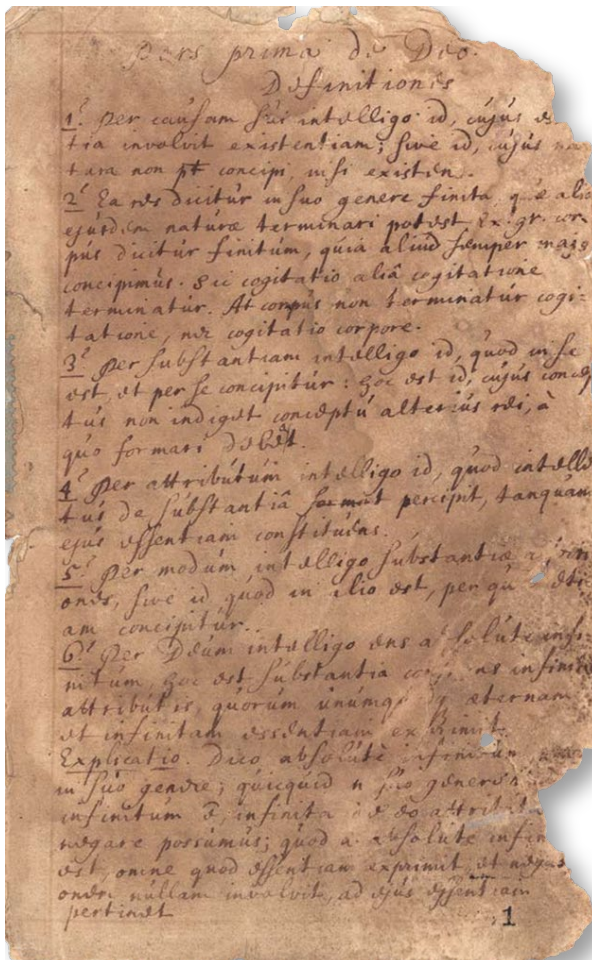
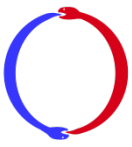
Desde un prisma jurídico, hay dos cuestiones de relevancia en la filosofía de Spinoza, desde mi punto de vista. Podría referirme a ellas como de tipo introspectivo y de carácter público.



**B**aruch Spinoza (1632-1677) fue un filósofo neerlandés de origen sefardí. Se trata de un pensador cuya grandeza se mantuvo, en su momento, pareja al grado de polémica que generó, hasta el punto de ser un autor proscrito por la Iglesia Católica, atendiendo a sus consideraciones sobre la naturaleza y sobre Dios. Verdaderamente, Spinoza fue un librepensador y uno de los más importantes representantes del racionalismo, junto con Descartes y Leibniz.

Spinoza escribió, entre otras obras, un relevante tratado sobre política y especialmente su *Ética*, de la que dimana una revolucionaria concepción sobre este término. El filósofo no renegó de la divinidad, sino que aportó un innovador concepto, incuestionablemente con matriz en el innatismo cartesiano, pero de perfiles propios y originales. No existe más que una realidad, una sustancia exclusivamente,

Respecto de la primera, el concepto de unidad esencial de Spinoza, por definición, hace que se deba aplicar también al derecho. Siguiendo esta línea de pensamiento, no resulta posible considerar al derecho positivo y al derecho natural como entes separados. Es irrefutable que entre ellos existe una relación de fundamento; más aún, yo estimo que la vinculación existente entre ambos es de trasposición: las normas jurídicas positivas deben ser el reflejo de las normas del derecho natural, y siendo ello así, entonces propiamente se podrá hablar de derecho, pues cumplirá su finalidad: la justicia. Del mismo modo que no es posible desvincular al hombre de la razón, al ser una unidad, y sin razón el hombre deja de serlo, el derecho positivo, sin el anclaje en las normas del derecho natural, deja de ser verdadero derecho para convertirse en una forma hueca empleada para legitimar actuaciones separadas de la justicia y, por lo tanto, generadoras del sentimiento de injusticia.



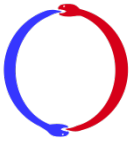
Pero, además, desde un ámbito externo o, si se prefiere, público, existe en Spinoza un concepto de derecho natural que rompe con lo que tradicionalmente se entendía por tal, en el sentido de considerar que, bajo esa denominación, se encuentran únicamente los valores más elevados de la humanidad, esto es, la ética.

El derecho natural es entendido como aquello que el ser humano puede hacer, conforme con sus facultades físicas y racionales. Y aquí está el buen hacer y también el mal hacer. Las conductas malignas, en tanto que al hombre le son posibles, o es capaz de ellas, forman parte de su naturaleza, esto es, se integran en el derecho natural. El hombre puede dar vida y puede matar. Es por ello que la humanidad crea racionalmente unos principios, unos valores, que le sirven para limitarse. La ética se presenta así como una creación del intelecto humano, consciente de su cara tenebrosa, para

poner un freno a sus impulsos malvados. Surge así el derecho, fundamentado en los principios de una ética que la humanidad construye como creación propia, por medio de la razón, sin que forme parte *ab initio* de su esencia. Por ello Spinoza refería que tales valores eran *arbitrarios*, en el sentido de ser creados desde la razón por el libre albedrío del ser humano para confinar a su faz negativa y porque le son convenientes.

A su vez, la humanidad deriva la protección de la convivencia y la ejecución de ese derecho asentado en los principios de la ética a estructuras organizativas superiores: los Estados. Dentro de esta ética construida, el ser humano ha incluido su autolimitación, y la eleva al Estado, para que este vele por su cumplimiento y sancione a aquellos individuos que no se sujeten a los mandatos necesarios para convivir, primero éticos y luego jurídicos. Spinoza fue el precedente del contrato social de Rousseau, y justificó que el mayor esclavo, el ser más separado de la libertad, aunque considere lo contrario, es aquel que está dominado por sus pasiones, sin ningún tipo de restricción.

La sociedad deposita su total confianza en el Estado, de modo que cuando aquellos que lo representan, o forman parte del gobierno, actúan de forma cínica, falsa o traicionera, sin atender a la sublime misión que se les ha encargado, bien haciendo lo contrario de lo que dicen, bien no haciendo nada o directamente perjudicando a la humanidad, al anteponer sus propios intereses a los generales, para Spinoza su razón de ser deja de existir, y propician algo que quizá ni ellos mismos sean conscientes que están generando: el mayor de los odios, al desatar el lado más negativo de una sociedad que se está restringiendo a sí misma para no desbocarse, resultando además que aquellos que han de velar por la estabilidad de esa sociedad han incumplido el encargo que de ella recibieron. Y llegados a este punto, ninguna



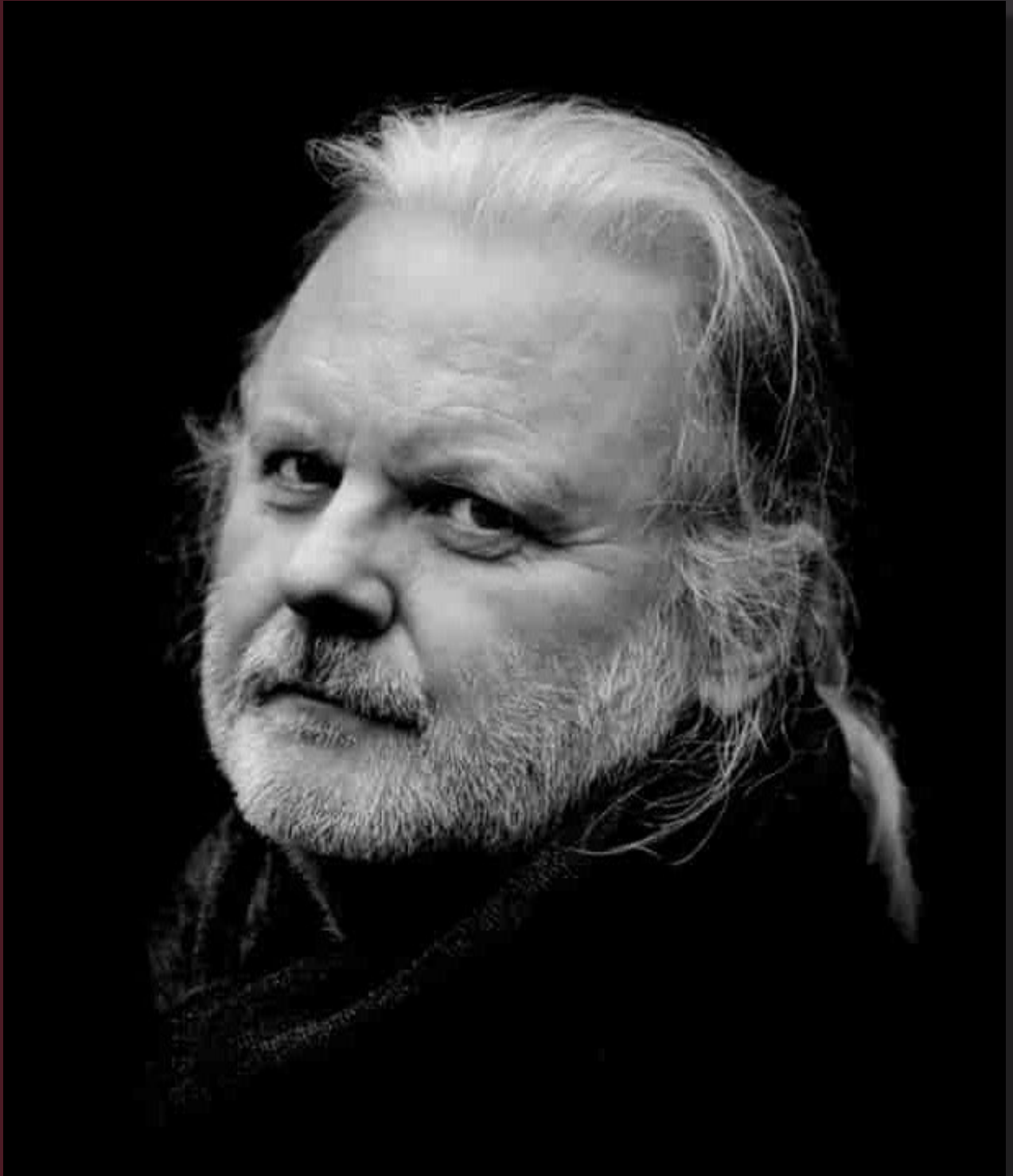
palabra grandilocuente podrá evitar que la razón siga su curso.

El Derecho Natural de cada hombre no se determina, pues, por la sana razón, sino por el deseo y el poder.

De los fundamentos del Estado (...) se sigue, con toda evidencia, que su fin último no es dominar a los hombres ni sujetarlos por el miedo y someterlos a otro, sino, por el contrario, librarlos a todos del miedo para que vivan, en cuanto sea posible, con seguridad; esto es, para que conserven al máximo este derecho suyo natural de existir y obrar sin daño suyo ni ajeno.

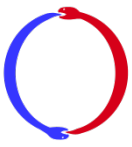
Quienes administran el Estado o detentan su poder, procuran revestir siempre con el velo de la Justicia cualquier crimen por ellos cometido y convencer al pueblo de que obraron rectamente. Y esto, por lo demás, les resulta fácil, cuando la interpretación del Derecho depende íntegra y exclusivamente de ellos. Pues no cabe duda que, en ese caso, gozan de la máxima libertad para hacer cuanto quieren y su apetito les aconseja; y que, por el contrario, se les resta gran parte de esa libertad, cuando el Derecho de interpretar las leyes está en manos de otro y cuando, al mismo tiempo, su verdadera interpretación está tan patente a todos, que nadie puede dudar de ella.

La paz no es ausencia de guerra, es una virtud, un estado de ánimo, una disposición para la benevolencia, la confianza, la Justicia.



Del último Nobel de Literatura:  
Jon Fosse, *Mañana y tarde*





Pravia Arango



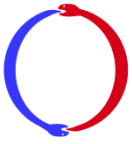
Un librito corto. Raro y bueno como el protagonista Johannes. Me ha gustado mucho e intuyo que he llegado a una conexión emocional, y cuando intervienen los sentimientos..., pues eso; las palabras se vuelven resbaladizas, poco útiles, quizá no tengo inteligencia para dar con el nombre exacto de las cosas. Será mejor, pues, que haga un trampantojo, una faena de aliño, un puñado de ideas sabidas y consabidas que solo dejarán clara la claudicación de la mente, en este caso la mía.

*Mañana y tarde* se inserta en ese tipo de literatura que pretende erradicar al autor como médium entre el texto y el lector. En España se pone el ejemplo de Sánchez Ferlosio con *El Jarama* (por cierto, de la que el autor ha renegado mil veces). Aquí Ferlosio usó la técnica

del registro sonoro; esto es, reprodujo mecánicamente lo que les pasa a unos adolescentes pobres un domingo que van a las orillas del Jarama. En esta línea, la novela de Fosse recoge de modo, aparentemente gris y anodino, el día del nacimiento y el de la muerte de un hombre cualquiera.



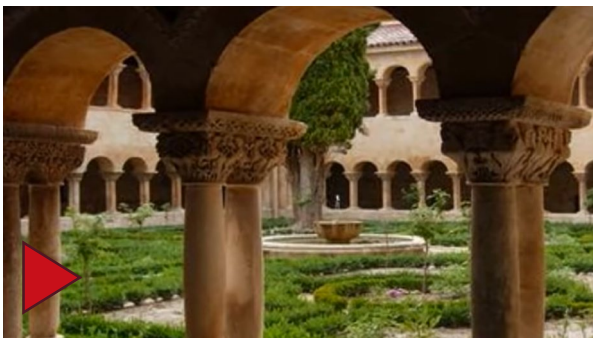
Pero, para hacerlo, elige el flujo de conciencia, sigue el *Ulysses*. Ahora que ya hay confianza, surge la pregunta ¿pero eso no es muy aburrido, un pestiño y tal y tal? Me arrepiento de lo anterior porque luego me llaman choni; por tanto, reformulo la pregunta ¿pero entonces se trata de un texto muy denso? ¡Uf!, ya quedo más reconfortada. No, no hay dificultad lectora. Fosse nos lo deja *corrientes, aguas puras, cristalinas*. El mago Fosse pasa del flujo de conciencia de Johannes al de su hija Signe, cambia de interlocutor en los diálogos sin marca externa y queda todo claro, claro, claro..., malabarismos de técnica literaria que dejan al lector patidifuso por la falsa sencillez



y la perfección “endiablada” con que están ejecutados. Si Fosse ha querido quitarse de en medio, por considerarse un elemento disruptivo, éxito apabullante. Un mago escapista que hace trucos perfectos.

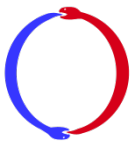
Para ello elige una prosa envolvente, repetitiva, un tono de salmodia que tiene significado no por lo que dice sino por la conexión emocional que dispara en el lector. Diálogos (aparentemente) vacíos se repiten una y otra vez: *será mejor que nos metamos en casa / será mejor, sí, dice Johannes / desde luego que sí, dice Erna.* / Como ven, dos personas que usan palabras archisabidas porque lo que cuenta es la comunicación profunda de esos seres, la conexión emocional..., ahí lo que se transmite es cariño, afecto, ternura, respeto, empatía..., tras las palabras de ese matrimonio de viejos.

A mí me recuerda los rezos, los cantos y por ahí llegamos en la noche de los tiempos al origen de la literatura. En fin, que les recomiendo *Mañana y tarde*, Jon Fosse. ¿Por qué? Se me escapa. Un libro raro y misterioso como el amor. Por si se disponen a leerlo, ablanden el oído con esto.





Con el poeta  
Fernando Operé



**Encarnación Sánchez Arenas**

*Poesía a dos voces* (2004) con Mempo Giardinelli. Ediciones bilingües: *Around the World in 80 Poems* (2013); *Day Outwits the Clocks*. (2017), así como de numerosos poemas en revistas de todo el mundo.

Si por necesidad hubiéramos de relacionarlo con alguno de los grupos poéticos españoles de las últimas décadas, sin duda lo pondríamos en sintonía con la escuela de la poesía de la experiencia, donde un yo bien asentado en el origen de la percepción se encarga de la dicción lírica y establece una correspondencia entre realidad y lo vivido. Sin llegar a las bajezas confesionales de ciertos poetas de la experiencia, Operé construye una poesía muy cercana a la comunicación oral, abierta, hecha comprensible para el lector general. Un gran ejemplo de estos rasgos es el poema “Supermán,” de la colección titulada *Despedidas*, dedicado a su hijo, que se asimila al lector del texto desde ese estadio de la infancia como expone Pedro Larrea en *Cuadernos de ALDEEU*:



ernando Operé nació Madrid y se educó en la Universidad de Barcelona, donde obtuvo la Licenciatura en Filosofía y Letras. En 1978 se mudó a los Estados Unidos en donde hace el Máster y Doctorado en Historia por la Universidad de Virginia.

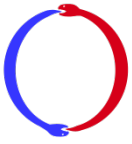
Es autor de los siguientes poemarios: *Pureza demolida* (2017); *Liturgia de atardecer* (2016), *Ciudad de Tiza. Paisajes de papel* (2014); *Refranero de ausencias* (2014); *La vuelta al mundo en 80 poemas* (2012); *Anotado al margen. Cuaderno de ruta* (2007); *Alfabeto de ausencias* (2002); *Salmos de la materia* (2000); *Amor a los cuerpos* (1997); *Acróbata de ternuras* (1994); *¿Quién eres tú Betty Blue?* (1991); *Despedidas* (1987); *Días de lluvia y otros soles* (1987). Antologías personales: *La imprudencia de vivir* (2018); *Memorial del olvido* (2005); *Cántico Segundo* (2009);

¿Podré ver a Supermán  
después de muerto?  
Me río y me agobia tu pregunta  
diminuto inquisidor  
de ojos abiertos.

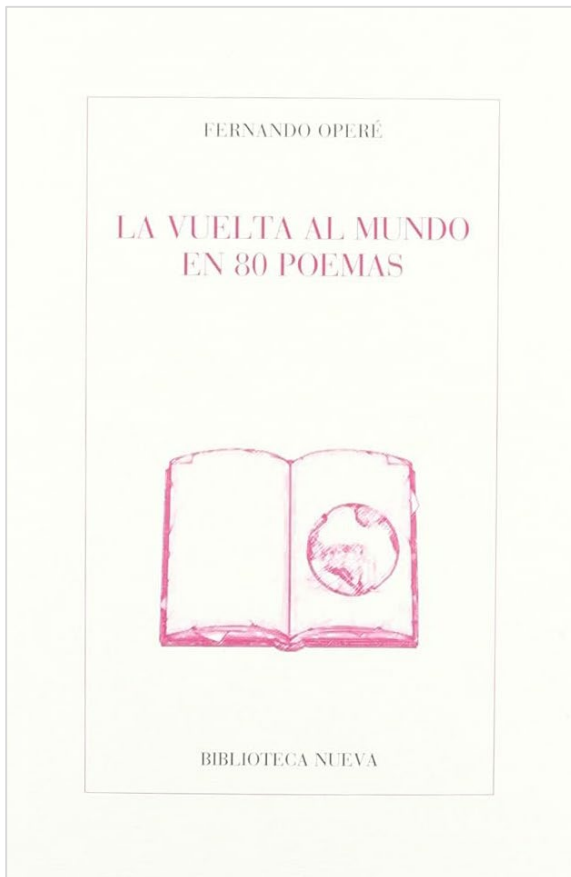
...

Pero si alguna vez,  
rompiendo en cristalitos el enigma,  
nos encontramos  
en un rincón del universo,  
te prometo que iremos, mano en mano,  
a buscar a Supermán, te lo prometo.

*La vuelta al mundo en 80 poemas* recrea el título de la famosa novela de Julio Verne y la aventura del viaje. Una diferencia esencial, sin embargo, entre ambas obras es el contexto

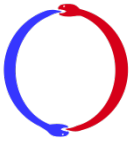


exclusivo del mar que protagoniza las jornadas del poemario de Operé. A través de la maleabilidad y la movilidad continuas de las aguas se arriba a tierras concretas, como si se anclaran puntos de referencia sólida entre la vida y la muerte en la conjunción de tiempos; así también, se particulariza y globaliza a la vez la experiencia del ser humano en la reflexión poética que arranca de las circunstancias históricas individuales y colectivas para meditar sobre el destino del “yo” y el “nosotros”, según indica Francisco J. Peñas-Bermejo en “Las simetrías prófugas de los ecos en la poesía de Fernando Operé” en *Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española*.



# Adriana Schlittler Kausch





María Luisa Domínguez Borrallo

La lectura de la poesía de manera consciente llega con la adolescencia, como una manera de darle forma a pensamientos abstractos, a emociones complejas que no era capaz de entender y, mucho menos, gestionar. Con el tiempo, fui descubriendo que la poesía era una herramienta para desafiar las convenciones del propio lenguaje. En ese momento me di cuenta de que yo quería escribir poemas.

Eres, además de poeta, artista multidisciplinar. ¿En qué faceta te sientes más cómoda, más tú misma?

Para mí la poesía reside más allá de la palabra escrita, es por ello que su posibilidad creativa es infinita. Es verdad que utilizo diferentes soportes, pero siento que estoy haciendo una única cosa.


Tus orígenes son alemanes, naces el Brasil y vives en Sevilla, ¿influyen estas circunstancias a la hora de escribir?

Totalmente. El desarraigo, el abandono, la infancia, la identidad que no se termina de perfilar, sentir que no formo parte de ningún lugar. Todos estos temas son recurrentes en mi trabajo.

Eres profesora de latín y griego. Como docente me gustaría que nos contases qué importancia les dan las nuevas generaciones al arte y a la literatura y si sigue siendo la poesía la gran desconocida.

La poesía le interesa a poca gente, imagínate a los adolescentes de hoy en día, con tantos estímulos a los que están expuestos.

Los programas educativos están totalmente desactualizados. Son rancios y obsoletos. Crean deslectores. Los profesores nos hemos quedado desfasados y no somos capaces de

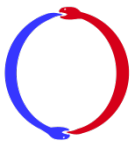
Adriana Schlittler Kausch (Porto Alegre, 1982), es profesora de latín y griego en un instituto de Sevilla. Es artista y escritora.

Como poeta ha publicado *Crueldades afines* (Ediciones En Huida), *Vacaciones* (Editorial Ultramarina, junto al compositor Julio de la Rosa), *Parches* (Origami), *El Péndulo* (Harpo) y *Nox erat* (Maclein y Parker). Sus poemas han aparecido en algunas antologías, ha colaborado en varias revistas literarias y ha participado en diversos recitales y festivales de poesía. Como artista ha expuesto sus proyectos "My Crazy Nature" y "+100 likes" en la La 13 Dada Trough Gallery (Huelva), ArtJaen (Jaén) y FemArt (Barcelona).

¿Qué es para ti la poesía, Adriana?

A veces pienso que es un refugio; otras, sin embargo, que es una maldición.

¿Cómo y cuándo llegas a ella?



comprender esta nueva realidad: seguimos haciendo lo mismo con unas generaciones que están a años luz de nuestra sensibilidad.

Soy partidaria de ofrecerles muchas opciones de lectura. Cuando se da a los estudiantes la libertad de elegir lo que quieren leer, se les empodera para explorar sus propios intereses y descubrir qué tipos de historias les interesa más. En este contexto, el criterio de calidad literaria me parece menos importante, al menos, en el sentido tradicional.

¿Escribir conlleva un compromiso de honestidad?

El arte tiene un espacio abierto para la mentira, para la tomadura de pelo, y me gusta que sea así.

¿Percibes a menudo discriminación en el mundo literario o artístico por ser mujer?

Una vez leí que Marguerite Duras solía decir que «un escritor no es ni hombre ni mujer: es escritor». Yo no estoy de acuerdo con esa afirmación: cuando yo escribo, no dejo de ser mujer, del mismo modo que no consigo desentenderme del hecho de ser migrante. En este sentido, me da la sensación de que las mujeres tenemos que estar todo el tiempo pidiendo perdón por no esconder nuestra identidad de género cuando escribimos.

¿Qué libro te ha costado más escribir? ¿Por qué?

He intentado escribir varios proyectos de narrativa, pero me pongo muy lírica y los voy abandonando.

¿Qué libro te ha costado más leer? ¿Por qué?

Nunca he conseguido terminar *Zurita*, de Raúl Zurita. Y eso que me encanta el autor y el libro es una maravilla.

¿La poesía escoge a la persona o es la persona la que escoge a la poesía?

La poesía es una elección consciente. Algo parecido al masoquismo.

¿Qué autores han marcado de alguna forma tu vida?

Tantísimos. Mis referentes son muy diversos. No quiero aburrir a nadie con una lista, simplemente diré que Paul Éluard, Alejandra Pizarnik y Charles Simic han sido fundamentales en mi desarrollo como lectora y escritora.

¿Hay un antes y un después cuando escribes un poema?

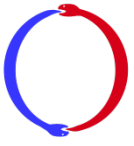
Siempre hay un después, que se llama corregir. Es lo más difícil.

Por último, Adriana, a nuestros lectores, seguro que les encantaría que les hablases de tus proyectos a corto plazo.

Estoy haciendo muchas cosas a la vez. Quizá dentro de poco salga un librito de poemas sobre mi experiencia en las islas Galápagos.

Ha sido un placer poder charlar contigo, gracias por dedicarnos tu tiempo, por permitir a nuestros lectores sentirse cerca de la artista, de la poeta, del ser humano, Adriana.





Nadie sabe el océano  
pero es matemática recordar  
que nos hundimos

El litoral abre su boca  
para los que esperamos  
algún naufragio

Algún temblor que anuncie  
la vocación de respirar

La garganta soporta  
los síntomas del alfabeto

Nos pronuncia la sangre  
como un gorjeo  
inexpresivo

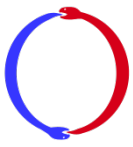
Raíces hacia la fecundidad  
estéril  
del idioma

Adriana Schlittler Kausch



## Un incircunciso entre creyentes

Texto a medio camino entre el relato y la crónica de viajes en base a una experiencia real



Diego Fernández Fernández

**P**ersonalmente tengo la convicción de que cualquier evento que suceda después de haber estado acariciando a un gato en tu regazo durante más de veinte minutos no está sino predestinado al éxito.

Una prueba fehaciente de ello la obtuve en mi reciente y primer viaje a la ciudad de Estambul. Concretamente la noche que tenía previsto visitar una *tekke* para asistir a la ceremonia religiosa en la que poder contemplar la danza giratoria de los derviches.

Antes de contar mi experiencia personal, empezaré por aclarar las dudas que la lectura del párrafo anterior trae aparejadas. La primera, ¿qué es una *tekke*? Ni yo mismo lo tengo claro. A pesar de haber estado cinco horas metido en una de ellas, no me atrevo a dar una definición exacta, por lo que me limitaré a hacer una aproximación diciendo que es un edificio que sirve

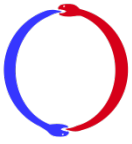
como lugar de reunión y rezo para una comunidad de personas que profesan la religión islámica, y que principalmente siguen la corriente *sufi*.

Una *tekke* es una amalgama de templo, escuela, conservatorio, mausoleo... a la que los miembros de la hermandad asisten para rezar, recibir lecciones, cantar, socializar... Una *tekke* es una *tekke* y no hay que buscarle más explicaciones, como me respondieron varios de sus integrantes cuando les formulé la misma pregunta escrita unas líneas más arriba.

Segunda duda y tercera colateral, ¿quiénes son los derviches?, ¿y en qué consisten sus danzas? Los derviches son hombres musulmanes que siguen las enseñanzas del maestro persa Rumi, para el cual la música, la danza y la poesía eran el verdadero camino para llegar hasta dios. En sus ceremonias se entremezclan música, cánticos y oraciones de manera que los derviches llegan a un estado de trance que les permite girar sobre sí mismos y en círculo sin acabar mareados y vomitando hasta el calostro.



En mi segunda noche en Estambul, durante un crucero con cena y espectáculo por las aguas del Bósforo, pude contemplar a un “derviche” y su danza giratoria. No hacía falta tener un doctorado en estudios islámicos para darse cuenta de que aquello era una carnalada y que aquel señor tenía tanto de derviche como yo de monja ursulina. Esto se confirmó más



tarde cuando el mismo individuo estaba entre los integrantes del grupo folclórico que nos mostró danzas de diferentes regiones de Turquía e incluso protagonizó un pequeño *show* de lanzamiento de cuchillos. Quizás a algunas de las personas que compartían crucero conmigo les colaron gato por derviche, pero a mí no.



Tengo que confesar, gustosamente, que siempre que viajo invierto una gran cantidad de horas en recopilar información acerca del destino previsto. Disfruto tanto los meses previos escudriñando en libros y páginas de internet en busca de todo tipo de datos, curiosidades, recomendaciones, rutas... como los propios días que me encuentro de viaje. Supongo que en esto tiene todo que ver que mi vida laboral haya estado siempre ligada a proyectos de catalogación y descripción documental.

Buscando lugares en los que contemplar las danzas de los derviches, me encontré que desde páginas como Civitatis o Get Your Guide se podía pagar la reserva para asistir a una ceremonia. Esa vía no me convencía del todo, yo quería algo con menos tufo a *souvenir*, por lo que seguí indagando en el tema y me topé con un *blog* en el que, además de una breve contextualización histórica acerca de los derviches y sus rituales, se proporcionaba una lista de varias *tekke* en las que se podía presenciar la ceremonia.

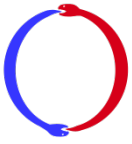
La sola presencia de la palabra *tekke* en el texto de aquel *blog* me transmitió la sensación de que aquella no era una información *mainstream* y que en esa lista encontraría lo que estaba buscando. De entre todas ellas, elegí acudir a la *tekke* de Karagümrük en la que cada lunes se celebraba la ceremonia de los derviches para la cual no era necesario hacer reserva ni tampoco pagar entrada. A partir de ahí fui configurando el *planning* de mis días en Estambul de manera que la tarde-noche del lunes estuviese totalmente libre para contemplar las danzas de los derviches.

Esa *tekke* no se encontraba en una zona próxima a mi hotel, ni siquiera en una zona cercana a algún punto destacado en el mapa de Estambul, por lo que, con miedo de perderme por el camino y no llegar a tiempo a la ceremonia, me dirigí hacia ella con bastante anticipación. Conseguí dar con el sitio no tanto gracias a Google Maps, sino más bien a las indicaciones aportadas por un atractivo turco de ojos verdes imposibles y barba negrísima y también por una muchachita que trabajaba en una mercería, cuyo *look* personal desafiaba, sin lugar a dudas, los dictados más estrictos del islam.

En la puerta de la *tekke* me encontré con una señora a la que, tras hacer girar mi dedo en el aire, silabear la palabra derviche y señalarme a mí y a la entrada, conseguí que me dijese *evet, evet*. Sí a todo. Aquel era el lugar y yo era bienvenido.

Pero todavía faltaban dos horas según lo que ponía en el *blog* consultado, por lo que tratando de no alejarme mucho, busqué un sitio en el que poder cenar algo. En un par de pasos y miradas a gentes y negocios me di cuenta de que no estaba en una zona trasteada por turistas, aquel era un barrio de población local y bastante conservadora.

Después de comer el *dürüm* más rico y más barato de cuantos probaría en Estambul y tomar



un té en un local en el que solamente había hombres, me fui a sentar en un banco junto a una mezquita para hacer tiempo. Era mi tercer día en la ciudad y ya sabía que a poco que chistase aparecería algún gato para hacerme compañía. Así fue, salieron cuatro a mi llamada y la más rápida, una gatita blanca con manchas negras, se plantó de un salto en mi regazo para que le diese mimos, sin importarle que le hablase en gallego mientras la achuchaba contra mi pecho.

Me despedí de ella cuando principiaron a caer unas gotas de lluvia y el frío del mar Negro empezó a colarse dentro de mi abrigo, no sin antes sacarle una foto para no olvidarme de aquella *michiña* estambulí.



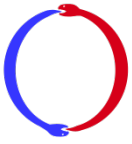
Tras cruzar la puerta principal de la *tekke*, me encontré un patio en cuyo centro destacaba una fuente de mármol con una ornamentación muy laboriosa. En ese instante, un par de mujeres subían unas escaleras, por lo que intuí que la parte destinada a los hombres era la de abajo. En un cuartito pude ver la estantería habilitada

para dejar los zapatos; una vez descalzo me dirigí al interior.



Si llegar tarde a un evento no demuestra mucha consideración por las personas que allí se encuentran, no sé yo muy bien cómo se interpretará el llegar con demasiado adelanto. En todo caso, el señor que se encontraba en la recepción no me puso mala cara cuando le expliqué en inglés que venía a ver la ceremonia de los derviches; con la mano me indicó que pasase adentro. Cuando me vi en una sala en la que un grupo de unos cincuenta hombres rezaban en cuclillas volví mi vista hacia el señor de la entrada, que con un simple gesto de cabeza me dijo que no pasaba nada, que estuviese tranquilo, que mi presencia allí no molestaba a nadie.

Durante los aproximadamente diez minutos que pasaron hasta que finalizó la oración pude examinar, con mucho disimulo, el lugar en el que me encontraba. Había varios salones comunicados entre sí por puertas correderas y cubiertos con alfombras, en el más próximo a mí estaban colocadas unas mesas bajas en las que



había dispuestas cucharas, trozos de pan y unos cuencos grandes con algo que a simple vista parecían natillas de chocolate.

Cuando los hombres terminaron de rezar se fueron acomodando en grupos alrededor de las mesas, y se sentaron en el suelo. En un intento por pasar lo más desapercibido posible, traté de no establecer contacto visual con ninguno, por lo que mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que uno de ellos me hacía gestos invitándome a sentarme a su lado. Se llamaba Serkan, hablaba un inglés más que decente y pasaría a ser algo parecido a un tutor para mí aquella jornada.

El nombre de Serkan significa “de sangre noble” en turco y no había sino nobleza en la mirada de aquel hombre al que yo, casi implorando, le dije que había ido allí para ver la ceremonia de los derviches y que lo último que quería era importunar. Él me dijo que estuviese tranquilo, que en aquel momento era uno más de ellos y que me sintiese como en casa. Me explicó que en la cena que a continuación se iba a servir comeríamos todos del mismo cuenco como señal de confraternidad.

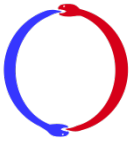
Y así fue cómo rodeado de hombres de aspecto rudo y gesto amable cené sopa, col guisada, pasta y las natillas de chocolate a las que había echado el ojo desde el primer momento. En cada cucharada que cogía del bol comunitario no podía dejar de pensar en la cara que se le quedaría a mi madre cuando se enterase de mi ausencia de escrúpulos en Estambul, mientras que en casa les obligo a ponerse la ensalada en un plato aparte para no coger todos de la misma fuente.

Mientras cenamos, Serkan se interesó por conocerme y me preguntó a qué me dedicaba, por cuántos días estaría en la ciudad y, sobre todo, cómo había dado con su *tekke*. También me fue explicando cuál sería el desarrollo de los acontecimientos hasta que comenzase la ceremonia

de los derviches. Después de la cena, se reunirían en uno de los salones para recibir una lección del maestro de la *tekke*, a la que seguiría un ensayo del grupo de música, una nueva tanda de oraciones y finalmente la ceremonia en sí. Tenía para largo.

Una vez se terminó la cena, todos ayudaron a recoger y desmontar las mesas, dejando el salón completamente libre. Serkan me dijo que podía esperar allí mientras él y los demás hombres asistían a la homilía impartida por el maestro. Esa era mi intención, quedarme sentadito a mi aire en una esquina, hasta que un muchacho muy joven se me acercó y me dijo en inglés que no estuviese allí solo, que pasase al otro salón con el resto de la gente. Cómo decir que no. Así que de repente me vi en medio del grupo, escuchando un sermón en turco sin enterarme de nada y con las orejas coloradas por la vergüenza. Qué estaría diciendo aquel hombre. Por su tono sosegado intuyo que su discurso no albergaba ningún tipo de extremismo, más bien diría que hablaba de la necesidad de mostrar empatía hacia las personas con las que nos tropezamos a diario, y que la vida hay que tomársela como lo que es, un camino a veces recto, a veces con recodos, pero en el que siempre se avanza y en el que podemos ver infinidad de paisajes hermosos.

Finalizada la lección, una vez el maestro abandonó la sala, varios de los hombres salieron mientras que otros empezaron a colocar unas cuantas sillas en torno a una mesa baja. Serkan se acercó de nuevo a mí para decirme que me quedase allí donde estaba, que el grupo de música iba a ensayar y que seguramente me gustase. No le faltaba razón, el ensayo era de lo más entretenido, no solo por los instrumentos que tocaban (tambores diminutos, flautas dulces y una especie de cítara), sino también por las constantes interrupciones que unos y otros se hacían recriminándose ir fuera de tono en los cánticos. En una de esas paradas fue cuando vi que desde la puerta del salón un



chico de mi edad me hacía señas y me decía en español “Hola, hola. Ven, ven”.

Y fui. Y quien me recibió con un abrazo y una sonrisa en labios y ojos era Mehmet, la segunda persona que iba a estar pendiente de mí hasta el final de aquella noche.

Mehmet es la versión en turco del nombre de Mahoma, el principal de los profetas del islam. Sentados en el suelo de otro salón, en un ambiente más relajado y con un té en la mano, Mehmet y yo nos pasamos al inglés para que el diálogo resultase más fluido. Me contó que tenía treinta y siete años, trabajaba como técnico audiovisual para una cadena de televisión, vivía en Üsküdar en la parte asiática de la ciudad y la escasa docena de palabras en español con las que me había recibido eran resultado de un viaje a Madrid el verano anterior en compañía de su mujer y unos amigos.

Al poco tiempo se sumaron a nosotros dos hombres más, a los que nuevamente expliqué quién era yo y qué hacía allí. Uno de ellos me preguntó directamente si era musulmán, le contesté que no, que yo no creía en dios, que solamente creía en el género humano. Esta respuesta no cambió en absoluto el talante de mis interlocutores y la conversación continuó siendo tan apacible como se había iniciado.

Me fijé en que había allí varias pantallas de televisión en las que se podía ver el ensayo musical que se celebraba en la estancia contigua. Al preguntar el motivo me explicaron que había varias cámaras para que desde el piso de arriba las mujeres pudieran seguir las ceremonias realizadas en la zona reservada a los hombres. Ellas también habían asistido, aunque de un modo virtual, a la lección del maestro.

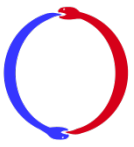
De la misma manera que había hecho Serkan con anterioridad, Mehmet también me dijo que en breve se pondrían de nuevo a rezar y que

después tendría lugar la ceremonia de los derviches. Antes de que todo eso sucediese, me llevó hasta el salón principal, en el cual aún no había estado, para indicarme cuál era el mejor sitio para ver la ceremonia.

Mientras ellos rezaban, fueron entrando por separado unos cuatro o cinco hombres que, al igual que yo, se colocaron discretamente en una esquina. Para mis adentros los catalogué como visitantes, personas externas a la *tekke* que, como yo, habían ido a contemplar a los derviches. Pero a diferencia mía, ellos sí sabían a qué hora exacta había que llegar.

Cuando terminaron los rezos, Mehmet volvió a mi lado y cogiéndome del brazo me llevó hasta el salón principal, asegurándose de que me quedaba sentado justo en el lugar que me había dicho antes. Por allí se pasó también Serkan, para preguntarme si todo estaba bien, si me encontraba a gusto y decirme que desde allí lo vería todo de maravilla.

El acomodo que me habían buscado se encontraba en un pequeño estrado muy cerca del mihrab, el nicho sagrado que marca la dirección a La Meca y desde el cual el imán dirige las oraciones. Estaba en primera fila, en medio de más hombres, algunos de los cuales ya reconocía de verlos durante la lección y el ensayo. En una especie de altillo, detrás de una celosía de madera, pude ver a un pequeño grupo de mujeres y también la pantalla en la que se proyectaba la imagen de los músicos y demás hombres que se encontraban en una habitación adyacente al salón en el que estaba yo. Pasaba de las doce de la noche cuando entraron los derviches. Eran unos diez hombres, entre los treinta y los sesenta años, vestidos con largas capas negras, túnicas blancas y unos sombreros cilíndricos en la cabeza. Entre todos ellos destacaba uno, largo como un día sin pan, hético como un soldado y con una perilla que le llegaba a la altura de la nuez. Imaginé que se trataba del cabecilla del grupo, no solo porque



era el de mayor edad, sino también porque lucía un sombrero diferente, con una especie de turbante verde en la base, además se situó en un lugar separado.

La ceremonia principió y los derviches se pusieron a caminar en círculo en el centro del salón, cada vez que pasaban delante de su líder le hacían una reverencia con la cabeza. El grupo de músicos empezó a tocar y las personas allí congregadas comenzaron a cantar de un modo muy suave. Unos veinte minutos después del inicio, se acercaron al estrado en el que me encontraba yo, dejaron sus capas sobre la barandilla y se arrodillaron, tocando el suelo con sus cabezas varias veces. En un momento dado, al unísono, golpearon fuertemente el

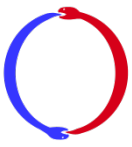
suelo y yo sentí que se me helaba la sangre. Ahí me di cuenta de que lo que vendría a continuación era algo trascendental.

Tras el golpe, los derviches se pusieron de nuevo en pie y reanudaron sus paseos circulares, el ritmo de la música se volvió más frenético y los cánticos de la gente pasaron a ser un murmullo gutural acompañado de movimientos oscilantes. Uno a uno, los derviches fueron inclinándose ante su guía, que permanecía estático, preparándose para girar sobre sí mismos.

Iniciaron los giros muy poco a poco, los ojos abiertos, pero la mirada perdida, colocando los brazos, que hasta ese momento tenían cruzados







sobre el pecho, a la altura de la cadera y elevándolos de manera armoniosa hasta el extremo de sus sombreros, quedando con el derecho extendido hacia arriba y el izquierdo apuntando al suelo, simbolizando que en aquel momento se situaban entre el cielo y la tierra, eran mediadores de lo divino y lo humano.

Confieso, sin ningún rubor, que carezco de cualquier tipo de espiritualidad, soy una persona tan terrenal que, si me descalzase y me quedase parado por más de cinco minutos, mis pies empezarían a echar raíces. Aun así, en el momento que los derviches empezaron a girar sobre sí mismos y alrededor de la sala, no pude evitar que un hondo escalofrío me recorriese la espalda al tiempo que mis ojos se arrasaban en lágrimas.

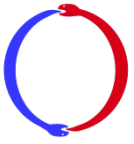
Además de toda la mística que rodeaba a la ceremonia, esta tenía un fuerte componente estético. Las sayas blancas de los derviches, ondulando con cada giro, hacían que el grupo se asemejase a un ramillete de flores abiertas. La disposición de los danzantes simulaba el movimiento de los planetas del sistema solar. Los murmullos y vaivenes de los asistentes recordaban al sonido del viento y las olas del mar. En conjunto, allí se estaba creando una energía que permitió a los derviches alcanzar el éxtasis y sobrepasar los límites físicos de aquella sala. Por varias veces detuvieron los giros, volvieron a caminar en círculo para poco después retomar las vueltas sobre su propio eje, siempre acompañados de cánticos y susurros. En algún momento, la sombra de un prejuicio me nubló la vista y pretendió que contemplase aquello como algo sectario y tétrico. Me deshice de tal idea pensando en cómo reaccionaría un hombre turco, ateo como yo, si viese una procesión de Semana Santa y escuchase cantar una saeta. A la hora de viajar, lo único imprescindible es el pasaporte, mudas suficientes y ganas de aprender. Otras cosas es mejor dejarlas en casa.

La ceremonia finalizó pasada la una de la madrugada. Mehmet vino a buscarme y me preguntó qué me había parecido. De camino al otro salón no encontré las palabras apropiadas para decirle que precisamente todo aquello me había dejado sin palabras. Se estaba sirviendo té y dulces, Serkan se me acercó y solamente con ver mi cara ya supo que me hallaba fascinado. Un hombre, que hasta aquel entonces yo no había visto, pero al que le habían llegado noticias de mi presencia, me dijo que mi país le caía bien, ya que, en relación con el genocidio cometido por Israel en Gaza, España era el único país europeo que se había puesto del lado de la población palestina. Si el buen hombre supiese de las habas que aquí se cuecen...

No quería marcharme de la *tekke* sin mostrar de un modo material mi gratitud por cómo me habían acogido aquella noche, por lo que le comenté a Serkan que me gustaría hacer una donación económica. Tras hablarlo con alguien, me trajo un sobre en el que yo metí unas cuantas liras turcas y que entregué cerrado a uno de los responsables del lugar.

Mehmet y yo nos despedimos intercambiando nuestros números de teléfono y con la promesa por mi parte de quedar una tarde antes de que abandonase Estambul. No sabía muy bien si coger un taxi para regresar al hotel o pegarme una larga caminata y así recolocar todas las ideas y sensaciones que fluían dentro de mí, pero Serkan me dijo que ni una cosa ni la otra, que me acercaba él en su coche. Durante el trayecto me contó algo más sobre él, su trabajo en una compañía farmacéutica y sus tres hijos. Me despedí colocando mi mano derecha en el pecho, como había visto hacer a varios hombres en la *tekke*, intuyendo que con este gesto se expresaba cariño, agradecimiento y sinceridad.

Aquella madrugada me costó mucho quedarme dormido, no sé si a causa de los varios téis que me había tomado o si era por todo el



revuelo de emociones que sentía. No daba crédito al hecho de que, buscando contemplar una ceremonia de derviches, había terminado participando de algún modo en una.

A lo largo de la historia se han utilizado y se siguen utilizando los diferentes nombres de dios para cometer todo tipo de atrocidades, pero también hay personas que en nombre de su dios no hacen sino acoger y compartir todo lo que tienen con los demás. A día de hoy sigo teniendo la sensación de que aquella noche yo me encontré con este segundo grupo.

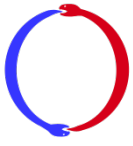
Quisiera que la vida me presentase una ocasión en la que pudiese devolver de algún modo todas las atenciones que recibí en la *tekke* de Karagümrük. Espero que así sea. *Inshallah*.





Ali Ben Saoud

علي بنساعود



Encarnación Sánchez Arenas

### سيرة

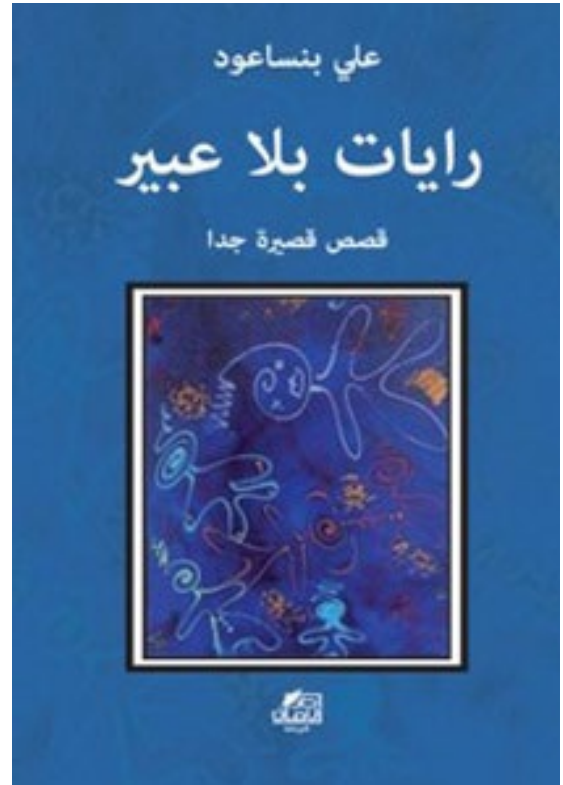
علي بنسعود، إعلامي وقاص مغربي، من مؤلفاته:

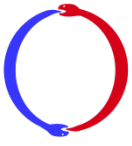
- رايات بلا عبير
- دوامة الخيول المرحة

### Biografía

Ali Ben Saoud, periodista y escritor marroquí de relatos cortos. Entre sus obras destacan:

- *Banderas sin perfume.*
- *El alegre tiovivo.*





## حَادِثَةٌ

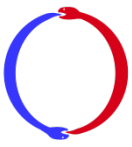
تَعُمُّ بَيْتِي فَوْضَى عَارِمَةٍ! لَا شَكَّ أَنهَذَا مِنْ دَخَلُهُ فِي غِيَابِي، أَحَسَّ بِعَوْدَتِي فَقَ  
فَزَرَ.  
لَمْ يَخْتَفِ شَيْءٌ مَّا عَدَا بَعْضَ الْأَفْكَارِ!  
طَلَبَ مِنِّي الضَّائِبُ إِفْئَالَ فَمِي...  
...نَصَحَنِي الطَّبِيبُ بِالْعِنَايَةِ بِغُرْفَةِ نَوْمِي!

### Un accidente

¡Mi casa es un absoluto caos! Sin duda alguien ha entrado cuando yo no estaba, se dio cuenta de mi regreso y saltó... No ha desaparecido nada, ¡salvo algunas ideas!

El comisario me ha pedido que cierre la boca...

¡Y el médico me ha recomendado que mantenga limpio mi dormitorio!



**Víctor Hugo Pérez Gallo**

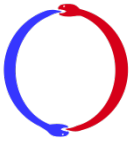
## **Crítica literaria de "Un accidente"**

"Un accidente", del autor Ali Ben Saoud, es un relato corto que nos sumerge en un ambiente enigmático y desconcertante desde las primeras líneas. El protagonista, cuya identidad se mantiene en el anonimato, nos presenta una situación intrigante: al regresar a su casa, descubre que ha sido invadida por alguien desconocido. Sin embargo, lo más curioso es que nada ha desaparecido, excepto "algunas ideas". Esta premisa inicial plantea un misterio que invita al lector a adentrarse en la narración en busca de respuestas.

El estilo de escritura de Ali Ben Saoud es directo y evocador. A través de frases cortas y concisas, el autor logra transmitir la sensación de urgencia y desconcierto que experimenta el protagonista. La elección de palabras y la estructura de las oraciones refuerzan la atmósfera caótica que se describe. El uso del punto de exclamación en las primeras líneas, así como las repeticiones y las exclamaciones a lo largo del cuento, contribuyen a crear un ritmo acelerado y una sensación de angustia creciente.

"Un accidente", de Ali Ben Saoud, se adentra en la mente del protagonista de una manera intrigante y enigmática. A medida que la historia avanza, nos encontramos con una serie de detalles y elementos que amplían el misterio planteado inicialmente. El protagonista se enfrenta a un comisario que le pide que guarde silencio y a un médico que le recomienda mantener su dormitorio limpio. Estos personajes secundarios, aunque brevemente mencionados, añaden un elemento de misterio y suspense a la trama. El lector se pregunta por qué el comisario quiere silenciar al protagonista y qué relación tiene esto con el extraño incidente en su casa. Asimismo, la recomendación del médico de mantener el dormitorio limpio sugiere una conexión entre la invasión de la casa y la mente del protagonista, lo que alimenta aún más el enigma planteado.

El protagonista describe su casa como un "absoluto caos", lo cual nos hace cuestionar qué tipo de invasión ha ocurrido y quién podría ser el responsable. Sin embargo, lo que resulta aún más desconcertante es el hecho de que no falta



nada material, sino "algunas ideas". Esta peculiaridad nos lleva a reflexionar sobre el significado simbólico de las ideas robadas. ¿Representan pensamientos importantes para el protagonista? ¿Han sido suprimidos por alguna fuerza externa? Estas interrogantes añaden un nivel de profundidad y abren un abanico de interpretaciones posibles.

La intervención del comisario y el médico también añade capas de intriga a la trama. El comisario insta al protagonista a cerrar la boca, lo cual sugiere que hay algo más oscuro y peligroso detrás de este incidente. ¿Qué secretos podrían estar en juego? ¿Qué amenazas enfrenta el protagonista al hablar de lo ocurrido? Por otro lado, la recomendación del médico de mantener limpio el dormitorio puede interpretarse como una metáfora de la necesidad de mantener la mente clara y libre de perturbaciones. Esto puede implicar que la invasión de la casa no es solo física, sino también psicológica.

La habilidad de Ali Ben Saoud para sugerir más de lo que se muestra explícitamente es un rasgo distintivo de su narrativa. A través de la economía de palabras y el uso de metáforas sutiles, el autor logra crear un ambiente de suspense y evocar una serie de emociones en el lector. Además, la falta de respuestas claras y el espacio para la interpretación personal brindan una experiencia de lectura enriquecedora y desafiante.

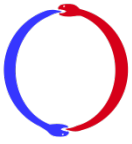
El cuento también se destaca por su capacidad para sugerir más de lo que se revela explícitamente. A través de la afirmación de que "algunas ideas" han desaparecido, el autor nos lleva a reflexionar sobre la naturaleza de la invasión y su impacto en la psique del protagonista. ¿Qué ideas han sido robadas? ¿Qué significado tienen para él? Estas preguntas quedan en el aire, dejando espacio para la interpretación y la reflexión personal.

En resumen, "Un accidente" es un relato corto que cautiva al lector con su atmósfera enigmática y desconcertante. Ali Ben Saoud utiliza un estilo de escritura directo y evocador para sumergirnos en el caos y la confusión que rodean al protagonista. A través de personajes secundarios enigmáticos y la sugerencia de ideas robadas, el autor teje una historia que invita a la reflexión y despierta la curiosidad del lector. "Un accidente" es un relato corto que se sumerge en la psicología del protagonista y plantea una serie de incógnitas que invitan a la reflexión. A través de elementos simbólicos y personajes enigmáticos, el autor desarrolla una historia que cautiva al lector y le permite sumergirse en un mundo lleno de intriga y misterio. Sin duda, este cuento es una muestra del talento narrativo de Ali Ben Saoud y su habilidad para crear historias intrigantes y provocadoras.

Laurent Margantin





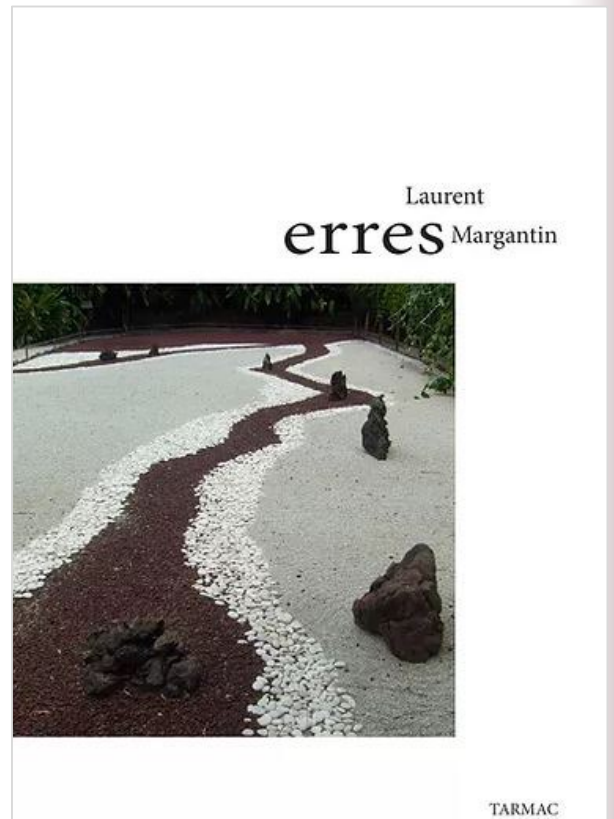


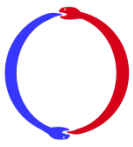
Texto y traducción de Miguel Ángel Real

## L'IMPERCEPTIBLE ÉCUMÉ



Laurent Margantin: autor de poemas y de ficciones. Ha publicado en las editoriales Tarmac, Derrière la salle de bains y Abrüpt. Es asimismo traductor de escritores de lengua alemana: Novalis, Franz Kafka o Peter Handke.





## JOURS

«Je songe aux jours de Djilor», dit Senghor

et à d'autres jours encore,  
passés, et que la mémoire ne cesse  
de rendre présents, aux jours  
rythmés, aux jours de vie

dans l'écoulement des rivières,  
aux rythmes des pas,  
aux rythmes d'une fontaine  
à la grande roue que nous faisons  
tourner et tourner, nous éclaboussant d'eau

tout était réglé, tout était  
digne, tout était beau

enfants jouant dans l'été,  
cette vie qui étonne,  
qui intervient quand on ne l'attend pas,  
en même temps ordonnée et imprévisible

alors il y avait rythmes,  
et connaissance des choses,  
et le temps n'était pas vide,  
l'émotion emplissait les pensées,  
pouvions-nous nommer cela ?

## DÍAS

"Pienso en los días de Djilor", dice Senghor

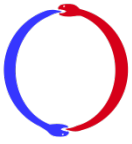
e incluso en otros días,  
pasados, y que la memoria no cesa  
de hacer presentes, en los días  
acompañados, en los días de vida

en el fluir de los ríos  
en los ritmos de los pasos,  
en los ritmos de una fuente  
en la noria que hacíamos  
girar y girar, salpicándonos de agua

todo estaba en orden, todo era  
digno, todo era hermoso

niños jugando en el verano  
esta vida que sorprende,  
que interviene cuando menos lo esperamos,  
a la vez ordenada e imprevisible

entonces había ritmos  
y conocimiento de las cosas,  
y el tiempo no estaba vacío,  
la emoción llenaba nuestros pensamientos,  
¿podíamos nombrarlo?



Non, nous étions muets toujours,  
nous nous taisions,  
nous nous taisions devant l'eau  
de la rivière, nous écoutions trembler  
les feuilles toujours à la même heure,  
nous rêvions un pays, nos pas  
s'accordaient aux formes de la terre sèche,  
nos rituels étaient tenus secrets  
(eau prise selon tel geste, mouvement du corps  
pour plonger dans les hautes herbes,  
écoute des oiseaux de la forêt),

mais que dire à présent dans la solitude,  
les rythmes demeurent au fond de nous  
mais nous ne savons plus puiser,

«Je songe aux jours de Djilor», à cette vie  
de village qui était réglée comme une cérémonie  
depuis le réveil du matin

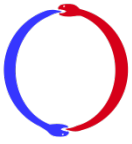
les gestes des hommes à présent,  
leur vie qui s'achève chaque soir, leur mort.

No, siempre nos quedábamos mudos,  
callábamos,  
callábamos ante el agua  
del río, escuchábamos temblar  
las hojas siempre a la misma hora,  
reverenciábamos un país, nuestros pasos  
concordaban con las formas de la tierra seca,  
nuestros rituales se mantenían en secreto  
(agua tomada según cierto gesto, movimientos del cuerpo  
para zambullirse en las hierbas altas  
y escuchar a los pájaros del bosque),

pero ¿qué podemos decir ahora, en soledad?  
los ritmos permanecen en lo más profundo de nosotros  
pero ya no sabemos cómo extraerlos,

"Pienso en los días de Djilor", en esa vida  
de pueblo ajustada como una ceremonia  
desde el despertar matinal

en los gestos de los hombres ahora,  
en su vida que se acaba cada tarde, en su muerte.



## TABLEAU

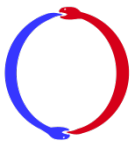
Ce tableau de Miró au-dessus de la table, je ne l'ai pas choisi, je n'aimais guère Miró. Mais à force de le voir et de le revoir, il a fini par m'habiter secrètement. Instance-feu. Homme-enfant debout et renversé (par quel effet de miroir?) au milieu d'un ciel de signes inconnus. Ou nerfs coupés en petits morceaux et reliés dans l'espace? Fibres connectées au haut du crâne de l'homme, cercle rouge avec lequel communique la tête renversée mais dans le reflet rapetissé (effet d'éloignement?). Capture des formes et des couleurs quadrillées au milieu, autour formes divagantes et pas de couleurs. L'homme-reflet est rattaché à l'homme reflété, et même fondu à lui. Le cercle rouge est l'accroissement d'un point rouge connecté au haut du crâne. L'expression des deux visages est surprise devant des points et des mouvements inconnus.

Sur la droite du tableau il y a une étoile.

## CUADRO

Ese cuadro de Miró sobre la mesa no lo elegí yo, porque a mí Miró no me gustaba mucho. Pero después de verlo una y otra vez, llegó a vivir en mí secretamente. Instancia-fuego. Hombre-niño de pie y cabeza abajo (¿por qué juego de espejos?) en medio de un cielo de signos desconocidos. ¿O nervios cortados en trocitos y unidos en el espacio? Fibras conectadas sobre el cráneo del hombre, círculo rojo con el que se comunica la cabeza invertida, pero empequeñecido en el reflejo (¿efecto de distanciamiento?). Captura de formas y colores cuadrículados en el centro, alrededor formas divagando y sin colores. El hombre-reflejo está unido al hombre reflejado, e incluso fusionado con él. El círculo rojo es el crecimiento de un punto rojo conectado en la parte superior del cráneo. La expresión de los dos rostros muestra la sorpresa ante los puntos y los movimientos desconocidos.

A la derecha del cuadro hay una estrella.



## QUEBRADA

Dans ta chute,  
rassemble les signes —

obscurité de la nuit      obscurité du jour  
visions en rêve se mêlant  
aux observations      de la veille  
sur le chemin au crépuscule      hauts cactus      crucifix sauvages

debout sur la montagne  
comme des hommes sans tête

plus loin    un homme    se jette dans le vide      torche au poing

et tombe

et tombe

et tombe

— observé

un long moment

depuis la terrasse de l'hôtel (toute la nuit le fracas  
des vagues dans la crique plus bas)

un autre homme      plonge      dans la mer agitée    et  
remonte  
chargé  
de coquillages

qu'il rassemble dans un pneu      flottant      au milieu des courants

vagues brisées  
sur les rochers  
qui émergent      eux-mêmes brisés      (éclat sur éclat)

immense monde en mouvement survolé par quelques pélicans

océan de la nuit océan du jour

un homme continue à tomber

un autre à piquer vers le fond de l'océan

— rêve d'un palmier à pied d'abîme —

prisme, prisme  
où voir et ne pas voir

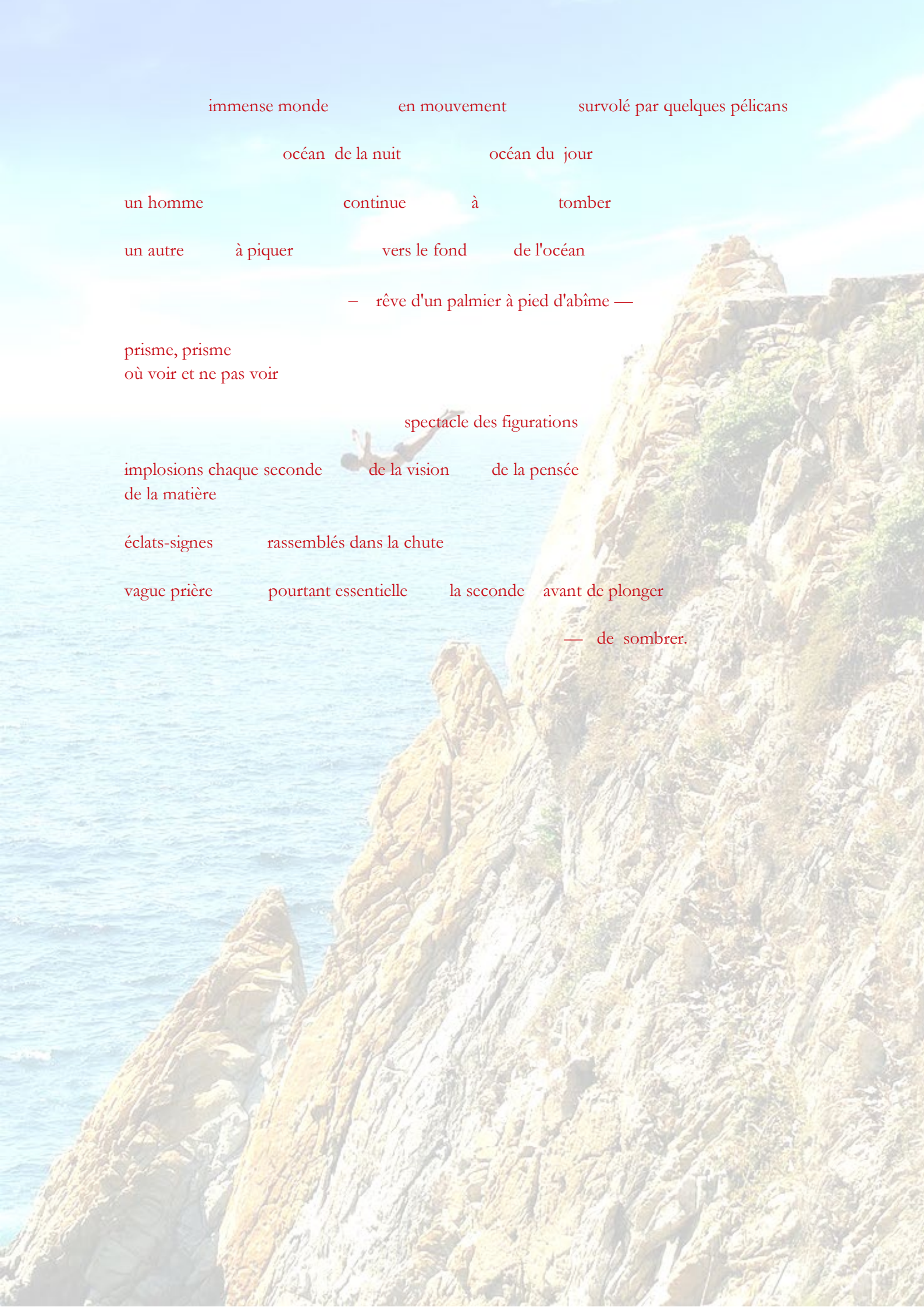
spectacle des figurations

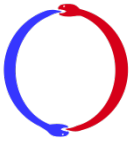
implosions chaque seconde de la vision de la pensée  
de la matière

éclats-signes rassemblés dans la chute

vague prière pourtant essentielle la seconde avant de plonger

— de sombrer.





## QUEBRADA

En tu caída  
recoge los signos —

oscuridad de la noche            oscuridad del día  
visiones en sueños que se mezclan  
con observaciones    de la víspera  
en el camino al atardecer            altos cactus            crucifijos salvajes

de pie en la montaña  
como hombres sin cabeza

más allá            un hombre    se lanza al vacío            antorcha en mano

y cae

y cae

y cae

— observado

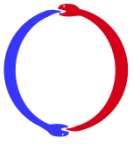
durante mucho tiempo

desde la terraza del hotel (toda la noche el estruendo  
de las olas en la cala            más abajo)

otro hombre    se zambulle    en el mar embravecido y  
sale a la superficie  
cargado  
con conchas

que reúne en un neumático    que flota    en medio de las corrientes

olas rotas  
sobre las rocas  
que emergen            a su vez rotas            ( fragmento tras fragmento)



inmenso mundo en movimiento sobrevolado por unos  
pelícanos

océano de la noche océano del día  
un hombre sigue cayendo

otro se sumerge en el fondo del océano

— sueña con una palmera al pie de un abismo —

prisma, prisma  
donde ver y no ver

espectáculo de figuraciones

implosiones cada segundo de la visión del pensamiento  
de la materia

fragmentos-signos reunidos en la caída  
oración vaga pero esencial un segundo antes de sumergirse  
— de hundirse.





QUESTION

Forêt à toi tout seul

explosion végétale      plusieurs fois centenaire

dont l'écorce  
abrite un visage

- est-ce celui de l'homme      défiguré par les siècles

ou celui      rêvé par ta sève,      arbre de Tule ?

PREGUNTA

Eres todo un bosque

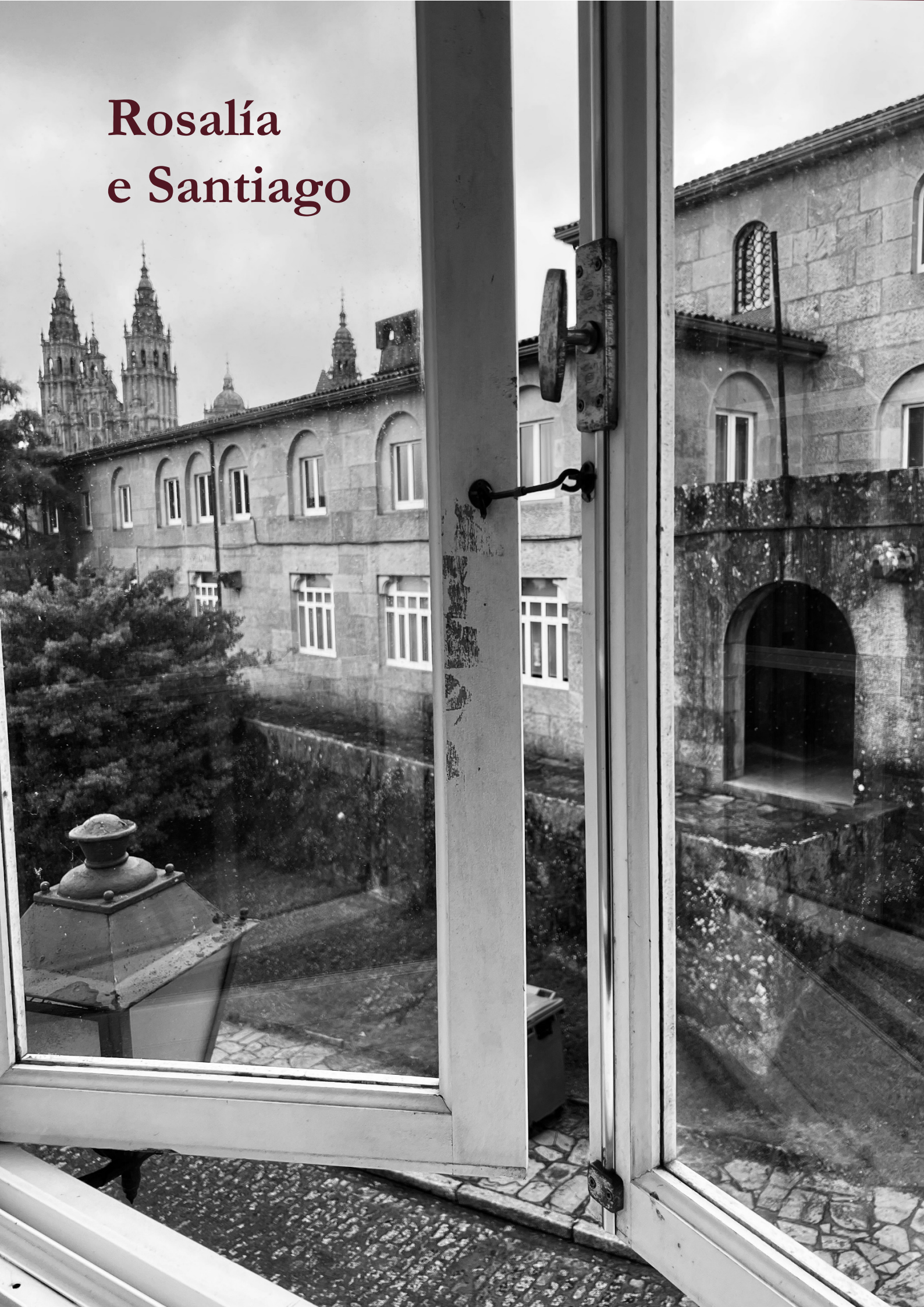
explosión vegetal      varias veces centenaria

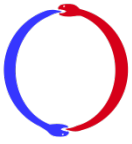
cuya corteza  
cobija un rostro

- ¿es el del hombre      desfigurado por los siglos

o el      soñado por tu savia      árbol del Tule?

# Rosalía e Santiago





Augusto Guedes

As vellas rúas de Santiago  
acubillan celosamente  
segredos dos teus pasos

Chove miudiño  
e o silencio do amanecer  
resoa na praza do Obradoiro

Son as sombras doutras chuvias  
escintilantes alfaias compostelás  
gardiás da túa voz

Volverei a ser auga  
perdida en horizonte de terra...  
...a ser canción nunca esquecida  
asubiada polo vento longo.

Hoxe, Rosalía,  
tralo vidro da palabra  
levo o feitizo na alma  
dos teus cantares.

Las viejas calles de Santiago  
acogen celosamente  
secretos de tus pasos

Llueve despacio  
y el silencio del amanecer  
resuena en la plaza del Obradoiro

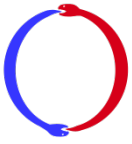
Son las sombras de otras lluvias  
brillantes joyas compostelanas  
guardianas de tu voz

Volveré a ser agua  
perdida en horizonte de tierra...  
...a ser canción nunca olvidada  
silbada por el viento largo.

Hoy, Rosalía,  
tras el vidrio de la palabra  
llevo el hechizo en el alma  
de tus cantares.

A silhouette of a person's head and shoulders is shown against a bright, hazy background. The person is facing right, and the background is a soft, warm glow of light, possibly from a sunset or sunrise. The silhouette is dark and solid, contrasting with the lighter background.

**Seis poemas curtíos**



Alfredo Garay

A vegaes pueden salir más histories  
d'una puerta pesllada  
que d'una abierta.

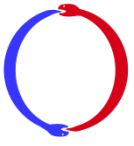
Na tarde mariella,  
nel mediu la calma  
reconcómeme la murnia:  
Tanta luz y tu tan llonxe.

Nun hai mejor presente  
que sobre'l cuencu llabráu pol pasáu  
se pose la fuercia del futuru.

A veces pueden salir más historias  
de una puerta cerrada  
que de una abierta.

En la tarde amarilla,  
en mitad de la calma  
me reconcome la tristeza:  
Tanta luz y tú tan lejos.

No hay mejor presente  
que sobre el cuenco labrado por el pasado  
se pose la fuerza del futuro.



Esti corazón míu  
¿Veslu? Rotu, mancáu y avieyáu.  
Si quies tu puedes facelu llatir  
inda-y queda vida.

El sudu perla la to piel,  
espárcese'l pudor engurulláu pel suelu.  
Tu, vistida de ti namás.

Tú, amanuense de los mios sueños.  
Rezaré al echame pa qu'examás  
s'acabe la nueche.

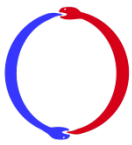
Este corazón mío  
¿Lo ves? Roto, herido y envejecido.  
Si quieres tú puedes hacerlo latir  
aún le queda vida.

El sudor perla tu piel,  
se esparce el pudor encogido por el suelo.  
Tú, vestida de ti nada más.

Tú, amanuense de mis sueños.  
Rezaré al acostarme para que nunca  
se acabe la noche.



Espuma de mar



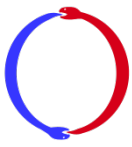
Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

## Novela

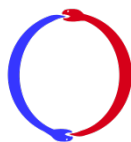
NOVELA	Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2024			
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Cáceres	1	100 a 130	Diputación Provincial de Cáceres (España)	9 000
Miquel Barceló	1	70 a 115	Consejo Social de la Universitat Politècnica de Catalunya (España)	2 000
Tusquets	5	≥ 150	Tusquets Editores (España)	18 000
Juan March Cencillo	30	75 a 110	Fundación Bartolomé March Servera (España)	12 000
Fundación Mediterráneo	30	150 a 250	Fundación Mediterráneo (España)	20 000
Francisco García Pavón	30	≥ 150	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	7 500
Ciudad de Alcalá	30	-	Ayuntamiento de Alcalá de Henares (España)	6 000





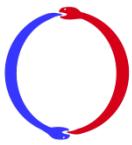
## Relato corto y cuento

RELATO CORTO		Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad de Coria	1	80 a 100	Diputación Provincial de Cáceres (España)	3 000
Babel	1	≤ 150 palabras	Asociación Cultural Babel (España)	500
Letras de Islantilla	1	100 a 300	Mancomunidad Intermunicipal de Islantilla (España)	400
Premio de narración breve UNED	2	2000 a 4000 palabras	Unidad de Actividades Culturales de la UNED (España)	6 000
Juan María Molina Jiménez	3	3 a 8	Pilar Zapata Bosch (España)	1 500
Fundación BCA	4	≤ 10	Fundación Biblioteca de Ciencia y Artillería (BCA) (España)	650
Humor hiperbreve Joaquín Coll - La mueca del pícaro	7	≤ 350 palabras	Ayuntamiento de Barbastro (España)	500
Rajatila	10	5 a 15	Ayuntamiento de Campos del Río (España)	200
Valentín Andrés	12	≤ 10	Asociación Cultural "Valentín Andrés" de Grado/Grau (España)	1 000
Real Villa de Guardamart	12	5 a 10	Ayuntamiento de Guardamar del Segura (España)	500
Ciudad de Torrelavega	12	≤ 700 palabras	Ayuntamiento de Torrelavega (España)	1 000
Literario Castillo de Cortegana	13	-	Asociación de Amigos del Castillo de la Villa de Cortegana (España)	400
Félix Pardo	14	4 a 8	Sociedad Cultural y Recreativa (SCR) Clarín de Quintes (España)	700
Hammam Al Ándalus	14	4 a 8	Hammam Al Ándalus (España)	4 000
"La Ilustre Fregona" de Zahara de los Atunes	15	6	E.L.A. de Zahara de los Atunes (España)	300
Biblioteca Argétea	15	1500 a 3000 palabras	La Biblioteca Argétea (España)	250
Purorrelato	16	-	Casa África (España)	750
Kimetz	18	5 a 10	Asociación Kimetz (España)	600
Dulcinea	22	≤ 4	Acción Cultural Miguel de Cervantes (España)	500
Dulce Chacón	22	≤ 300 palabras	La Gavilla Verde (España)	500
Casa regional de Castilla-La Mancha de Parla	25	1 a 2	Casa Regional de Castilla-La Mancha de Parla (España)	400
Asociación Párkinson León	30	≤ 1	Asociación Parkinson León (España)	400
La Quema del Boto	30	≤ 2	Asociación Cultural La Quema del Boto (España)	50
Verano de Cuento	30	≤ 2	Verano de cuento (España)	350
Ciudad de Cantillana	30	≤ 10	Asociación Cultural de Mujeres "Coro Azahar" (España)	400
Ciudad de Tomelloso	30	-	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	2 000



## Poesía

POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2024		
premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Premio Flor de Jara de poesía	1	≥ 500	Diputación Provincial de Cáceres (España)	6 000
Jaime Gil de Biedma	1	≥ 500	Diputación Provincial de Segovia (España)	10 000
Letras Islantilla	1	10 a 25	Mancomunidad Intermunicipal de Islantilla (España)	400
Francisco Brines	2	-	Fundación Francisco Brines (España)	6 000
Juegos florales en honor a la santísima vera cruz	5	-	Hermanidad de la Santísima Vera Cruz de Sevilla (España)	1 500
El pueblo libro	5	200 a 400 versos	Editorial Hiperión y Alpujarra de la Sierra (España)	4 000
Alborán	10	≤ 14	Asociación Cultural Amigos de la Barca de Jábega (España)	300
JoséCchacón	12	14 a 100	Ayuntamiento de Alcalá de Henares (España)	600
Certamen literario Castillo de Cortegana	13	≤ 30 versos	Asociación de Amigos del Castillo de la Villa de Cortegana (España)	400
Zahara de los Atunes	15	20 a 60	E.L.A. de Zahara de los Atunes (España)	300
Xabotaya	15	200 a 300 palabras	Ayuntamiento de Soportújar (España)	600
Marpoética	17	≥ 300	Área de Cultura del Ayuntamiento de Marbella (España)	20 000
Premio iberoamericano Juan Ramón Jiménez	17	≥ 500	Diputación Provincial de Huelva (España)	25 000
Villa de Mislata	19	75 a 125	Ayuntamiento de Mislata (España)	800
Dulcinea	22	≤ 42	Acción Cultural Miguel de Cervantes (España)	500
Jesús Serra	25	≤ 60	Fundación Occident (España)	2 500
Gabriel y Galán	26	≤ 60	Casa-Museo Gabriel y Galán (España)	600
Vivencias	30	-	Ediciones Orola (España)	5 000
Ciudad de Cantillana	30	-	Asociación Cultural de Mujeres "Coro Azahar" (España)	400
Eladio Cabañero	30	≥ 500	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	4 500
Ciudad de Tomelloso	30	≥ 50	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	2 000
Ciudad de Pamplona	30	400 a 800	Ateneo Navarro (España)	3 000
Premio ciudad de Alcalá	30	≥ 500	Ayuntamiento de Alcalá de Henares (España)	6 000

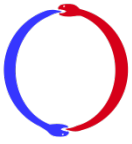


## No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Miguel de Unamuno	30	≥ 100	Ayuntamiento de Bilbao	6 000
Francisco Javier García Gutiérrez	30	-	Ayuntamiento de Alcalá de Henares (España)	6 000

## Otros géneros literarios

Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2024				
TEATRO Y GUION				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Casa de Córdoba en Madrid	13	≤ 5	Asociación Andaluza Casa de Córdoba en Madrid (España)	250
Campo de Calatrava	30	40 a 80	Asociación Amigos del Patio de Comedias (España)	2 500
LIJ				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Certamen de cuentos por la igualdad	19	3 a 7	Ayuntamiento de Alcalá la Real (España)	500
Javier Tomeo de temática social	30	200 palabras	Asociación Literaria y Artística Poiesis y la publicación Compromiso y Cultura, de Alcañiz (España)	150



# Crucigrama

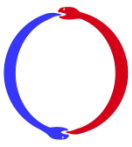
por Goyo

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1			■				■				
2				■				■			
3					■						■
4		■								■	
5	■				■				■		
6						■					
7			■				■				■
8		■								■	
9	■						■				
10				■				■			
11					■				■		

## Solución

**HORIZONTALES** **1** Buceador, pero sin vocales. El poético río de Rosalía de Castro. Aprobado, satisfactorio, para los de lengua inglesa. **2** Unidad de tiempo geológico. Preposición. .... Gardner, actriz de *La condesa descalza*. **3** Trágico rey de Shakespeare. Autor de *El rayo verde*. **4** Película musical con Liza Minnelli. **5** Al revés, río catalán. .... *de mal*, gran película de cine negro de Welles. Familiarmente, la mitad de un padre. **6** Al revés, autor de *Poeta en Nueva York*. Y en el mismo sentido, solfeo. **7** Exmatrícula de provincia castellano-leonesa. Casi sin ningún valor (fem.). Prestar atención. **8** .... Bernstein, gran músico de *West side store*. **9** Autor de *El lobo estepario*. James...., protagonista de *Gigante*. **10** Sistema de alimentación eléctrica ininterrumpida. Enfermero. Malla. **11** Artículo femenino plural. Conjunción. Pronombre reflexivo.

**VERTICALES** **1** Falso inventor del teléfono. Vital ...., comediógrafo asturiano. Posesivo. **2** .... Valdés, autora de *La nada cotidiana*. Conector audiovisual. .... Solo, personaje de *Star wars*. **3** Originarse. Como el de la 2V tercera, pero mujer. **4** *De.... y hombres*, conmovedora novela de Steinbeck. **5** El mejor en su especialidad. Vargas...., autor de *La fiesta del chivo*. **6** Manuel...., autor de *El lápiz del carpintero*. El techo de Los Pirineos. **7** Nombre femenino de origen griego. Abreviatura de señor. **8** Robert...., protagonista de *La jauría humana*. **9** Influyente filósofo alemán de la Ilustración. El primer clasificado. **10** Animal ovíparo con plumas. Signo matemático. Plural de vocal. **11** Adverbio de tiempo. Otro diferente al de la 10V segunda. Michael...., autor de *La historia interminable*.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

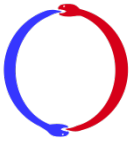
<u>24</u>	<u>43</u>	<u>10</u>	<u>54</u>	<u>16</u>	<u>2</u>	<u>20</u>				Sustancia inorgánica
<u>44</u>	<u>53</u>	<u>9</u>	<u>37</u>							Ofertas públicas de adquisición
<u>4</u>	<u>55</u>	<u>36</u>	<u>8</u>	<u>15</u>	<u>49</u>	<u>1</u>	<u>17</u>	<u>52</u>		Antropófagos
<u>48</u>	<u>12</u>	<u>56</u>	<u>23</u>	<u>38</u>	<u>5</u>					Andrajo
<u>41</u>	<u>6</u>	<u>35</u>	<u>40</u>	<u>29</u>	<u>50</u>					Prenda de abrigo impermeable
<u>31</u>	<u>57</u>	<u>26</u>								Un tipo de hilo de seda
<u>51</u>	<u>7</u>	<u>25</u>	<u>22</u>	<u>14</u>	<u>11</u>					Eficiente, vigoroso
<u>47</u>	<u>19</u>	<u>34</u>	<u>42</u>	<u>39</u>	<u>27</u>	<u>45</u>	<u>32</u>			Practica un corte geométrico

Texto: pensamiento y su autor.

Clave, primera columna de definiciones: loco, que no está en sus cabales.

*La hija del mar*  
(extracto)





**Rosalía de Castro**

NOTA: los textos de esta sección aparecen en estado original. No se corrigieron ni se actualizan a las normas ortográficas actuales.

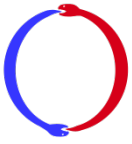
### **Prólogo**

Antes de escribir la primera página de mi libro, permítase a la mujer disculparse de lo que para muchos será un pecado inmenso e indigno de perdón, una falta de que es preciso que se sincere.

Bien pudiera, en verdad, citar aquí algunos textos de hombres célebres que, como el profundo Malebranche y nuestro sabio y venerado Feijoo, sostuvieron que la mujer era apta para el estudio de las ciencias, de las artes y de la literatura.

Posible me sería añadir que mujeres como madame Roland, cuyo genio fomentó y dirigió la Revolución francesa en sus días de gloria; madame Staël, tan gran política como filósofa y poeta; Rosa Bonheur, la pintora de paisajes sin rival hasta ahora; Jorge Sand, la novelista profunda, la que está llamada a compartir la gloria de Balzac y Walter Scott; Santa Teresa de Jesús, ese espíritu ardiente cuya mirada penetró en los más intrincados laberintos de la teología mística; Safo, Catalina de Rusia, Juana de Arco, María Teresa, y tantas otras, cuyos nombres la historia, no mucho más imparcial que los hombres, registra en sus páginas, protestaron eternamente contra la vulgar idea de que la mujer sólo sirve para las labores domésticas y que aquella que, obedeciendo tal vez a una fuerza irresistible, se aparta de esa vida pacífica y se lanza a las revueltas ondas de los tumultos del mundo, es una mujer digna de la execración general.

No quiero decir que no, porque quizá la que esto escribe es de la misma opinión.



Pasados aquellos tiempos en que se discutía formalmente si la mujer tenía alma y si podía pensar -¿se escribieron acaso páginas más bellas y profundas, al frente de las obras de Rousseau que las de la autora de *Lelia*?- se nos permite ya optar a la corona de la inmortalidad, y se nos hace el regalo de creer que podemos escribir algunos libros, porque hoy, nuevos Lázaros, hemos recogido estas migajas de libertad al pie de la mesa del rico, que se llama siglo XIX.

Yo pudiera muy bien decir aquí cuál fue el móvil que me obligó a publicar versos condenados desde el momento de nacer a la oscuridad a que voluntariamente los condenaba la persona que sólo los escribía para aliviar sus penas reales o imaginarias, pero no para que sobre ellos cayese la mirada de otro que no fuese su autora.

No es éste, sin embargo, el lugar oportuno de hacer semejantes revelaciones.

Al público le importaría muy poco el saberlo y por eso las callo.

Pero como el objeto de este prólogo es sincerarme de mi atrevimiento al publicar este libro, diré, aunque es harto sabido de todos, que, dado el primer paso, los demás son hijos de él, porque esta senda de perdición se recorre muy pronto.

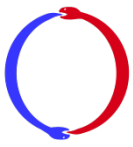
Publicados mis primeros versos, la aparición de este libro era forzosa casi.

La vanidad, ese pecado de la mujer, de que ciertamente no está muy exento el hombre, no entra aquí para nada: un libro más en el gran mar de las publicaciones actuales es como una gota de agua en el océano.

El que tenga paciencia para llegar hasta el fin, el que haya seguido página por página este relato, concebido en un momento de tristeza y escrito al azar, sin tino, y sin pretensiones de ninguna clase, arrójelo lejos de sí y olvide entre otras cosas que su autor es una mujer.

Porque todavía no les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben.





## Capítulo I

### ¡Buena pesca!



a tarde era calurosa y el viento soplaba con violencia hacia el sudoeste.

En la playa se oían voces y algazara.

—¡Fuerza!, ¡fuerza!, gritaban enronquecidos los marineros en tanto envolvían apresuradamente en sus nervudos brazos las gruesas cuerdas de cáñamo empapadas de agua salada.

—¡Ea!, ¡valor!, —repetían haciendo inauditos esfuerzos por atraer la red ya próxima a la orilla—. La tarde es buena, la pesca parece abundante y una buena cena nos espera; con tal que Andrés nos dé de aquel vino que tiene en su bodega y que alegra las cabezas como un rayo de sol alegra estas olas de maldición.

—¡Soberbio vino!, —gritó uno—. Y si nuestro buen compañero quiere regalarnos con él y darnos un día de fiesta, juro por todos vosotros y por mí también que beberemos aunque sea una azumbre.

—Somos veinte y cinco —añadió un segundo—. Somos veinte y cinco, Andrés..., suma... y es cuenta redonda, veinte y cinco azumbres..., nosotros en cambio llevaremos...

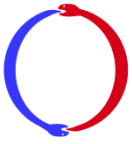
Y al decir esto hizo una seña maliciosa, a la que sus compañeros contestaron con una alegre carcajada.

—¡Silencio!, —interrumpió en tono de zumba una voz robusta que dominó la algazara, como la voz de Júpiter de quien dice Homero, el poeta divino, que serenaba las tempestades—; la frente de Andrés se torna de roja en pálida y sus labios se comprimen. ¡Mirad..., mirad sus ojos inyectados de sangre! Una palabra más y le veréis atacado de apoplejía por una indigestión de dichos atrevidos que conspiran contra su hacienda.

Y esas palabras eran acompañadas de risas y de miradas significativas que se cruzaban de una y otra parte con suma rapidez.

—¡Fuego sobre mis compañeros! —exclamó amostazado el personaje a quien iban dirigidas aquellas palabras—. Si tenéis sed, yo os zambulliré de buena gana en el mar para emborracharos a mi placer, pero nunca con mi vino añejo, a no ser que se convirtiese en veneno.

Algunos puños se levantaron a un tiempo mismo para contestarle; pero volvieron a bajarse en un instante por ser necesario detener las cuerdas que el peso de la red y el oleaje arrastraban hacia el mar.



Presentaron entonces un aspecto casi salvaje.

Ellos se animaban unos a otros con imprecaciones y juramentos, con apodos y con aullidos que retumbaban entre las peñas, en tanto sus ateizados rostros eran azotados por el viento, así como sus crespos y enmarañados cabellos.

Los unos en pos de los otros, el cuerpo inclinado hacia atrás y los anchos pies hincados fuertemente en la arena de la playa, parecían nuevos Hércules dispuestos a combatir con los elementos.

La mar se agitaba sordamente resolviéndose en su profundo lecho, las olas empezaban a estrellarse contra las rocas y salpicaban las camisetas azules de los marineros, a través de las cuales se descubrían aquellas pronunciadas y nerviosas musculaturas capaces de resistir la intemperie y crueldad de las estaciones, que en aquel desolado rincón del mundo, más que en parte alguna, suelen ser crueles y rigurosas.

Las pescadoras iban en tanto apareciendo por los tortuosos caminos que conducían a la playa, y, posando sus cestos de mimbre en la arena, se sentaban sobre ellos y charlaban juntas, y murmuraban; feo vicio en el que, a pesar de que siempre se achaca a las mujeres, se me antoja creer, y lo que es más, decirlo, incurren los hombres con demasiada frecuencia.

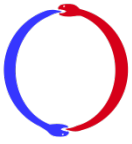
Por una senda oculta y extraviada apareció una joven que fue recibida por todos con muestras de particular predilección.

En sus brazos traía un niño al que muy pocas primaveras habían sonreído, y que, a juzgar por el cariño con que le cuidaba, no cabía duda alguna que era su hijo, a pesar de que ella contaba apenas dieciocho años.

Tenía el rostro oscurecido por ese color tostado que presta el mar, y sus ojos de un brillo casi luminoso daban a su fisonomía delicada, y un tanto marchita, cierto reflejo extraño e incomprensible que llamaba la atención de todo aquel que la veía, aun cuando fuese por primera vez.

Traía los brazos y los pies desnudos, y éstos, así como todo su cuerpo, tenían una forma casi aristocrática que era fácil distinguir a pesar de su desaliño.

No obstante, el color pálido que teñía sus facciones se adivinaba, gracias al aspecto de su construcción, que debía ser robusta y de pasiones exaltadas.



La languidez de su mirada y las largas pestañas que hacían sombra sobre sus mejillas no bastaban a ocultar el rayo brillante que despedía su pupila oscura y fosforescente.

Al llegar cerca de las demás pescadoras, tomó asiento entre ellas y les dirigió la palabra con un aire modesto y gracioso, al mismo tiempo que prestaba a su fisonomía un tinte especial, conjunto de tristeza y de alegría, de melancólicos y de risueños pensamientos.

Diríase que dos rayos de luz, sombrío el uno y brillante el otro, iluminaban alternativamente su semblante prestándole un aire extraño y sobrenatural.

La pobre niña había adquirido desde sus primeros años cierta apartada reserva para con los que la rodeaban, que rayaba ya en severidad y algunas veces en fiereza; triste efecto de una vida solitaria y errante como los vientos de aquellas comarcas.

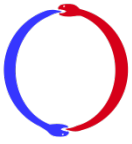
Hija de un momento de perdición, su madre no tuvo siquiera para santificar su yerro aquel amor con que una madre desdichada hace respetar su desgracia ante todas las miradas, desde las más púdicas hasta las más hipócritas.

Hija del amor, tal vez, apenas la luz del día iluminó sus inocentes mejillas, fue depositada en una de esas benditas casas en donde la caridad ajena puede darle la vida, pero de seguro no le dará una madre; así fue que las únicas caricias que halagaron la existencia de aquella criatura fueron las de un marido que la abandonó en medio de sus sueños de ángel, cuando empezaba a comprender que la vida tiene más encantos que la soledad de los bosques y el canto de los pájaros en una mañana de primavera.

Su belleza y hasta aquella grave reserva con que las más de las veces evitaba hablar con los que la buscaban, la hicieron querida para todos y recibida siempre, aun a pesar suyo, con muestras de regocijo allí a donde quisiera que se acercase.

Risas estrepitosas y voces alegres llenaron bien pronto el silencio de aquella ribera, en tanto vagaban por la playa las frescas y robustas hijas de aquellas montañas que comunican su salvaje belleza a sus moradores.

Los marineros, más animados que nunca en su trabajo, juraban, cantaban y reían, escarneciéndose sin compasión, pero también sin que, como solía suceder, pasaran de palabras sus amenazadoras promesas y sus juramentos, que escandalizarían los oídos menos castos si algunos hubiese por aquellos lugares.



Cubríase el cielo poco a poco de nubes plomizas y los relámpagos, reflejándose en las olas que empezaban a rugir sordamente, prestaban un aspecto asolador a aquel vasto océano que parecía extenderse hasta la inmensidad.

Pasaron desapercibidos al principio aquellos tristes augurios de una próxima tempestad, no cesando, por tanto, ni las risas ni el tumulto de aquella loca alegría, pero tan pronto como el ruido del trueno pasó rodando sobre las olas y, llenando la playa, hirió el oído de aquellas pobres mujeres, que creen reconocer en él la ira de Dios que de este modo se muestra visiblemente a los pecadores, se acercaron temblando las unas a las otras como si quisiesen de este modo amparar su flaqueza con el miedo y la flaqueza ajena, y entonando cada vez y en voz baja sus oraciones se arrodillaban y guarecían sus cabezas de la lluvia con los cestos todavía vacíos.

Los marineros, sin embargo, no tomaban parte en aquellas oraciones, cuidaban, sí, de terminar su trabajo con la mayor presteza.

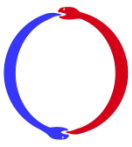
Las olas cada vez más gruesas llegaban irritadas hasta sus rodillas y, estrellándose contra las peñas, formaban una armonía lúgubre, mezclándose al rugido de la tempestad y al rezo de aquellas temerosas mujeres.

Parecía una sinfonía infernal con sordos rumores y silbos agudos, con murmullos tenebrosos y maldiciones y agitados suspiros.

El cielo oscurecido, las rocas peladas, la mar hirviente y amenazadora, iluminada al vivo lampo y deslumbrador del rayo que aparece y desaparece a nuestros ojos, como una mirada de fuego que brilla y se oculta rápidamente deslumbrándonos más y más con su movilidad incesante; todo esto presentaba un aspecto de luz y de tinieblas, de desorden, si así puede decirse, y de grandiosidad, difícil de comprender si causaba espanto o admiración.

Hay cuadros sublimes en la naturaleza que conmueven de una manera extraña e indefinible, sin que nos sea posible juzgar de nuestros mismos sentimientos en aquellos instantes en que no nos pertenecemos.

Un poeta, un artista, que de repente se hallara transportado a aquellas riberas salvajes, enmudecería de admiración al ver un tan grandioso desorden, al escuchar aquellos acentos gemidores de la naturaleza que no sabemos si se irrita, o si reza o llora, implorando al ser que la gobierna; y, sin embargo, todos los que se hallaban allí, mudos testigos de tan conmovedor espectáculo, no veían más que truenos y relámpagos que les causaban miedo y una mar irritada que amenazaba romper la red en que tenían todo su tesoro.



Teresa era la única que con una extraña mezcla de miedo y de curiosidad seguía ansiosa con su mirada aquellas ráfagas brillantes que, iluminando cuanto la rodeaba, mostraban la grandeza del océano con sus abismos profundos y con su cólera que recuerda la de otro ser más poderoso que nosotros.

Por fin un grito de alegría se escuchó en medio de aquel tumulto y las pescadoras, levantándose presurosas, se acercaron a la orilla para recoger en sus cestos la pesca plateada y brillante que la red acababa de traerles.

Los esfuerzos de los marineros habían conseguido vencer a la tormenta.

La lancha que traía el cabo de la red acababa de doblar el peñón inmenso, parecido a un castillo feudal con sus almenas y sus torres, llamado el Peñón de la Cruz, presentándose triunfante a la vista de los que se hallaban en tierra.

Reinaba a bordo una algazara y alegría no acostumbrada y mucho más cuando la tormenta amenazaba todavía destrozar sus jarcias y sus remos.

—¡Eh! —preguntaron entonces los de la playa—. ¿Qué novedad ocurre? Pues, a fe que no está el tiempo para chanzas y risas; acabad pronto, que la tormenta arrecia más y más y amenaza confundirnos.

—¿Qué queréis? —replicaron los de la lancha—, nuestra pesca ha sido admirable..., sobre todo hemos cogido este pequeño pescado que seríais capaces de comerlo crudo..., mirad... —y uno de los más robustos marineros mostraba oculto casi entre sus grandes y callosas manos un objeto sonrosado que desde tierra no se podía distinguir por ser demasiado larga la distancia.

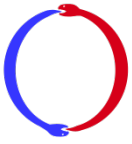
—¡Qué diablos enseñas tú! —gritaron los de tierra—. ¡Eh! Tú, el de los pantalones tan negros como esta noche de maldición, ¿es alguna azucena monstruo cogida en la peña encantada?

—Sí —repitieron los interpelados—, una azucena más hermosa que las que florecieron en la vara de nuestro patrono san José.

Y volviendo al silencio y a la faena interrumpida dejaron a los de tierra tan ignorantes acerca de lo que pasaba entre sus compañeros como al principio.

Ellos, sin embargo, formaran por su parte mil extrañas conjeturas sobre un lance al parecer tan extraordinario.

Las mujeres, sobre todo, serían capaces de dar toda su pesca de aquel día por enterarse cada una la primera de lo que pasaba en la lancha vecina.



Por fin tocó ésta la orilla y algunos marineros saltaron a tierra llevando uno de ellos en sus brazos un bulto cuidadosamente cubierto.

Verle y abalanzarse todos hacia él fue obra de un instante, y, rodeándole y haciendo mil curiosas preguntas, en poco estuvo que hiciesen pedazos la no muy fuerte camiseta del pobre Lorenzo que, pavoneándose lleno de una inocente vanidad, como aquel que va a hacer una revelación que ha de dejar suspensos a sus oyentes retarda el momento decisivo para que de este modo parezca más interesante su narración. Pero la mano harto rechoncha de una muchachuela de quince años, de aire picaresco y maneras atrevidas, osó posarse sobre el pañizuelo y, frustrando de un modo cruel los planes de Lorenzo, dejó descubierto, en un abrir y cerrar de ojos, el arcano misterioso a todos los circunstantes, que lanzaron una misma exclamación de sorpresa.

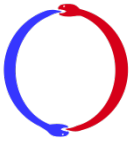
El quejido de una criatura recién nacida, lánguido, dulce y suave como una melodía, se dejó oír al mismo tiempo que el zumbido del trueno que resonó cercano, así como la luz fosfórica del relámpago iluminara antes la imagen de la inocencia, reposando en brazos de la fuerza.

Lo que pasó entonces en el alma de aquellos sencillos pescadores y en la de aquellas mujeres, poetas las más sin que lo conozcan e impresionables hasta la sublimidad sin que puedan percibirse de ello, la extraña sensación que experimentaron sus corazones ante aquellas dos imágenes de calma y tempestad, de pureza infinita iluminada por una luz llena de miasmas devastadoras, sería imposible describirlo, porque hay cosas que sólo la inspiración puede crearlas, pero no descifrarlas.

Imaginaos una criatura medio dormida en los brazos de aquel rudo marinero que, insensible a las tempestades, se conmueve profundamente con la sonrisa de un inocente que le mira como pidiéndole compasión; imaginaos un ángel bajado del cielo con sus cabellos dorados, sus mejillas rosadas, su boquita diminuta como la hoja del capullo de las rosas margaritas, una cosa sin nombre, en fin, pero que embriaga a la par que purifica con la aureola de inocencia y santidad que vierte en torno suyo, y os podréis formar una idea incompleta de aquel cuadro digno de trasladarse al lienzo por el pincel de Murillo y Rembrandt, tan opuestas son las tintas que deberían emplearse en él.

—¿De dónde diablos traéis esa criatura? —preguntaron algunos a un mismo tiempo—. ¿La ha dejado alguna *meiga* en vuestro regazo, o la hallásteis dormida sobre la cubierta de la lancha?

—Nada de eso —respondió Lorenzo, vuelto por esa sola pregunta a su posición interesante—, escuchad y os admiraréis. Doblábamos el pico de la Peña Negra en donde, como sabéis todos, hay siempre más abundancia de sardina, cuando nos pareció percibir, entre el rumor del viento, el débil



y apagado llanto de un niño sin que por eso descubriésemos en torno nuestro objeto alguno que nos hiciese creer que no era ilusión de nuestros sentidos, sino realidad; mas, no bien nuestra lancha dobló hacia el Sur, dejándonos percibir perfectamente el plano que rodea aquel negro, triste y solitario picacho, a cuyos pies se arremolinan y saltan las olas, cuando el llanto se dejó sentir más cercano, pudiendo notarse entonces que hacia la parte más musgosa de la peña se movía una cosa blanca como las perlas, y que contrastaba notablemente con el verde oscuro de las algas esparcidas en torno suyo. Entonces nos miramos unos a otros y, quizá impulsados por un mismo pensamiento, nos pusimos a bogar en silencio y hacia el sitio indicado. Llegamos, y a nuestra vista se apareció una niña, recostada sobre el musgo húmedo, la más hermosa que he visto en mi vida, y que tiritaba de frío, la pobrecilla, a pesar del calor sofocante que se iba extendiendo por la costa. La cogí entonces para acercarla a mi pecho y darle el calor que su madre le había negado...

—¡Su madre!..., prorrumpieron todas las que allí había. ¿Es posible que esa pobre criatura tenga madre?

—Pues qué, ¿pensáis acaso —repuso el marinero con ciertas pretensiones de sabiduría— que ha nacido por obra y gracia de la roca negra?

—¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Es demasiado hermosa para ser de este mundo.

—¡Bah! ¡Bah! —añadió el pobre pescador con una sonrisa de un contento inefable—. ¡Qué tontas son estas mujeres!... ¿No ha salido un santo del vientre de una ballena tan vivo y tan listo como si saliera del de su madre? Pues esta niña pudo salir también del de un tiburón, por ejemplo, y quien dice tiburón dice otra cosa cualquiera que no es del caso averiguar..., pero —añadió besándola con cariñosa dulzura—, gracias a Dios, tendrá desde hoy un padre...

—¡No, no! —gritaron muchas voces descontentas que aturdieron al buen Lorenzo—. Reflexiona, le dijeron, que tienes muchos hijos y que esa niña causará un perjuicio a tu familia. Aquí estamos bastantes que no tenemos ninguno, y podemos mejor que tú encargarnos de ella, porque al fin, por hermosa que sea, tendrá dientes y comerá andando el tiempo como tú y como yo...

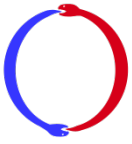
—Pero también trabajará —exclamó el marinero contento de hallar una contestación que dar a aquellos hombres que le decían razones que le iban convenciendo...

—¡Trabajar!... —murmuraron los demás—. Esa niña no debe trabajar, se moriría; ¿piensas que es como tus hijos y como los míos?

—Vaya si lo pienso...

Las voces de los descontentos sofocaron las palabras de Lorenzo, y entonces pasó una verdadera tormenta de disputas.

Todos querían para sí aquella hermosa criatura, todos querían ser padres de aquel niño, de aquel hijo del acaso.



Lorenzo, sobre todo, quería alcanzar con gritos y, lo que era mejor todavía, con tinos puños capaces de convencer a un bretón, como diría Dumas, lo que ni sus razones ni la buena voluntad de sus compañeros querían darle.

Por fin se decidieron a aceptar el fallo de la suerte.

Decidióse ésta por Teresa la expósita, y así se vio a la vagamunda tomar bajo su amparo a la pobre desheredada como ella.

Teresa era una muchacha simpática para todo el mundo, tanto por su belleza como por su buena conducta, aunque fuese algún tanto insociable y le agradase más vagar solitaria a orillas del mar y llevar sus ovejas al campo a la hora en que el fresco de la mañana y los primeros rayos de luz despiertan a las flores de sus sueños de aromas.

Lorenzo le entregó la niña con menos sentimiento que lo hubiera hecho con otro alguno, diciéndole:

—He aquí una perla de gran valía, yo te la cedo a condición de que seas para ella una buena madre; pero también yo quiero llamarme a mi vez su padre, y que cuando empiece a balbucear tu nombre, le enseñes el mío, para que de este modo me conozca y me quiera poco menos que a ti, ¿lo entiendes?

Y enjugando con la manga de su camiseta una lágrima que rodó silenciosamente por sus tostadas mejillas, volvió la espalda a los que le miraban como queriendo ocultar aquella debilidad indigna de un viejo marino.

De este modo todo volvió a su silencio, y las faenas olvidadas empezaron de nuevo.

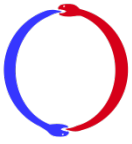
La tormenta bramaba sobre sus cabezas, y las olas eran cada vez más gruesas, más fuertes y amenazadoras.

Contenta Teresa con su nueva hija, querido tesoro que no cambiaría por nada de este mundo, se acercó la primera a la orilla para que los pescadores llenasen su cesta antes que la de otra alguna.

Su felicidad era grande, pero estaba escrito que en aquel día su alma había de sufrir los más fuertes sacudimientos, los más grandes dolores que pueden lacerar el alma de una madre.

Su hijo, rosado, rubio, hermoso y, sobre todo, travieso se entretenía en andar todo el espacio posible con sus débiles piecitos y cayendo a cada paso sobre la arena. Pero adelantóse tanto hacia la orilla, tal vez para coger





con sus pequeñas manos aquellas verdes olas que brillaban fósforicas a la luz de las exhalaciones, que era inminente el peligro en que le exponía su inocencia.

De repente un viento fuerte sopló sobre todas las olas y las empujó hacia la playa: la mar lanzó terribles rugidos, pareciendo querer salvar la débil muralla de arena que se oponía a su paso y desbordarse.

Las olas se agolparon tumultuosas y se adelantaron hacia los que estaban en la playa.

Entonces un leve quejido, ahogado por el rumor de la tempestad, hendió el espacio; suspiro lastimero que penetró en el corazón de los que le escucharon, sucediéndose a este suspiro un grito desgarrador, profundo, intenso, que hizo helar la sangre en las venas.

Era Teresa que acababa de ver a su hijo arrastrado por aquel torbellino de agua, fiera implacable que no devuelve nunca lo que una vez se ha sepultado en su fondo de arena.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —balbuceó delirante queriendo arrojarse al mar para socorrerle—. ¡Mi hijo..., mi pobre niño inocente..., el hijo de mis entrañas!

Y cayó sin sentido sobre la arena.

Cuando despertó de su desmayo, pareció reflexionar algunos instantes: un raudal de lágrimas inundó su semblante; calmóse algún tanto su pesadumbre, más que nada por el mismo exceso de dolor que la abrumaba, y apareció así, a los ojos de los que la rodeaban, resignada y serena.

Preguntó por su hija adoptiva que le presentaron hermosa como una flor bañada de sol y de rocío.

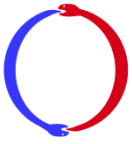
Ella la envolvió en su pañuelo y, tratando de adormecerla en su seno, se dirigió silenciosamente hacia su pobre vivienda, no sin echar antes a aquel mar proceloso una dolorosa y profunda mirada.

Los que la vieron partir sintieron su corazón oprimido de angustia.

Los truenos y los relámpagos fueron los únicos que la acompañaron por la triste y oscura encrucijada que guiaba hacia su pobre vivienda.

## Capítulo II

### Teresa



l embravecido mar de Finisterre lanzaba sus verdes y espumosas olas contra los peñascos que rodean el antiguo santuario de Nuestra Señora de la Barca.

Un sol de invierno, claro, pero frío, iluminaba aquellas montañas que, ya graníticas, ya arenosas, tienen siempre ese aspecto desolado y salvaje de las comarcas estériles, en cuya tierra no brotan jamás ni arbustos ni verdura; y un silencio lleno de sordos y misteriosos rumores se extendía doquiera alcanzase el oído.

El cielo estaba sereno; pero el cielo que cubre aquellos tristes paisajes no es de ese azul tranquilo en que el alma se espacia cuando nuestra mirada se alza hasta él, porque si allí hay días de sol y de calma, es una calma inquieta y zozobante en la cual no se respira con libertad, pues aquella mar de tornasoles sombríos comunica a la misma atmósfera sus turbados y glaciales vapores.

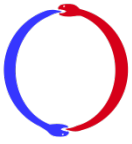
La niebla densa y de un olor acre, que de ella se levanta a la hora en que sale el sol, apaga las hermosas tintas de la mañana y cubre como un sudario aquella desnuda tierra que semeja una tumba.

Allí no se escucha más que el silbido del viento y de unas olas siempre en lucha y que amenazan tragar los pequeños pueblecillos que se extienden a la orilla, como abandonados despojos de quien nadie se cuida.

Algunos huertos, guarecidos por elevados muros, conservan a duras penas plantas raquílicas y agostadas por los torbellinos de arena que se levantan con la tempestad y las aplastan bajo su peso.

Un viento fuerte y continuo que viene del mar arranca a veces, como árboles que troncha el huracán, las pobres chozas de los pescadores dejándolos expuestos a la inclemencia de las estaciones, y, no obstante, los hijos de aquellas riberas abandonadas y tristes aman su país, mucho más que los que viven en esas fértiles y risueñas campiñas de los climas del mediodía, a quienes regala la naturaleza con cuanto tiene de más hermoso.

Ellos aman sus chozas arruinadas, sus lanchas sucias y con el olor de la brea y sus redes, que ellos mismos hacen y ven envejecer, dulces tesoros que no abandonarían por todas las bellezas de la tierra. En aquellos desiertos arenales pasan la mayor parte de su vida, y acostumbrados a su silencio y a su bravura se alejan de toda otra existencia, como huye el ciervo al escuchar los sonidos del cuerno de caza que le sorprende en medio del bosque.



Sin embargo su corazón es benigno y caritativo para el que se acerca a sus cabañas; jamás he encontrado un carácter más dulce y bondadoso que el de aquellas pobres gentes.

La choza de Teresa se hallaba situada en medio de una pequeña llanura rodeada de inmensos y descarnados peñascales, y cercana al célebre santuario de Nuestra Señora de la Barca.

Lugar éste el más apartado y salvaje de aquella comarca, tiene cierta ruda belleza, digna de ser descrita por Hoffmann, y que tal vez sólo puede ser grata a los caracteres tétricos o a las imaginaciones exaltadas.

Si Byron, ese gran poeta, el primero sin duda alguna de este siglo, hubiese posado sobre el desnudo cabo de Finisterre su mirada penetrante y audaz, hubiéramos tenido hoy tal vez un cuadro más en su *Manfredo*, o algunas de aquellas grandiosas creaciones inspiradas bajo el sereno cielo de la Grecia, y con la cual haría ver al mundo que hay en este olvidado rincón de Europa paisajes dignos de ser descritos por aquel que era el más grande de los poetas.

Aquel paisaje, uno de los más desolados y tristes que pueden hallarse en Galicia y quizás aun en la mayor parte de España, armonizaba admirablemente con el carácter de la expósita, acostumbrada a la soledad y a la vida errante.

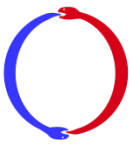
El mar se divisa desde allí más irritado y soberbio, las olas se estrellan bramadoras contra las rompientes y los bajíos, formando torrentes de espuma que saltan a una altura inmensa, cayendo después como una lluvia de perlas.

Cuando los vientos se cruzan, entonces las olas chocan con violencia las unas con las otras, y se arremolinan y crecen de un modo prodigioso formando vistosos *campanarios* de un verde claro, que vienen a deshacerse sobre la arena como torres que se derrumban.

Otras veces hierve y se agita en un punto solo, semejando un abismo profundo, o un sumidero, que amenaza absorber todo el agua que encierran los mares del universo.

Aquello es una lucha sin término, una ira que no se calma, unos aullidos que nunca cesan, una babel, en fin, de lenguajes desgarradores que lastiman y no se comprenden.

Los buques se alejan de aquel huracán eterno y al divisarlo oponen todas sus fuerzas para no ser arrastrados hacia él, y huir la atracción fatal de aquel infierno en donde se perece entre bramidos que amedrentan, lleno de



terror el espíritu como si todas las iras del cielo se conspiraran para darle un fin horrible contra aquellos negros y elevados peñascos.

Numerosas embarcaciones han sido allí juguete de las olas irritadas, y como ligera pluma desaparecieron en un instante de la superficie de las aguas, sin que el mar arrojase a la playa el más pequeño resto que indicase más tarde la pasada tormenta y el triste naufragio.

En otros tiempos se creía, y aun hoy se cree, que aquellos lugares están malditos por Dios y, en verdad que jamás la conseja popular tuvo más razones de vida que en esta ocasión en que todo parece indicar al alma atribulada que una maldición pesa sobre aquellas playas tan desiertas en medio de su desnudez.

Teresa gozaba de aquella naturaleza excepcional como pudiéramos hacerlo nosotros entre el ruido de una fiesta.

Muy lejos está seguramente de parecerse la música de nuestros salones al silbo agudo del viento que, rodando sobre el techo de su cabaña solitaria, le acompañaba en su rezo fervoroso y en su sueño inquieto y desasosegado la mayor parte de sus noches de soledad, pero su alma triste al par que fuerte, y su dolor y sus lágrimas, le hacían amar aquel errante compañero que, como ella, ni hallaba nunca reposo ni cesaba de gemir.

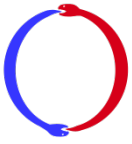
Las horas de aquella mujer, llena de aspiraciones que ella no comprendía, eran largas, cansadas y aun irritantes, pues las lágrimas, único consuelo de los que sufren, se negaban a veces a calmar la pena en que rebo-saba su corazón.

El día de que hablamos era un sábado y, como hemos dicho, estaba claro y sereno, pero triste.

Teresa había ido a visitar la santa piedra, como allí la llaman, que se balancea pausadamente produciendo en su acompasado movimiento un ruido sordo y metálico que se escucha a larga distancia.

Reinaba en torno el más profundo silencio dejando percibir más claramente aquel ruido extraño, y Teresa, de pie, encima de aquella piedra misteriosa y flotando las puntas del blanco pañuelo que sujetaba sus cabellos agitados por el viento, la cabeza vuelta hacia el mar y los brazos tendidos con abandono, parecía una sublime creación evocada de entre aquellas espumas, blanca como ellas y bella como un imposible.

La peña se balanceó largo tiempo, hasta que cesando poco a poco quedó enteramente inmóvil.

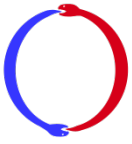


Teresa quedó inmóvil también, y su vista, fija tenazmente en el horizonte, parecía empeñada en descubrir un punto blanco que se distinguía apenas entre la niebla que empezaba a extenderse hacia aquella parte.

Más tarde se percibió débilmente un buque que parecía navegar con rumbo hacia Camariñas.

Teresa permaneció largo tiempo en un estado casi angustioso con la penetrante mirada fija en el buque que cortaba las ondas con suma rapidez, hasta que la niebla, ocultándolo enteramente, no presentó a sus ojos más que un horizonte solitario y triste.

Teresa entonces se dirigió a su cabaña, mas sus ojos iban bañados de lágrimas y animado su semblante.



### Capítulo III Emociones



a pesca del atún había sido excelente.

Algunos de estos informes animales arrojados sobre la arena, y con el cuerpo acribillado de heridas que arrojaban sangre a borbotones, lanzaban feroces y entrecortados resoplidos con que anunciaban el fin de su agonía.

Multitud de curiosos, de esos que no se cansan nunca de ver reproducirse ante su vista unas mismas escenas, se agrupaban con ansia en torno de ellos, sin que apareciese en su semblante el más pequeño indicio de repugnancia.

Los marineros hundían sus grandes navajas con ligera y segura mano en el cuerpo áspero y palpitante de aquellos monstruos, y sus vestidos, salpicados de sangre, exhalaban un olor nauseabundo.

La terrible agonía de aquellos animales torturados hasta en su último suspiro presentaba un aspecto desagradable.

Ellos se revolcaban en la arena pugnando por acercarse al mar, su elemento y su única salvación; pero eran vanos todos sus esfuerzos.

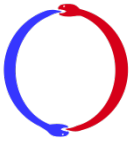
Las olas pasaban casi rozando su cuerpo, y volvían a retirarse hacia su centro sin prestarles a su paso la vida que le pedían con su mirada apagada y turbia. La mar se adelantaba rugiendo, pasaba y retrocedía sin hacer más que borrar en la arena los rastros de sangre con que la manchaban sus hijos.

—¡Apartémonos de aquí, Fausto! —dijo una voz dulce que salía del grupo de espectadores interesados en contemplar la lenta y trabajosa agonía de los monstruos—. No puedo ver sin estremecerme —añadió— las heridas de esos animales que, al fin y al cabo, deben padecer de un modo horrible.

—Espera un momento y todo habrá concluido —respondió otra voz que, aunque dulce, tenía algo de varonil—; esos pescados son muy feos y no deben, por lo mismo, sufrir tanto como los demás.

—¡Ah! ¡No, no! —interrumpió la voz primera—. Eso que dices no puede ser cierto, Fausto... ellos viven y respiran, y deben sentir lo mismo que todo lo que respira y vive... ¡Vamos!...

Entonces se vio salir de entre aquella curiosa multitud una niña hermosísima que, cogida de la mano de un marinerillo tan joven casi como ella,



pugnaba por atraerlo hacia sí y apartarlo de tan cruel y sangriento espectáculo.

Todas las miradas se volvieron hacia aquella casta aparición de rubios cabellos y tez de nieve, que airosa y ligera parecía entre aquellas gentes de rostros varoniles y atezados lo que un blanco lirio nacido entre maleza.

—¡Bendita seas tú, niña hermosa, santa de nuestros lugares! ¡Bendito sea el día en que la Virgen Nuestra Señora te arrojó a nuestras playas! ¡Y bendita la mujer que te recogió criándote tan fresca y limpia como los claveles!... Y le abrían paso respetuosamente en tanto los marineros jóvenes dejaban caer sobre su rostro de ángel ardientes y fugitivas miradas, murmurando a su oído al pasar palabras cariñosas.

La pobre niña las escuchaba sin comprenderlas y, sonriendo a cuantos hallaba a su paso, hacía graciosos saludos con su cabeza elegante como la de un pájaro. Pero una tinta sombría cubrió el rostro de su compañero desde el momento en que las palabras de los jóvenes hicieron sonreír a sus amigos, y con la mirada fija en las olas parecía no atender a lo que pasaba en torno suyo.

Siguió como distraído a la hermosa niña, que se alejaba de la muchedumbre, y cuando se hallaron lejos de las curiosas miradas, de los que les rodeaban momentos antes, gracias a un pequeño y arenoso montecillo que se interponía entre el camino que seguían y la playa, apartó su mano de la de su compañera con muestras de mal reprimido enojo.

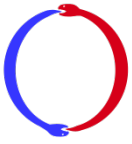
Miróle ésta sorprendida y, volviendo a coger aquella mano esquiva que se había alejado de ella y que Fausto llevaba caída con cierto abandono e indiferencia que le sentaba admirablemente, le preguntó con voz dulce y cariñosa:

—¿Por qué te incomodaste? Hace algún tiempo que observo se cambia tu carácter de un modo repentino y sin que yo pueda adivinar jamás la causa de tus resentimientos.

Esta pregunta no tuvo respuesta alguna. El joven marinero parecía ab-sorto y ocupado más que en nada en observar el movimiento que hacían sus pies blancos y desnudos al pisar la arena.

—¡Ah! ¿Conque no me contestas? —volvió a decir la niña entre risueña y triste—. Pues bien, eso está muy mal hecho, y a mí no me agrada porque yo jamás he estado de ese modo contigo.

Dicho esto, guardó silencio por algunos instantes, como esperando alguna cariñosa demostración de su amigo, el cual seguía imperturbable con



la cabeza inclinada y con la mirada fija en la arena que se entretenía en lanzar con los pies sobre los lagartos que asomaban la cabeza al tibio rayo del sol que entraba hasta sus escondrijos.

Observó Esperanza la asiduidad con que Fausto se ejercitaba en semejante operación, y con esa volubilidad propia de los niños, mucho más burlescos de lo que generalmente se cree, le dijo lanzando una franca y estrepitosa carcajada:

—¡Dios mío, Fausto! ¡Pobres pies!... ¿Y si rompes los zapatos? —añadió aludiendo al marinerillo que iba descalzo.

Entonces alzó éste sus ojos, y su mirada colérica y brillante cayó sobre la pobre niña.

—¡Esperanza!... —exclamó con entrecortado acento; pero su voz, anudándose en su garganta, no le dejó proseguir.

—¡Ay, qué miedo!... —repuso la niña con ese tono inocente y burlón del que no teme una amenaza que sabe no ha de realizarse y haciendo una graciosa mueca de espanto, con la que pretendió imitar la cólera de su amigo, abriendo también con exageración sus grandes ojos negros de un tornasol azulado.

—¡Ah! —tartamudeó entonces Fausto—, ¡ríndote..., siempre riéndote!...

—Pues ¿cómo quieres que esté seria? —interrumpió Esperanza.

—¡Lo mismo que lo estoy yo! —Y Fausto volviendo la espalda echó a andar por otro camino, dejando sola a su compañera.

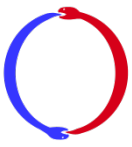
La pobre niña, entonces pálida de emoción, le vio alejarse por algunos instantes, hasta que las lágrimas empañaron sus ojos, prorrumpiendo después en amargos sollozos.

—¡Fausto! ¡Fausto! —le decía llamándole a grandes voces—. ¡Ven, dime que mal te he hecho!... ¡Ven y perdóname!... —y corría tras él mientras Fausto acortaba cada vez más su paso, previsión amorosa que equivalía a un perdón.

El llanto de la mujer dicen todos los hombres que puede mucho en su corazón, y esto debe ser cierto porque Fausto volvió la cabeza, y entonces pudo ver Esperanza que éste tenía también llenos de lágrimas los ojos.

—¡Ah, no llores más! ¡No llores más! —le decía el joven marinero, al tiempo que cogía entre las suyas las manos de su amiga—. ¡No llores más! —añadía tratando de dar a su voz un acento seguro—. Yo te quiero y seré siempre tu amigo..., pero tú te sonríes para mis compañeros, a pesar de que me has asegurado que yo sólo era tu amigo y no ellos...





—¡Tus compañeros!... —murmuró pensativa la pobre niña, bañados sus hermosos ojos en dos lágrimas que semejaban dos gotas de rocío suspendidas todavía de sus largas pestañas—. ¡Me río con ellos como con todos!...

—Con los demás nada me importa..., ¡pero con ellos!..., escucha —añadió después de una breve pausa—, no quiero que los mires y mucho menos que te sonrías, cuando te miran, de la manera que lo haces.

—Entonces cerraré los ojos y apartaré la cabeza cuando pase a su lado, pero... ¿y si caigo y me hago daño?

—No es necesario que cierres los ojos, sino que tú no mires para ellos —respondió Fausto volviendo a su mal humor—; ya sabes que Juan y yo estamos reñidos; pues bien, como yo no quiero mirarle a la cara, cuando él está en la playa y yo paso por allí... miro hacia mi casa...

—¡Bien, bien!... —dijo Esperanza con coquetería y como olvidada de su llanto, fresco rocío de mañana de primavera que el primer rayo de sol disipa—. Vaya unos caprichos que yo no entiendo y que no has tenido nunca...; pero, en fin, más valdrá mirar para tu casa cuando ellos estén en la playa, que no que tú vuelvas a mirarme con los ojos que hoy lo has hecho —y luego añadió, apoyando su linda cabeza de blondos cabellos en el hombro de Fausto—: Ahora, ¿amigos como siempre?

Y le miró con la tentadora mirada de la hermosura y de la inocencia.

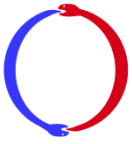
—¡Para siempre! —respondió Fausto, ebrio de felicidad.

Y enlazadas las manos, como dos pájaros alegres, se dirigieron hacia la cabaña de Teresa que se divisaba a corta distancia.

—¡Qué hermosa es! —decía entre sí el marinerillo, mirando furtivamente a su compañera.

Un rayo de alegría bañaba el rostro de Esperanza, más hermoso que nunca; sus cabellos caían sobre las mejillas, su frente rosada parecía pedir un beso cariñoso al viento que pasaba; era una casta aparición de inocencia. Fausto iba a su lado como un esclavo, subyugado, sin voluntad propia, pero feliz. Su contento se leía en sus grandes ojos, en las mejillas que se ruborizaban bajo la morena piel, en sus labios en que sonreían las temblorosas palabras, en su paso inseguro.

Las primeras emociones de la adolescencia pasaban calladamente sobre el corazón de Fausto.



## Capítulo IV Esperanza

**E**sa niña ligera y airosa, que alegra las áridas riberas que os he descrito como un rayo de sol ardiente el desnudo y aterrido cuerpo del mendigo, ésa es Esperanza, la hija del mar, la que arrojada sobre una pelada roca, no sabemos si es aborto de las blancas espumas que sin cesar arrojan allí las olas, o un ángel caído que vaga tristemente por el lugar de su destierro.

Ella creció esbelta como la palma y hermosa como una ilusión que acierta apenas a forjar el pensamiento; creció al abrigo de aquella otra huérfana llamada Teresa, cuya existencia solitaria era respetada en toda la comarca.

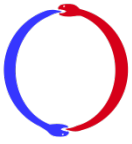
La vida de aquellas mujeres, las dos buenas, las dos jóvenes y hermosas, había llegado a ser para todos un objeto de veneración casi, que nadie osaba profanar, y su cabaña tan solitaria y tan pobre no fue jamás perturbada por ninguna mirada indiscreta. Tal vez, porque esos lugares en donde mora la virtud inocente encierran en sí mismos un poder misterioso e invencible que rechaza la calumnia y la curiosidad del vulgo.

La una, casi niña todavía, y con esa belleza pura que algunas imaginaciones privilegiadas han soñado en los serafines —ángeles que se acercan más al trono del que todo lo es, solía inspirar esa simpatía, dulce e insinuante a la vez, que deja en pos de sí un rastro luminoso que no es jamás oscurecido por las sombras.

Ni Rafael, ni el beato Angélico, esos dos grandes artistas que tan bien han sabido trasladar al lienzo sus celestiales visiones, delinearon jamás facciones más puras, ni contornos más perfectos. Esa muestra inimitable de los artistas, la naturaleza, había sobrepujado esta vez a todas las inspiraciones, a todos los sueños imaginables.

La cabellera, que por una rareza extraña jamás crecía hasta más allá de sus hombros, flotaba suelta y en rizados bucles alrededor de su cuello de una blancura alabastrina.

Los ojos y pestañas eran de un color negro fuerte, en tanto que sus cabellos dorados como un rayo de sol despedían reflejos pálidos, semejantes a la luz de la luna cuando en clara y serena noche de verano cae como un haz plateado sobre las temblantes ondas.



Tenía su voz cierta vibración armoniosa y clara que, hiriendo dulcemente el oído, conmovía el corazón de un modo extraño cual si se escuchara el eco de un instrumento armonioso o la última cuerda del laúd que estalla gimiendo.

Cuando su mirada cándida pero resuelta se fijaba en algún objeto, parecía atraerlo hacia sí por una fuerza invencible, y el arco perfecto de sus cejas tomando una rigidez indomable, bajo la que se creería adivinar un poder sobrenatural, prestaba a su semblante una belleza severa e inimitable. La sonrisa que vagaba siempre en sus labios finos y de un rosado pálido, cual suele serlo el de las flores de invierno, dulcificaba aquella dura pero poderosa influencia que, como todo lo que no pertenece a la tierra, parecía rodeada de una aureola refulgente que envolviéndola en sus vapores la alejaba de las demás criaturas.

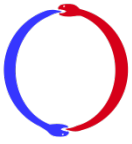
Tal vez de aquellas nieblas del Sur, de aquellas algas verdes y transparentes que flotan en las aguas en formas diversas y caprichosos festones, tal vez de las blancas espumas, y del tornasol que forman las olas, y de las gotas brillantes que esparcen en torno como lluvia de plata cuando un viento fuerte las desparrama, y de las perlas que encierran las conchas, y de la esencia en fin de todo lo bello que esconde el mar, se formó aquella hermosa criatura, que el acaso trajo a la tierra, cuando era quizás su destino ser diosa de silenciosas grutas y reina de ocultos misterios.

Su paso era ligero siempre, y su pie breve y rosado como el de un niño dejaba apenas impresa su huella en la arena, hollando sin romperlas las delicadas conchas que se ven en las orillas blanquizas de aquellas ásperas riberas, cual las flores silvestres en las selvas regadas por arroyos cristalinos.

Cuando se la veía pasar y desaparecer en un instante, con los rizos suaves de su cabellera agitados por el viento o bien acariciando su frente blanca y lisa como la de una estatua, y los entreabiertos labios como queriendo aspirar el aroma salobre que el viento llevaba hasta ella, se la creería más bien que mujer una visión angélica, un sueño que quisiéramos se prolongara una eternidad de siglos, una ilusión, en fin, que temiéramos verla desvanecida entre los vapores de nuestro mismo pensamiento.

Por eso Fausto, su compañero de infancia, el marinerillo de rostro moreno y cabellos de ébano, la sigue a todas partes como sigue la sombra al cuerpo, como sigue a la aurora la alba estrella de la mañana.

Ella es el espejo en donde se reflejan las ilusiones de su primer cariño; ese risueño sol de primavera que presta vida a las flores inocentes, y él respira con loca avidez el aroma que despide aquella sencilla clavellina de



tallo ligero, en cuyos pétalos perfumados encuentra las primeras dulzuras de un amor casto y lleno de sonrisas.

Ella es para su alma lo que ese lago tranquilo y purísimo de los cuentos mágicos, terso cristal del que no se exhalan ponzoñosos vapores y en cuyas arenas plateadas no pueden arrastrarse los asquerosos insectos que mezclan su saliva amarillenta a la transparente linfa de las aguas. La dulzura que experimenta su alma cuando está a su lado es la de aquellos que, ignorando el mal, gozan tranquilamente las dulzuras que le prodiga el ángel cariñoso que vela por los días de su existencia.

Hacia algún tiempo, no obstante, que su espíritu, más inquieto que de costumbre, daba a su mirada ese recelo continuo del que teme ser sorprendido en medio de una gran felicidad. Poco tranquilos sus sueños, solían presentarle imágenes que reproduciéndose luego en su memoria le causaban vértigos extraños que trastornaban su cerebro, y cuando la voz de su padre le llamaba para el trabajo de todos los días, mostraba un descontento en aquel semblante por lo general risueño y afable.

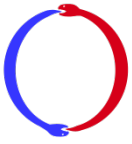
Solía algunas veces abandonar su lecho antes que la aurora iluminase con sus tibios rayos las olas que venían a morir en la desierta playa y vagar alrededor de la cabaña de Esperanza, como un fantasma errante en medio de aquella claridad dudosa y sin nombre que precede a las tinieblas y que no es todavía ni sombra ni luz.

Pero lo que buscaba su corazón en aquella correría incierta y vaga, lo que le arrastraba hacia la vivienda de aquella pobre niña, que había sido lo más querido de los días de su infancia y que hoy era la hermana que no abandona nunca a su hermano, lo que le trastornaba haciéndole sufrir y derramar lágrimas, ni lo sabía, ni lo comprendía, pero se dejaba arrastrar por aquel instinto que le transportaba a regiones desconocidas, que ya eran luz, ya tinieblas, desconcierto rápido e instantáneo, que no le dejaba pensar, ni preguntarse a sí mismo qué era lo que pasaba en su corazón cuando tan inquieto, tan turbio y tan lleno de locas sensaciones se sentía.

Fausto se hallaba en ese instante tormentoso que experimenta el niño cuando quiere ser hombre.

Los pensamientos agitados se agolpaban en su mente débil, y las imágenes brillantes pasaban y volvían a pasar ante su vista conturbada; él creaba y sentía, los fantasmas tomaban a veces en su espíritu una forma real, pero aquella forma era incierta, trémula, semejaban un hermoso poema escrito en un momento de delirio.

¡Fausto era casi desdichado!



Asomaban en el lejano horizonte los primeros rayos de luz que anuncian el día cuando el joven marinero se hallaba ya a pasos de la cabaña de Esperanza.

El cielo estaba sin nubes, pero el bochorno de la atmósfera dejaba adivinar que el día sería tormentoso.

No se sentía en torno el más ligero ruido, sólo el mar lanzaba sus largos bramidos y sobre las olas turbulentas volaban las gaviotas como indiferentes a tan impotente cólera.

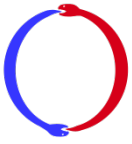
El alma de Fausto consonaba perfectamente con el estado de la naturaleza, y sus sombrías miradas mostraban que él participaba del triste placer de aquella soledad y de aquel aislamiento que semejaban admirablemente el vacío que experimentaba entonces su corazón.

El cerco azulado que se percibía al redor de sus ojos, la palidez de sus mejillas, y su aire taciturno y sombrío, indicaban demasiado la lucha interior que le rendía. Su aspecto en el momento de que hablamos era el de una de esas criaturas hermosas que, bañadas por el primer rayo de devoradores males que tal vez le han de conducir a un helado y solitario sepulcro, aparecen más bellas que en un estado de perfecta salud, porque también la fiebre comunica brillantez a las miradas moribundas y tinte rosado a las mejillas lívidas y tristes.

Algunas veces, en medio de su ronda amorosamente solitaria, se acercaba a la puerta medio carcomida de la cabaña de Esperanza, y comprimiendo su respiración agitada, ponía atento oído para percibir de este modo hasta el más insignificante ruido que dijera a su corazón: —¡Ella es!—; pero sus esperanzas quedaban frustradas. Entonces volvía a su inquieto paseo a lo largo de la ribera, mirando receloso a todas partes, como si temiese haber sido sorprendido en vergonzoso acto de espionaje, que todos reprobarían pues, en efecto, él era el primero que trataba de sorprender los castos misterios de la vida de aquellas dos mujeres, tan respetados hasta entonces.

Pero su corazón le vendía, su corazón le llevaba hacia allí y a pesar suyo volvía y escuchaba atento qué era lo que pasaba dentro de tan santa vivienda.

Llegó, pues, un momento en que Fausto creyó percibir el sonoro murmullo de dos voces. Los que hablaban parecían hacerlo acaloradamente, y aun podía creerse que a las palabras se mezclaban sollozos.



Entonces, con el corazón palpitante y lleno de una curiosidad que jamás había experimentado, se acercó más a la puerta para poder oír de este modo y distintamente cuanto pasaba en lo interior de la cabaña.

Pero como si fuese de repente, se presentó ante sus ojos una visión que sin tener nada de horrible le sobrecogió mucho más que todas cuantas había forjado su enferma imaginación; sin embargo de que no era otra cosa que un hombre esbelto y de estatura más que regular, cuyo exterior le hacía aparecer como extranjero, al menos para Fausto, que jamás le había visto.

Vestía con cierta elegancia desdeñosa un largo gabán de abrigo, un pantalón oscuro y unos botines de paño que casi cubrían sus pies, demasiado pequeños si se atendía a su estatura. Su rostro apenas dejaban verlo el ala de su sombrero y el ancho tapabocas que arrollaba al redor de su cuello; sin embargo, el curioso podía ver todavía unos ojos azules hermosísimos, y una nariz afilada y perfecta.

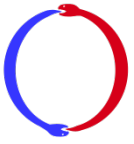
—¡Vaya una extraña curiosidad! —exclamó dirigiéndose a Fausto, que le miraba con esa rara mezcla de cólera y de miedo que experimentan algunos en presencia de aquéllos cuya superioridad física les amenaza con su tranquilidad.

El pobre marinero tenía ante sí aquella colosal y airosa estatura, aquel hombre que le había sorprendido en el crimen más grande de su vida y que sin derecho alguno para reconvénirle ni interrogarle tenía fija sobre él una mirada escudriñadora y burlona. Todo esto, que él comprendía vagamente, había de tal modo irritado su carácter susceptible que los instintos de refinado orgullo que empezaban a desarrollarse en su corazón se revelaron entonces en toda su fuerza. Tan vivas emociones hervían y se ocultaban dentro de su pecho, no apareciendo a los ojos del extranjero mas que como un niño avergonzado ante las severas miradas del que le sorprendiera en un delito.

—¿Qué es lo que esperas aquí? —le preguntó entonces aquel hombre que, con las manos sumergidas en los profundos bolsillos de su gabán, parecía divertirse, con un raro placer, en contemplar tan inocente turbación.

Sintió entonces aquel niño que la sangre se agolpaba a sus mejillas, porque semejante hombre, gracias a una extraña influencia que no comprendía, pero que le causaba vértigos, le turbaba, y repuso en tono irritante aunque tembloroso.

—¿Y a usted qué le importa?



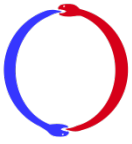
Una carcajada sardónica y fría contestó a estas palabras del pobre inocente que, sobrecogido por el sonido casi metálico de aquella risa diabólica, echó a correr instintivamente alejándose de aquel ser que le causaba espanto.

Este le vio alejarse con una calma indiferente, y siguió paseándose silenciosamente a lo largo de la ribera.

# La leyenda de la creación del mundo







**Pravia Arango**

Texto adaptado del manuscrito aljamiado del XVII *Libro de los castigos...*, editado en números anteriores de *Oceanum*.

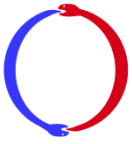


cordaron todos los sabios de la religión del Islam que Alá, ensalzado y glorificado sea, creó todas las cosas sin modelo y las implantó sin raíz.

En el principio de los tiempos, Alá vivía en una región similar a una nube donde no había nada más así que, sacando luz de la oscuridad y viceversa durante cinco veces, creó una perla blanca y de ella una esmeralda más grande que el cielo y la tierra. Una vez hecha, le dio un grito y la piedra preciosa, por miedo, se deshizo y se convirtió en agua; de ahí que el agua suele estar siempre en movimiento, por el temor a Alá. Sobre el agua puso su trono y después lo asentó en una base de luz. Nadie conoce el tamaño del trono, pero el cielo y la tierra en relación con él suponen siete dírhams echados en un desierto. Debajo del trono hay un mar. Más abajo otra tierra y así hasta llegar a siete. Luego hay una roca que sostiene un ángel puesto sobre el lomo de un toro y este se halla sobre el lomo del pez Bahmut. Más abajo existe aire sujeto por unos ángeles con cadenas de hierro. Debajo está el Infierno, la casa de la saña y de la ira. Y más abajo, secretos y enigmas que solo el Único conoce.

Tras esto, hizo la tabla del destino del mundo, de perla blanca con engarces de rubíes, y la pluma, de esmeralda. A continuación, Alá dijo a la pluma:

—Escribe.



La pluma se rasgó de miedo y preguntó:

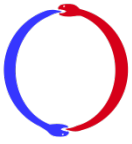
—Señor, ¿qué he de escribir?

—Escribe sobre mi sabiduría que se prueba en mis criaturas y mandatos hasta el Día del Juicio —ordenó Alá.

Desde entonces la pluma registra todo lo que ha sucedido y sucederá. También anota los hechos y obras de las gentes, las buenas y las malas, y cosas que han ocurrido en el mar, la tierra fértil o el desierto, desconocidas. En el dorso del trono de Alá, la pluma escribió: *Soy Alá, no hay Señor, sino yo, pues no tengo compañero. A quien crea en mi promesa lo pondré en el Paraíso.*

Después hizo cuatro ángeles. El primero, con aspecto de hombre y es el principal de las gentes; el segundo, como un toro, es el jefe de las bestias de carga; el tercero es un águila y el caudillo de las aves, y el cuarto, un león, el rey de los animales salvajes. Llamó al primer ángel, en hebreo, Gabriel y en árabe, ‘Abdu Allahi (servidor de Alá); al segundo, en hebreo, Miguel y en árabe, ‘Abdu al-Walid (el servidor del Único); al tercero, en hebreo, Rafael y en árabe, ‘Abdu al-Sanad (el servidor del Eterno); y al cuarto, en hebreo, Azrael y en árabe, ‘Abdu al-Rahman (el servidor del Clemente). Alá encargó a Gabriel llevar los mensajes de los profetas tanto a los que están en el cielo, en la tierra, en el mar como en la oscuridad. Gabriel es honrado, fiel, está cerca de Alá y de los ángeles, y es tan fuerte que, si le mandasen arrancar el cielo y la tierra con una pluma de sus alas, lo haría más rápido que el parpadeo del ojo. Miguel tiene el poder de hacer caer la lluvia, también se encarga de que cese de llover. Rafael es quien tocará el cuerno el Día del Juicio; está muy cerca de Alá, ya que tiene el trono sobre su cabeza y sus pies se asientan en los abismos de las siete tierras. Cuando Rafael piensa en la grandeza de Alá, llora y si el Único lo permitiese, sus lágrimas llenarían el espacio existente entre el cielo y la tierra. Azrael tiene la misión de recibir las almas al final de los tiempos lo que prueba la gran sabiduría de este.

Después, el Supremo creó un quinto ángel de altura y anchura desconocidas; se sabe que de la oreja derecha a la izquierda existe una distancia de dos mil años de un caballo cabalgando. Se llama Ridwan. Tiene en su mano una espada calentada al fuego durante quinientos años que se llama Baqu. Cuando Alá quiere que llueva, manda a Miguel que saque las nubes que están en los cuatro puntos cardinales y que mida y pese el agua (como se hace con las almas de las criaturas), y la nube se convierte en lluvia. Después se envía el agua a Ridwan que la va esparciendo con la espada sosegadamente. Si Ridwan agita la espada, se produce el trueno y si la sopla, como esta centellea, se origina el relámpago. De ahí que se dice que Alá atormenta a quien quiere con un rayo y salva a quien desea.



Esto no siempre es así, pues en otras ocasiones cuando llueve copiosamente, es obra de otro ángel mayor que Ridwan, que coge una nube con la mano derecha, la exprime y llueve; de ahí las palabras de Alá: *Bajamos de las nubes agua corriente para hacer crecer el pan, la hierba y los jardines de distintas clases*. Es tal la cantidad de agua que, si se escurre de los dedos del ángel, se desbordarían los mares y habría una destrucción total, pero esto no ocurre por piedad y sutileza de Alá. Es más, el agua de este ángel se manda a otros muchos para que se la repartan y llueva en toda la tierra. Estos no regresan a su lugar hasta que el sembrado está listo para la siega.

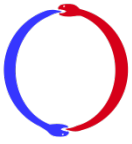
Como se ve, en la creación hay milagro para las personas sensatas.

Cuando Alá quiso crear a las criaturas, puso agua en ebullición, cogió el vapor y dijo: *¡Oh, cielo!* Tras esto, la separó en siete partes de las que surgieron siete tierras y lo hizo en dos días: el domingo y el lunes. Puso la tierra sobre la espalda del pez Bahmut que, a su vez, está sobre un ángel. Como un día, el pez se movió y la tierra se descompuso, la fortificó con montañas y sierras en las que puso prados y árboles; lo realizó en otros dos días: el martes y el miércoles. En ese momento, el Creador preguntó al cielo y a la tierra si venían a gusto o forzados. Respondieron lo primero. Entonces cogió vapor de agua y lo esparció por los siete cielos, esto fue el jueves y el viernes.

Además, proporcionó a cada cielo su naturaleza, esto es, criaturas, ángeles, mares y montañas. El cielo del primer mundo es de esmeraldas; el segundo, de plata; el tercero, de rubíes; el cuarto de perlas blancas; el quinto de oro; el sexto, de rubíes, y el séptimo, de luz. Al último lo engrandeció con ángeles cuyas cabezas están cerca de su trono y cuyos pies se apoyan en la tierra séptima; estos dicen: *No hay dios sino Alá, el Poseedor del trono, el Justo*, y lo repiten desde su creación hasta el Día del Juicio.

Tras esto creó a los genios y los puso en la tierra antes que al hombre. Los hizo de fuego y entre ellos estaba el diablo. Les ordenó que no matasen, ni entre sí ni a otros seres, y que no desobedeciesen, pero los genios incumplieron el mandato. El demonio, cuando lo vio, subió al cielo y allí estuvo con los ángeles sirviendo a Alá hasta el punto de que era el mejor servidor de todos. Alá envió a los genios una partida de ángeles que mataron a unos y desterraron a otros a diversas islas. También nombró al demonio tesorero del mundo por lo que el diablo se llenó de soberbia y Alá lo maldijo.

A continuación, Alá creó el aire con su propia esencia, por tanto, no se debe maldecir, pues es de la naturaleza del Piadoso. Tras esto, extendió la tierra desde La Kaaba tanto a la derecha como a la izquierda, por eso se llama La Kaaba de La Meca, que quiere decir 'la madre de las ciudades'.



Creada la tierra, ordenó que la poblasen los hombres. De la tierra moldeó a Adán con su propia mano y lo puso en el Paraíso. Todos los ángeles se postraron ante él, excepto el demonio, por esto lo echaron, por esto tentó al pez Bahmut y por esto en el Paraíso tentó a Adán y a Eva. Mucho tiempo más tarde, creó a Jesús en el vientre de María, sin intervención de varón. Lo hizo así para que los hombres viesen su poder tanto para crear a Adán y a Eva sin intervención de varón ni de mujer como para crear a Jesús sin intervención de varón. Más tarde creó a Mahoma, el último de los profetas, a quien le dio el Corán como libro y guía para todos. En el Corán se recoge la obligación de la limosna, el respeto al Ramadán, la obligación de la peregrinación a La Meca y muchas más cosas buenas.

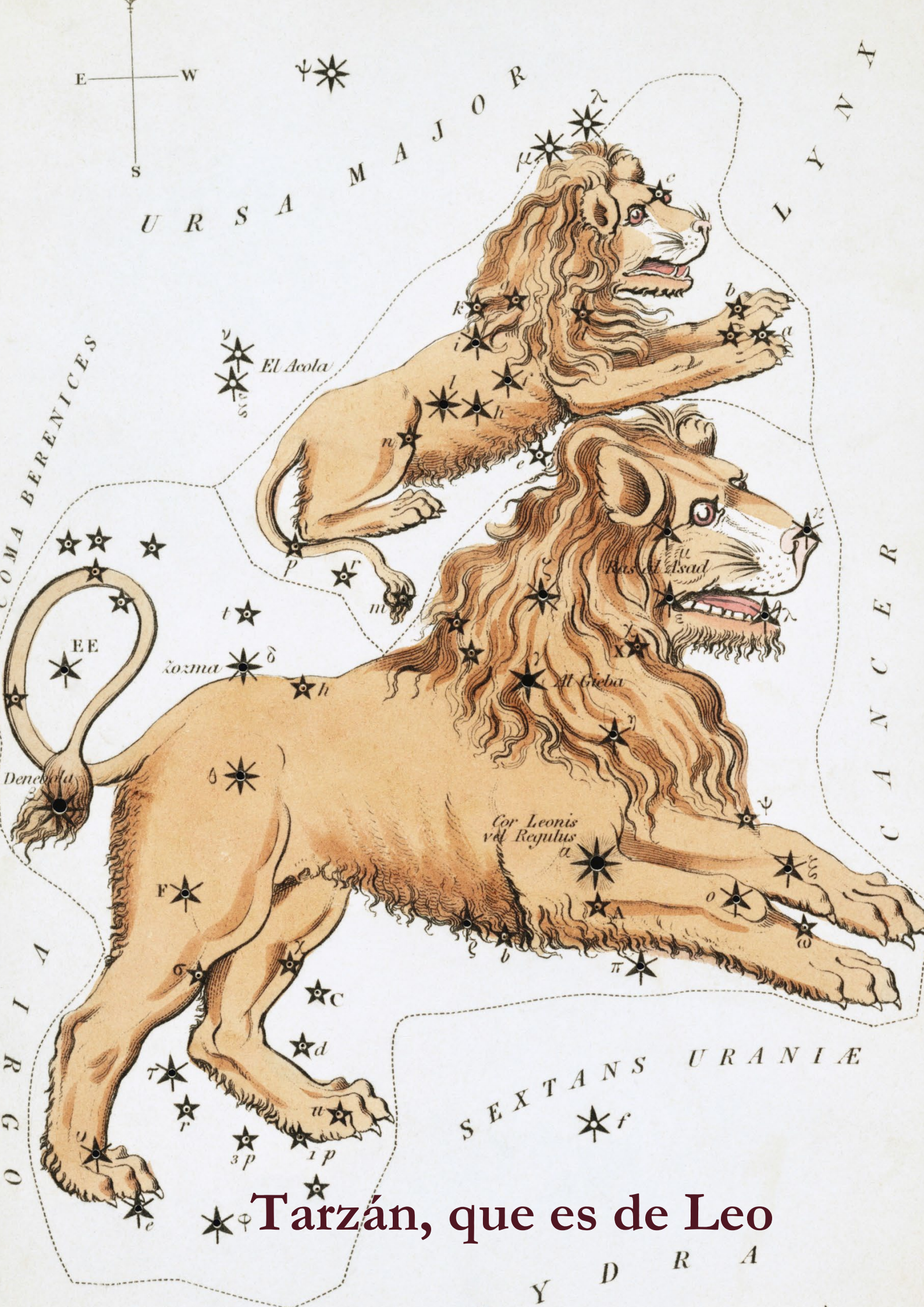
Tras la creación del hombre, Alá cogió vapor de agua, subió al cielo y lo puso a una distancia de quinientos años sobre la tierra. Más adelante creó trescientos diecinueve sabios en figura de hombre, detrás del monte Qaf. Qaf es una montaña que rodea el mundo. Es de esmeralda, de ahí que el color verde del cielo sea reflejo de su verdor. Después están las mamparas tras las que se pone el sol. Entre las mamparas y Qaf solo hay oscuridad. No hay tierra ni ciudad ni llano ni monte al que no le llegue una veta de Qaf, que está en manos de un ángel de tal modo que cuando Alá quiere destruir algo, se lo revela al ángel y todo se destruye más rápido que el parpadeo de un ojo.

Después de esto, el Clemente hizo el sol para que fuese luz y candela del mundo y así, además, las gentes viesen su poder. Más tarde, la luna y las estrellas. La luna creciente y menguante para que los hombres supiesen el recuento de los meses y así poder ayunar; la luna menguante queda como la raíz de una datilera seca y de ahí comienza a crecer. Los puso en el cielo, pues de otro modo todo se quemaría. Y dio lengua al cielo y a la tierra. En cuanto al poder de hablar del cielo, todos los sabios están de acuerdo, pero con respecto a la tierra existe discordancia, pues hay quien opina que solo habla una parte de la tierra de Siria. En este punto, el Único mandó hablar al cielo que tembló y dijo: *Soy testigo de que no hay dios sino Alá y Mahoma es su mensajero*. Aquí el Supremo creó a los ángeles moradores del cielo para que lo sirvieran y obedecieran. Y mandó hablar a la tierra que tembló y dijo: *Soy testigo de que no hay señor sino Alá y no tiene compañero*. Alá comunicó a la tierra que, por no haber nombrado a Mahoma, la menguaría tanto como lo había deshonrado y por eso levantó el cielo por encima una andadura de quinientos años.

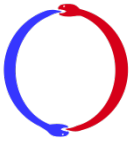
Todas las cosas las hizo el Creador de tres materias: el cielo y el Paraíso, de luz; los animales, las aves, las fieras y los peces, de agua; el hombre, de tierra. Tras lo cual, el Poderoso se instaló en su trono el día del sábado y comenzaron las alabanzas por parte de sus criaturas que fueron testigos de que es Uno, Solo, sin mujer y sin hijo.

**Nuevos horizontes**

Nuevos horizontes



Tarzán, que es de Leo



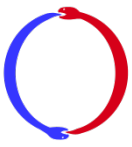
**Osvaldo Becker**

En seguida un silencio general, una pechada poderosa a la puerta y el hombre estaba adentro. El hombre era parecido a la voz.

*Hombre de la esquina rosada*, Jorge Luis Borges



o todavía no lo vi y ya se me están generando muchas expectativas, aunque también, lo debo decir, estoy abrigando algunas dudas, muchas dudas. “El mapa no es el territorio”, me dice siempre, de manera insistente, mi amigo cuando retoma la frase célebre de Gregory Bateson para ilustrarla en estos casos de las redes de citas. Claro, las fotos son fotos, no son la realidad. Son, en cualquier caso, una re-presentación de la verdad empírica, directa, tangible, material. A mí se viene a la cabeza el cuadro de la pipa de René Magritte: para muchos se vuelve decididamente imposible develar la frase que incluye el artista en su obra. Yo, desde que supe su significado, nunca me olvidé. Pero bueno, me resulta complicado decir que esas fotitos que veo de Diego *no son* el mismo Diego, sino más bien una construcción antojadiza que depende de, ni más ni menos, su propia perspectiva estética en la decoración de sus perfiles tanto del Happn como del Instagram.



—Si yo fuera vos, nena, por favor, ni lo pienso. Yo, con algo así, con este pedazo de ser humano, me mando de una y ni la pienso —me asegura, enfáticamente, mi amigo, quien no se caracteriza precisamente por una prudente cautela en sus incursiones amorosas y que suele caer en reiteradas decepciones una y otra vez.

—¿Te parece? Ahora te voy a hacer escuchar unos audios de él y no sé si vas a seguir pensando lo mismo, querido mío —le respondo yo, como queriendo convencerlo a él, pero también queriendo convencerme a mí misma antes de aceptar una cita con Tarzán.

—¿Por qué? ¿Qué tienen?

—Hay algo de su voz y de su forma de hablar que realmente no me convence.

—¿Pero vos te pensás que estás haciendo un *casting* de locutores o de tipos?

—Ya sé, pero bueno, vos escuchá y decime qué ves —lo desafío yo, y le acerco mi celular a su oreja.

¿Estaré fascinada por una figura fantasmagórica, yo, que no pecho de gran pericia en estas cuestiones? ¿Por una idealización visual que, sin embargo, no parecería poder engañar a mis oídos? ¿Estaré cautivada por mi propia mente que me suele jugar estas situaciones de manera recurrente? Si nunca lo vi todavía... ¿Qué valor puede adquirir cualquier cosa que se cruce por mi cabeza si aún no he pasado jamás a la fase del crucial *tête à tête*?

—Sí, hay algo particular en su voz, pero tampoco creo, nena, que sea determinante —me dice de manera espontánea, y con tal veredicto yo sé que él me quiere tranquilizar y estimular a la vez.

—Ajá, ¿y qué ves?

—Que habla como si fuera un hombrecito esmirriado, petiso y con la energía de un pitufo.

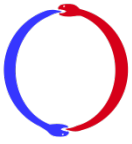
—¿Viste? Te dije...

—Bueno, pero para mí eso no impediría un par de revolcadas —asegura él con la misma seguridad y tranquilidad con la que puede dar una de sus clases de literatura.

—Ay, vos y tus delicadezas...

Tarzán, que es de Leo, parece un hombrazo modelo masculino de músculos indescritibles que llaman la atención de cualquiera de manera absolutamente inmediata. Dicen que los de Leo se caracterizan por su coraje, su convicción y su capacidad de liderazgo. ¡Con esa voz! Esa no me la creo. Un líder generalmente posee una voz sólida, convincente, acaparadora de la atención de sus interlocutores eventuales. Este, con esa vocecita de nena desnutrida, no podría convocar ni a las hormigas. Cuando leí las características de los leoninos en el amor, me topé ante lo siguiente: “Leo es un signo de fuego, y como tal es un ser caliente y pasional que





vive las relaciones íntimas con velocidad y desenfreno. Sin embargo, también hay lugar para el amor. Aunque es exigente, también es generoso, y es receptivo a los estímulos más románticos”. Es justo lo que me recomendó el médico esto. Pero bueno, después repaso los mensajes de audio que me mandó y, por un instante, me vienen ganas de mandar a la mierda todas estas disquisiciones zodiacales a las que últimamente vengo siguiendo con cada vez mayor detenimiento.

—Y bueno, es la verdad, mirá lo que es. Para mí que te lo estás perdiendo. No sé cómo todavía no te lo encontraste.

—Porque todavía tenía en la cabeza a Esteban Lamothe y, además, no es que dedico el cien por ciento de mi vida a estos temas.

—“Estos temas” pertenecen a algo que se llama “amor”, no sé si escuchaste esa palabra.

—Para ser te sincera, hace mucho que no la escucho.

El suave y cariñoso esgrima de esta conversación luego se tuerce hacia aspectos no tan profundos para mí en el momento en que mi amigo queda boquiabierto mientras agranda con sus dedos cada una de las imágenes en mi celu. Recorre su galería con fruición y por un instante pienso que está imaginándose chanchadas tras sus ojos pícaros que lucen hipnotizados por los bíceps y el torso de Tarzán. Ahora hace un gesto con la boca y es como si yo estuviera esperando su sentencia, cosa que ya conozco de antemano por conocer un poco sobre sus gustos, sobre su “target”. ¿Y qué me va a decir sino algo “guarro” con respecto a este hombre de músculos firmes y que en algunas fotitos incluye a sus hijitos, que parecen más chicos aun a partir del enorme contraste físico con su hermoso papá?

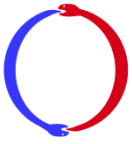
—Qué hermoso papá. Y viene con yapa. Mirá, si vos no le escribís, le voy a escribir yo.

—No estoy muy segura.

—¿Y cuándo estamos seguros de nada en este territorio? Nunca. Esto es como navegar en la incertidumbre, es como hacer surf en las olas de la vida, es como jugarse y tirarse sin red.

No sé por qué me dice “surf” y me lo imagino a Tarzán en un mar bravío mientras él, con sus piernotas, su cabello salvaje, sus tatuajes poderosos, lo burla como si se tratara de una olita tímida e impertinente. Pero a la vez se me viene a la cabeza su voz aguda y entonces se me neutraliza toda la imagen sensual. “Me la seca”, dicen las adolescentes.

—Nunca hay que perder la seguridad, che. Es como si estuvieras haciendo una especie de cosificación —le digo, y él levanta por un segundo los ojos de mi celular, que a esta altura debe estar recibiendo buenas cantidades de morbo.



—¿De qué signo es? —me pregunta él mientras engulle un puñado de los manicitos pelados.

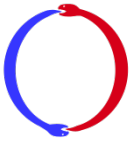
—De Leo —le respondo yo, y ya sé, obviamente, que me va a repre-  
guntar inmediatamente, ya que sus conocimientos de los doce signos del  
horóscopo son tan abundantes como la relación que pueda tener con la  
bolsa de valores de la Guayana Francesa.

—¿Y eso qué significaría? —me pregunta, claro está, él.

—Que es fogoso —le contesto sin abundar en sus características, quizás  
para no enfatizar en las eventuales virtudes.

—Para eso no hace falta ser un experto de la astrología —me dice él sin  
ninguna pizca de originalidad.

Él sigue embobado, parece que se olvidó de su Aperol con hielo y pe-  
dacitos de naranja. Y es raro, porque la que debería estar embobada, desde  
ya, soy yo. Más de una vez he conocido hombres por los que, no bien los  
ves, y sin pudor, te das vuelta en la calle para mirarlo irse y me ha sucedido  
que, raspando un poco en la cáscara, no he encontrado mucha riqueza en  
la conversación ni en la forma de llevarla a cabo. Me parece que por este  
sendero circula campante Tarzán. Claro, a mi amigo no le llega esta forma  
de pensar porque, como buen hombre, se deja llevar por el aspecto exterior,  
por la coraza animal que es tan efímera y finita como la vida de una mari-  
posa. Los hombres son, pobres de ellos, cazadores rústicos; nosotras, en  
cambio, apostamos por la pulsión visual, pero al revés, es decir, hacemos  
todo para que nos miren, para que nos contemplen, para que nos sigan con  
los ojos y, sin embargo, somos las que sopesamos de modo inteligente con  
qué viene acompañada la caja de regalo con moño arriba. Y sí, ahí sigue  
mi amigo empalagado con las cientos de fotos del Tarzán narcisista. Lo  
único que falta es que lo llene de *likes*. ¿Por qué se muestra tanto este  
hombre? ¿Por qué comparte con todo el mundo sus músculos trabajados a  
sol y a sombra? Tarzán en el gimnasio, Tarzán en la Costanera, Tarzán en  
un restó de Puerto Madero, Tarzán sosteniendo un disco de vinilo de Spi-  
netta, Tarzán en la playa, Tarzán con sus dos hijitos minúsculos, Tarzán  
frente al espejo, Tarzán al lado de la mamá, Tarzán al lado de su abuela,  
Tarzán abrazado por Diego Reinhold, Tarzán rodeado de amigos en una  
pileta (explotan las hormonas en esa captura), Tarzán con un efecto navi-  
deño, Tarzán haciendo que lee un libro de Zygmunt Bauman, Tarzán se-  
midesnudo, Tarzán viéndose en el reflejo de un vidrio (con una remerita  
tres talles menor que para su cuerpo), Tarzán en Punta del Este, Tarzán en  
Rafael Calzada, Tarzán en Nueva York, de día, de noche, siempre sus  
músculos lucen en un primer plano que neutraliza su mirada de bebé po-  
brecito, Tarzán a la intemperie, Tarzán solo, con gente, con poca ropa, con  
una sonrisa forzada, levantando las cejas, haciendo trompita, fuera de foco,  
perfectamente *photoshopeado*, alterado por filtros, cabeza abajo, en las  
Cataratas, recortado a propósito, en un primer plano imposible, en picado,  
en contrapicado, derecho, levantando el brazo, Tarzán acostado, por dor-  
mirse, y por levantarse, Tarzán captado de costado, Tarzán en el *lobby* de



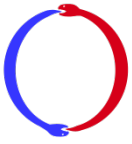
su edificio, Tarzán en su departamento, Tarzán en una casaquinta, Tarzán en un supermercado, Tarzán en su auto, Tarzán con Dios.

—¿Por qué? —le pregunto a mi amigo.

—Porque emana pasión, destila sexualidad.



# La excursión



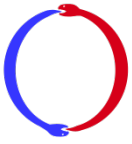
**Ginés J. Vera**

A Franz Kafka, maestro en la distancia. Feliz cumpleaños

Quien con monstruos lucha cuide de convertirse en monstruo.  
Cuando miras largo tiempo al abismo, el abismo también te mira ti  
Friedrich Nietzsche



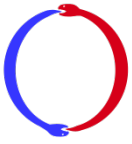
La excursión al Parque Nacional incluía una parada cerca de un mirador. A diferencia del resto de los excursionistas, él prefirió alejarse un poco de la algarabía del grupo y tomar fotos de la fauna local. Se emocionó al distinguir, a lo lejos, una ardilla reticulada. Contraviniendo la norma del guía, decidió internarse unos pasos entre la vegetación. Al poco, admitió para sí que se había desorientado al no encontrar el camino de vuelta al mirador. Optó por quedarse en un claro del bosque, confiando en que le echarían de menos, en el recuento, al subir al autobús, y le estarían buscando. Atardecía, llevaba ya algunas horas sin cobertura, por lo que tomó la determinación de levantarse y caminar hacia poniente. No tardó en detenerse al distinguir lo que le pareció un joven sentado en un tronco, de espaldas. A pesar de sus preguntas, no se giró, temiendo que quizás también estuviera asustado y perdido como él. Vestía de manera extraña, se percató; como de otra época. Luego, le pareció, no supo por qué, como si le estuviera esperando. No, no sabía dónde quedaba el camino de vuelta ni el mirador, le aseguró el joven; lo animó en cambio a que se asomase a un lugar, justo ahí al lado. En su interior había encontrado algo sorprendente, añadió, solo que hasta ese momento, no se lo había podido contar a nadie. La curiosidad lo llevó a preguntar al joven de qué se trataba, primero, y, a asomarse tímido, después. *Es un lugar mágico*, oyó tras de sí, al inclinarse sobre lo que parecía



el borde de un pozo. *Se puede viajar en el tiempo con una condición*, agregó el joven. *¿Cuál?*, quiso saber, asomándose un poco más. Ahí notó que perdía pie; es más, estuvo seguro de que el joven lo empujó, a propósito, mientras escuchaba algo acerca de cien años y un intercambio. Por fortuna, no se lastimó al llegar al fondo. Chilló, gritó y suplicó que lo sacase de allí, pero no volvió a ver al joven. El tiempo fue pasando hasta perder la cuenta de los días, aunque no la esperanza de salir. Aún en la oscuridad, pudo hallar raíces que tomó por comestibles. También bebió el agua que manaba de las paredes arcillosas. Una mañana, creyó oír voces, no supo bien si de fuera o del interior de su cabeza. Desde su caída, incluso durmiendo, mantuvo un diálogo con ellas, consigo mismo. En todo caso, aquellas voces lo empujaron a un nuevo intento de alcanzar el borde hacia la luz. Con la paciencia de haber trepado y caído tantas y tantas veces, apremiado por la perseverancia, pisó aquí y allá; afianzó el pie, se agarró con la mano y, sin saber bien cómo, la luz del sol lo cegó un instante al rozar la cima. Las voces le hablaron tan nítidas... Tras un último impulso, se dejó caer de bruces en el exterior. Lleno de emoción, una vez familiarizado con el nuevo paisaje, buscó un camino, una cabaña, personas... El cansancio le anunció que no hacía sino dar vueltas en círculo, como atrapado nuevamente, pero en el corazón del bosque. Sentado en un tronco, escuchó pasos tras de sí. No se giró para no alarmar con su aspecto o desesperación a quien se le acercaba. Le extrañó su atuendo, como de otra época, mientras le preguntaba quién era y qué hacía allí. *Hay un lugar mágico*, le respondió, *y no se lo he revelado a nadie hasta ahora*. La curiosidad animó al recién llegado a mirar desde el borde. Luego, todo fue sencillo, le contó que podría viajar en el tiempo, que le llevaría cien años, que solo saldría del bosque merced a un intercambio. Las voces en ese momento, en su cabeza, fueron claras; también cuando le ordenaron que lo empujara. Después sintió un alivio al verse solo y distinguir, a lo lejos, algo parecido a personas, un camino, a partir del cual, las voces interiores se silenciaron.



El parking



**Goyo**

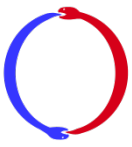
**H**e vivido, como algunos de ustedes, supongo, situaciones disparatadas, absurdas. Ninguna de las mías alcanza el grado de la que relato a continuación.

Mi compañero de la Delegación de Santiago y yo volvíamos después de tres cansados días de trabajo. Rozaba la medianoche, todavía me quedaba más de una hora para llegar a casa. Recoger mi coche en el *parking* del aeropuerto, acercar a mi compañero a su domicilio a unos pocos kilómetros de allí y regresar a La Coruña.

Nuestra sorpresa fue mayúscula al llegar al aparcamiento en línea. En nuestra ausencia habían colocado un techo de uralita, que cubría el *parking* desde el muro ya existente, situado a la derecha en el sentido de marcha hasta el lateral izquierdo de salida y a lo largo de toda la fila. En este costado de salida opuesto al muro, unas barras desde el extremo del techo hasta el suelo, espaciadas cada metro y medio, en lugar de los clásicos arcos en voladizo, hacían totalmente imposible la maniobra para desahuciar el coche. Tendrían que salir todos los vehículos en fila, uno tras otro, suponiendo que la cabecera estuviese libre. No vimos a nadie en nuestra situación, tal vez por lo avanzado de la hora.

¿Cómo habían realizado la obra? ¿Vaciando el lugar? No, no se podría volver a aparcar. Por fuerza tenían que haber colocado el techo sin mover





los coches. ¿Cómo habían resuelto hasta entonces los usuarios las maniobras de los vehículos? No dábamos crédito.

Mi compañero, que era hombre de escasa paciencia —el Señor tendría el saco casi vacío cuando le tocó el reparto—, maldecía. Evoqué un viaje a Bolonia cuando el autobús del aeropuerto de Barcelona nos llevó hasta un minúsculo avión de hélice, de capacidad como un autocar, para un vuelo de tres horas con escala en un aeropuerto de la Costa Azul.

—¡Vaya pota, vaya pota!

Y despotricaba contra la compañera que encargó el viaje, las compañías aéreas y el lucero de la mañana.

—Bueno, hombre, estos aviones planean muy bien en caso de emergencia.

—Planean, planean, ¡si en el viaje fuera ella, seguro que esto no pasaba!

—Claro que —añadí bromeando—, como llevan poco combustible tienen que aterrizar en su destino, es difícil que puedan buscar un aeropuerto alternativo si hay problemas.

Y recordé que un avión similar —volaba en él un equipo de baloncesto del Real Madrid— se vio obligado a tomar tierra en medio de una furiosa tormenta con el consiguiente pánico del pasaje.

—Nada, nada, vamos en taxi hasta la Delegación, abro, traemos una sierra, martillo, pico y una pata de cabra, y asunto resuelto.

—Aguarda, preguntaremos en el aeropuerto —tampoco tenía yo mucha esperanza de poder resolver la situación— a ver qué nos dicen.

Aceptó a regañadientes. Casi todos los despachos estaban cerrados, la chica de Información mostró escasa empatía.

—Tendrán que esperar a mañana, no hay nadie de la empresa que hace las obras.

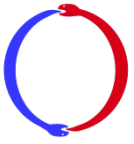
—¿Esperar a mañana? ¿Y el director del aeropuerto, algún encargado? ¡Quién sea!

—Lo siento, no puedo decirles más.

—¿Y quién nos va a pagar el taxi hasta Ribadeo? —inventó mi compañero.

Un gesto de desdén se dibujó en el rostro de la chica.

Volvimos al satánico *parking*, por ver si alguna milagrosa idea nos iluminaba y, al tocar una barra, reparamos en que se movía. El mortero del



suelo estaba a medio fraguar. Persistimos en la maniobra y sacamos la barra y el coche. Colocamos la barra en su lugar.

—Gracias a que el cemento estaba fresco —apunté.

—Sí. Lleva pocas horas puesto. Oye, los demás dueños de los coches ¿cómo harán?

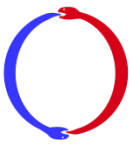
—No sé, jamás vi semejante disparate. Cuando lo contemos será como si les dijéramos que fuimos abducidos por los extraterrestres de un ovni.

# Poemas dedicados a Wáshington Delgado



y Javier Cano





**Encarnación Sánchez Arenas**

**¿Te estoy perdiendo?**

Te estoy perdiendo  
en cada voz que escuchas,  
en cada rostro que contemplas,  
en cada gesto tuyo,  
en cada lugar  
que recibe a tu cuerpo.

Ser como la luz  
que te envuelve, por la que dejas  
un retazo de sombra. Ser  
como la noche que te obliga  
a un pensamiento, a un deseo,  
a un sueño.

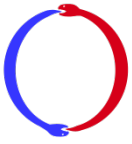
Ser una materia leve,  
una corriente extensa  
que te persigue siempre.

No ser esto que soy  
y que te está perdiendo.

*De Formas de la ausencia (1953), Washington Delgado*

**TE PIERDO POCO A POCO**

Te estoy perdiendo  
en cada sombra que pisas,  
en cada sonrisa fingida,  
en cada lugar de cipreses parcos.  
Ser como la luz que rodea tu aura.  
Ser como la noche que finge una pesadilla miedosa.  
Ser como una corriente de agua que se desboca.  
No ser esto que soy  
y que te pierde poco a poco.



## Dioses

Amo a los pequeños dioses  
que no tienen nombre ni patria  
ni estatura.

Amo a los dioses oscuros  
que viven sólo un día.

Amo a los dioses sencillos:  
el viento amarillo del verano,  
el verde viento de la primavera  
y las iluminadas mariposas  
que al fuego vuelan  
y en el fuego mueren.

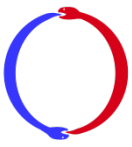
De *El extranjero* (1956), Wáshington Delgado

## ¡A MIS DIOSES!

Amo a los pequeños dioses  
sumidos en la tarea del anonimato.

Amo a los dioses oscuros  
que forjan ángeles también oscuros.

Amo a los dioses sencillos:  
a la rosa llena de espinas,  
a las hojas caducas del otoño  
y los iluminados pájaros  
que forjan sus nidos de barro  
y con la escarcha se hielan.



### **Conducta razonable**

Porque la libertad es un fuego  
que pule, afina, organiza  
y destruye la vida.

Porque a un lado está el bien  
y al otro el mal y yo no sé  
cuál es la conducta razonable.

Porque después de todo, nada  
importa sino es el amor,  
sino es el odio.

Yo estoy aquí para vivir o para morir,  
para cantar o para morir,  
para respirar, comer y amar.  
O para morir.

De Para vivir mañana (1959), Washington Delgado

### **CONDUCTA ADMITIDA**

Porque la libertad es un baluarte  
que ama, vierte, corresponde  
y destruye la vida.

Porque hay fronteras del bien  
y del mal libres de opinión  
y de libertad de pensamientos.

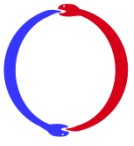
Porque después de todo,  
se fragua el amor  
y se libera el odio.

Yo estoy aquí para vivir o para morir,  
para arrullar o para morir,  
para forjar, respirar, liberar  
o para morir.

Qué tarde se me va haciendo  
para lo mucho que aún resta  
por decirse.

Todo me está concluyendo  
muriéndome por la cuesta  
de vivirse.

Qué tarde para empezar  
las mismas cosas que fueron  
brevemente.



Ya sólo queda esperar  
con los que sobrevivieron  
al presente.

Del libro *Como si nada...*, Javier Cano

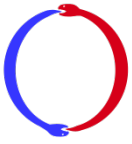
### **LOS QUE PERVIVEN**

Qué tarde se me va haciendo  
para pormenores parcos  
por decirse.

Todo está finalizando  
desde la cuesta de abajo  
de vivirse.

Qué tarde para empezar  
el camino hacia ti mismo  
tan fielmente.

Ya sólo queda esperar  
con aquellos que perviven  
Desde siempre.



¿Qué sombras hay oscuras,  
por ti y por tu mirada,  
a un paso de la nada  
donde te configuras?

Que todo cuanto cierne  
tu mano lo aproxima  
el viento hasta tu cima  
para que nunca inviérne.

Aquí, donde se inicia  
la vida diariamente,  
tú inicias su presente  
callada y siempre, Alicia.

*Como si nada*, Javier Cano

### **TU VIDA SIN RUTINA**

¿Qué frentes no son oscuros  
de tu rutina y mirada  
que forjas desde la nada  
y siempre son muy seguros?

Todo es siempre penitente  
pues tu mano aproxima  
las laderas de tu cima  
que perviven al presente.

Aquí, donde me radica  
la vida diariamente,  
pues no eludes tiernamente  
tu aura que me salpica.



(Apuntes precipitados para un)  
**Pseudo Diccionario**  
(sin propósito desproporcionado)

И  
уједно  
медит



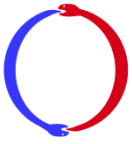
Љубar nije  
gledanje  
oči n oči!

Љубar je kad  
se zajedno  
gleda u  
istom pravcu.

ovako: Asi elvaci e  
(El Kaidi via)

Quelci spuce, a lo  
moj javato, per muggi  
+ solo e pepe  
Qualcunora lo rivolto  
di spuce prima bollit  
Aggiungere la vasa e il  
per muggi solo. Solo  
solo pepe e un po di  
solo. Qualcunora fare  
poco pasta e fare  
poco pasta di acqua  
di solo. Quando  
cominciare a respirare  
involontario suo figlio  
e fare attenzione sul  
suo figlio. Solo  
Solo e muggi

ma  
dici



Miguel Quintana

**Anfractuosidad** 1.f. Como el sustantivo impronunciable indica, tiene nombre de mujer; por consiguiente, las anfractuosidades son algo bueno y admirable.

**Cataplasma** 1.f. Alguien que no solo es pesado y odioso, sino un perfecto horror.

**Elefantiasis** 1.f. ¡Madre mía, dónde me he metido! A ver, la cosa va de extremidades, órganos genitales externos y otras partes peores aún del cuerpo humano, y todo ello relacionado íntimamente con los parásitos de la filaria. Ya digo, en un auténtico agujero negro me he metido.

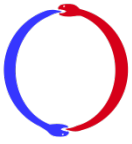
**Estro** 1.m. Como para hablar del *estro* se necesita *inspiración ardiente*, y no la tengo, solo puedo decir que con *estro* me conformo ahora...

**Mameluco** 1.m. Aunque parezca increíble, no tiene nada que ver con mama alguna. Sencillamente, es un inútil.

**Mórbido, a** 1. adj. Cualquiera que tenga dientes envidiables.

**Palinodia** 1.f. La palinodia parece otra cosa, pero en realidad es una simple empalizada odiosa (prácticamente, como todas las demás empalizadas).

**Paralelepípedo** 1.m. De belleza casi sobrehumana, no le falta nada al paralelepípedo para ser la cumbre del todo, pues todo él es sólido, igual y paralelo. Aunque a veces, ante tantos arreos uno queda algo lelo, la verdad.



**Pornografía** 1.f. La RAE tiene razón en algo: que la pornografía es un tratado; pero no de lo que ella dice, sino que se *trata* en realidad de un *tratado de que las cosas hay que hacerlas por sí o por no*. (Como es de suponer, lo del *por sí* no lo dice la definición o el enunciado de la palabra, pero claramente, porque es innecesario o superfluo).

**Pírrico** 1.adj. Este adjetivo tiene mala literatura, y no sé por qué. Pues, ¿quién es el guapo que nunca haya dicho *Lo más importante es ganar?* Y, además, añadiendo con admiraciones *¡Sea como sea!*

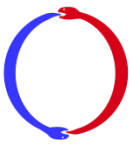
**Procaz** 1.adj. No confundir con **locuaz**, aunque sea primo de él. En todo caso, hay muchas personas *procaces*, pero no *sagaces*, y que a la vez son muy *locuaces*. Es decir, que no hacen otra cosa que *locuras*.

**Promiscuo, cua** 1.adj. Persona (o persono) que suele tener, dar o tomar mezclas de alto *estándin* (o ringorrango).

**Serenidad** 1.f. Como viene del latín *serenitas*, —*atis*, solo puede ser una cosa. Y los latinos nunca engañaban.

**Transparencia** 1.f. Suele ser una especie de papel muy fino donde se escriben cosas muy claras que nadie ve ni entiende.

**Vermiforme** 1.adj. Muchos lo confunden con un uniforme verde, pero la cruda verdad es mucho peor. Casi prefiere uno ni imaginárselo. Ah, que se me olvidaba: algunos no dudan en decir que se trata literalmente de un *informe después de verme* (para ponerme verde).



## Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada: Abdullah Ögük.

<b>10</b>	Krzysztof Hepner	<b>60</b>	Ameenfahny
<b>11</b>	Michal Soukup	<b>63</b>	Ryan Byrne
<b>12</b>	Valdés Turismo	<b>70</b>	Elbert Lora
<b>15</b>	Sorolla	<b>71</b>	Luis Sellier
<b>17</b>	Georges Biard	<b>96</b>	Tom Barrett
<b>22</b>	Baruch Spinoza	<b>101</b>	Ian Keefe
<b>25</b>	Tom A. Kolstad	<b>102</b>	Sidney Hall
<b>40</b>	Press & Inf. Off. (Chipre)	<b>108</b>	Zoltan Tasi
<b>54</b>	Com. Mexicana Filma.	<b>111</b>	TopSphere Media
<b>57</b>	Gabriel Tovar	<b>121</b>	Vladislav Bychkov
<b>58</b>	Marie Blanchard		

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094